



**MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**

TOMO L

2009

**MEMORIAS
DE LA
ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA**

CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID

SUMARIO

ARTICULOS

| | |
|---|----|
| Silvio Zavala. Tributo a un historiador centenario, por Roberto Fernández Castro | 7 |
| El cura trágico de Carácuaro. Un ensayo historiográfico sobre <i>l'ida de Morelos</i> , de Alfonso Teja Zabre, por Javier Yankelevich Winocour | 33 |

| | |
|---|----|
| José Fuentes Mares, por Jorge Herrera Velasco | 61 |
|---|----|

HOMENAJE LUCTUOSO

| | |
|---|----|
| Ernesto de la Torre Villar (1917-2009) | |
| Reflexiones acerca de la Historia. De las prioridades de la labor histórica | 89 |

DISCURSOS ACADEMICOS

| | |
|---|-----|
| La entrevista Díaz-Creelman, por Javier Garciadiego | 105 |
| Bienvenida a Javier Garciadiego, por Enrique Krauze | 141 |
| Iconografía Imperial de Maximiliano y Carlota, por Aurelio de los Reyes | 147 |

| | |
|---|-----|
| Respuesta al discurso de Aurelio de los Reyes, por Josefina Zoraida Vázquez | 171 |
| Psicomaquia Indiana. Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia por David A. Brading | 177 |
| Respuesta al discurso de David A. Brading, por Gisela von Wobeser | 199 |
| DOCUMENTO | |
| El origen de nuestras pérdidas territoriales. Entrvista a don Arturo Arnáiz y Freg. por Fernando Benítez | 209 |

Tomo L **2009**

ARTÍCULOS

SILVIO ZAVALA. TRIBUTO A UN HISTORIADOR CENTENARIO

Roberto Fernández Castro

Facultad de Filosofía y Letras. UNAM

El historiador que se "proyecta" de inmediato hacia la "idea del mundo" de una época, no ha probado todavía que comprenda su objeto histórica y propiamente y no tan sólo "estéticamente". Y por otra parte, puede la existencia de un historiador que "sólo" edita fuentes ser determinada por una historicidad propia.

*Martin Heidegger
Ser y Tiempo, § 76*

Entre las ocasiones que se presentan para recordar la vida y la obra de quienes han dejado tras de sí una huella profunda, el cumplimiento de cien años de vida transcurridos desde la primera luz es más que infrecuente. Es como un punto de realización plena, que con total autenticidad, nos invita a volver al principio de la verdadera motivación personal. Sabemos que con el tiempo las fuerzas se van y las posibilidades del trabajo intenso se reducen irremediablemente, pero aquello que se deja como contribución historiográfica es lo que se constituye como la significación que las posibles realidades presentes y futuras podrán comprender como algo propio, como algo suyo; como aquello que, en una circunstancia muy particular, una persona dijo acerca de ellos sin haberlos conocido todavía. Esa persona viene a ser

ahora Silvio Zavala, uno de los historiadores mexicanos más importantes del siglo XX; quien a lo largo de sus cien años de vida ha merecido un sinnúmero de reconocimientos y algunos homenajes, pero todavía ningún estudio profundo acerca de su obra.

Silvio Arturo Zavala Vallado, hijo de Mercedes Vallado García y de Arturo Zavala Castillo, nació en Mérida, Yucatán, el 7 de febrero de 1909. Sus primeros estudios los realizó en las escuelas Consuelo Zavala y Modelo, en Mérida. Los continuó en el Instituto Literario de Yucatán, la Universidad del Sureste y la Universidad Nacional de México. En 1931 obtuvo una beca para continuar con su formación en la Universidad Central de Madrid, donde obtuvo el doctorado en derecho con una tesis redactada bajo la dirección del profesor Rafael Altamira y Crevea. Ésta se convirtió de inmediato en el primer libro publicado por Zavala en la capital española, su título: *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España. (Estudio Histórico-Jurídico)*. Este primer trabajo, opinó aquél año Altamira:

Plantea una cuestión jurídica en que hasta ahora no había parado mientes ningún erudito americanista ni tampoco los profesionales del derecho. Esa cuestión es capital para el estudio de las instituciones desde el punto de vista jurídico, aunque exprese un estado de cosas temporal, absorbido luego por la preponderancia de la acción del Estado.¹

El análisis que Zavala emprendió entonces fue el de la reconstrucción de las formas jurídicas a través de las cuáles se habían conducido los conquistadores españoles, primero para encontrar los rasgos particulares de sus establecimientos, y luego, para comprender su sistema de atribución de los bienes obtenidos. De ese modo Zavala creyó haber encontrado un orden

¹ Silvio Zavala, *Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España*, [preámbulo por Miguel León Portilla, opinión de Rafael Altamira, México, El Colegio Nacional, 1991, 126 pp, p. 11.

jurídico y una serie de rasgos institucionales donde sólo se había notado capricho y rapiña. Además, el joven historiador conjugó y aplicó por primera vez un punto vista doble al sentido de la historia de la conquista y colonización americanas: a este periodo de nuestra historia continental no sólo le correspondía un sitio dentro del viejo ramaje medieval del derecho español, también cabía mirar el tema como la base del derecho indiano, de la historia jurídica colonial de América, y por lo tanto, de las instituciones de América independiente.

La novedad de la tesis quedó inscrita en un proyecto de mucho más largo aliento propuesto por Zavala. Entre 1933 y 1936 se incorporó como co-laborador de la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Al abrigo de tan prestigiado Instituto, Zavala publicó dos gruesos volúmenes que con toda justicia le ganaron desde entonces un sitio clave en la historiografía iberoamericana: *Las instituciones jurídicas en la conquista de América* y *La encomienda india*, ambas de 1935.

El libro de *Las instituciones jurídicas* de hecho contenía y completaba lo expuesto ya en *Los intereses particulares*. El autor propuso esta obra como un estudio de las principales ideas e instituciones jurídicas que influyeron en el desarrollo de la conquista de América por los españoles. Dividida en tres partes, Zavala repasó en ella la teoría de la penetración, las formas jurídicas de las expediciones y los efectos de la invasión de las Indias desde el punto de vista jurídico. Esta vez, la clave del éxito consistió en la explicación que Zavala hizo de su método y de las consecuencias interpretativas que de él se seguían. Su preferencia por la teoría y las normas de organización no significaba creer que las ideas y las reglas jurídicas fueran más importantes que los hechos de la conquista; pero abundaban los trabajos sobre hechos, y había muy poco en cambio acerca de “la arquitectura ideológica e institucional que les servía de referencia”. Su esperanza era que el conocimiento objetivo de dicha arquitectura permitiera interpretar los hechos conforme a un criterio de mayor precisión histórica. La observación crítica de Zavala estaba dirigida en contra de los juicios simplistas de apología

o detracción que privaban en los estudios sobre la conquista española; el sustituto que él ofrecía, era el examen desinteresado que recogiera la verdad en todas sus direcciones.²

También en *La encomienda india*, el análisis e interpretación de su proceso histórico como institución política, jurídica y económica se siguió a través de aquellos factores:

Los de orden teórico (opiniones de teólogos y juristas, de ministros, religiosos, etc.), los propiamente institucionales contenidos en las leyes de la Corona principalmente, y los de carácter práctico (condiciones históricas y económicas con arreglo a las cuales se desarrolló en América la relación efectiva entre los colonos españoles y los indios).³

Estos dos trabajos de Silvio Zavala figuraron muy pronto entre la historiografía científica moderna; tanto en México —por la novedad que sus tesis aportaron a la historiografía de tema novohispano—, como en España —por tratarse de resultados de una investigación abundantemente nutrida de documentos jurídicos y puesta en la misma línea metodológica y de interpretación que la obra de Rafael Altamira—. En *Las instituciones jurídicas* y en *la encomienda india*, Zavala enfrentó la tarea de reconstruir el sistema de pensamiento europeo a que dio lugar el hallazgo indiano, y no de un modo ancilar, sino para precisar el valor del episodio en la reivindicación de la cultura de la época, en el establecimiento de la relación del Derecho de gentes con el Derecho internacional moderno, y en su examen como parte de la historia de las ideas políticas de Europa, como un capítulo de la filosofía

² Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, Madrid, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Centro de Estudios Históricos, 1935, VII-349 pp. (Sección hispanoamericana, 1), p. VII.

³ Silvio Zavala, *La encomienda india*, Madrid, Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Centro de Estudios Históricos, 1935, II-356 pp. (Sección hispanoamericana, 2), p. II.

del derecho natural o en conexión con el pensamiento escolástico. En suma, el campo que se vio abierto para la investigación fue el de la cultura jurídica hispanoamericana en toda su amplitud.

Por esos años, Luis G. Urbina, quien también trabajó como arqueólogo de la sección precolonial del Museo de México, había sido encargado de recoger todos los papeles reunidos por Del Paso y Troncoso en Madrid, pero la muerte del poeta, en noviembre de 1934, hizo posible que durante el primer semestre de 1935, Zavala fuera comisionado como investigador en el Archivo de Indias para continuar con la colección de documentos cuyo plan había trazado e iniciado Francisco del Paso y Troncoso desde 1892. La misión duró poco, porque el 24 de junio de 1935, el gobierno federal mexicano decidió suprimir la plaza llamada *Comisión Del Paso y Troncoso*. En cualquier caso, tres años más tarde, Zavala tuvo la oportunidad de ofrecer lo que él llamó una base firme para reanudar la publicación de los documentos recopilados por Del Paso y Troncoso, hacer “una historia documental de la importante comisión creada para ampliar y depurar las fuentes de nuestra historia y un homenaje rendido al talento y la perseverancia del sabio profesor.”⁴

El año de 1936, el inicio de la guerra civil en España interrumpió las investigaciones de Zavala en la península a pesar de que él aguardó hasta el último momento para abandonar el suelo español por su frontera francesa y regresar a México. Entre 1937 y 1938, Silvio Zavala se incorporó al Museo Nacional de Historia en calidad de Secretario, cuando Luis Castillo Ledón lo dirigió, y a donde Alfonso Reyes tuvo oportunidad de visitarle con frecuencia, gracias a que se había instalado en la Ciudad de México después de terminar sus labores diplomáticas en la América del Sur.

⁴ *Francisco del Paso y Troncoso. Su misión en Europa 1892-1916*, investigación, prólogo y notas por Silvio Zavala, México, Publicaciones del Museo Nacional. Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad, 1938, XX-644 pp., p. VI.

Fue en este año cuando Silvio Zavala hizo el primer intento de fundar en México algún centro de preparación de historiadores jóvenes en los menesteres del oficio, tal como lo había visto funcionar en Madrid. Gracias a la ayuda de un estimado compañero de estudios, la realización del proyecto tuvo lugar en la Universidad Nacional, donde se concedieron becas a un reducido grupo de alumnos, procurando adiestrarlos en la paleografía y el trabajo de investigación de la época de la colonización española en nuestro país; la sede de los cursos fue el mismo Museo Nacional de la calle de moneda 13. Sin embargo, el proyecto fracasó, tanto por la imposibilidad de los alumnos de ser de tiempo completo, como por los viajes que llevaron a Silvio Zavala a los Estados Unidos y América del sur. En 1938, Zavala obtuvo una beca de la Fundación John Simon Guggenheim por dos años para continuar sus investigaciones en varias instituciones de los Estados Unidos de América, especialmente en la Biblioteca del Congreso de Washington, donde trabajó entre 1938 y 1940.

Mejor suerte tuvo para continuar con la publicación de su propio trabajo. Apenas llegó a México, el historiador de veintiocho años dio a la imprenta de la Antigua Librería Robredo una de las obras más relevantes de la historiografía mexicana del siglo XX: *La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios*. Verdadero tratado —tan sustancioso como breve—, que con el paso de los años vino a colocarse como un clásico dentro de la bibliografía de tema renacentista en América; y más que en México, en Europa, en los Estados Unidos y en Hispanoamérica.

El librito apareció con un prólogo de Genaro Estrada dentro de la *Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas* que él mismo dirigía.⁵ Si no el último, debió ser uno de los últimos textos escritos por Estrada, quien

⁵ Zavala conoció al historiador y diplomático sinaloense en Madrid mientras se desempeñó como embajador de México en España y de la amplísima obra de Estrada como bibliógrafo, historiógrafo y editor de colecciones históricas, Zavala dio cuenta en “Genaro Estrada y la historia de México”, *Letras de México*, núm. 18, 1º. de noviembre de 1937, p. 1-2, 10 y 12.

falleció a finales de octubre de 1937, pero previendo con toda lucidez la resonancia que habría de tener en el mundo *La Utopía*, escribió de ella lo siguiente:

El ensayo que ha producido Silvio A. Zavala sobre la *Utopía* de Thomas More en la Nueva España, representa una admirable interpretación, positivamente original por la agudeza con que ha sabido descubrir hondas concomitancias nunca antes observadas entre las teorías que el célebre humanista londinense expuso en aquél que se ha llamado el gran libro del Renacimiento y la doctrina que contemporáneamente aquél fundara y la que en gran parte llevara a la práctica en México un ilustre varón que, dotado de un profundo sentido de la juridicidad, alienta todos los caracteres de un justiciero dentro de un espíritu que era todo bondad y amor para sus semejantes. El estudio de Zavala, principalmente referido y plenamente comprobado sobre la decisiva influencia de *Utopía* en la obra de Vasco de Quiroga, recae de paso, como no podía menos, en las consecuencias de esta determinación, es decir, en la inevitable y lógica añadidura del engranaje de esta misma influencia con la de los pensadores de la antigüedad, culminados en *La República*; en los filósofos y comentaristas italianos del Renacimiento; en la erasmista y en los tratadistas españoles de aquel tiempo inclinados a las teorías jurídicas, con todo lo cual se podría intentar, agregamos, una investigación de conjunto de sorprendentes resultados [...]⁶

Lo primero que demostró Zavala fue que el cotejo entre *La Utopía* de Moro y las *Ordenanzas* del obispo michoacano mostraba una “hermandad espiritual”, en el sentido de que Vasco de Quiroga mismo había confesado

⁶ En Silvio Zavala, *Recuerdo de Vasco de Quiroga*, segunda edición aumentada, México, Porrúa, 1987, 332 pp. (“Sepan Cuantos...”, 546), p. 132.

haber tomado la obra del canciller inglés como dechado de la suya propia. Su obra no había sido desde luego fruto de inspiración individual, pero al incorporar su proyecto de creación de los hospitales-pueblos a su ámbito cultural y relacionarlos con la actitud renacentista que en último término lo inspiró, Silvio Zavala se propuso aclarar históricamente la intención de Quiroga y la grandeza de su propósito. El esfuerzo de don Vasco—concluyó Zavala—, “no debe olvidarse que tenía por objeto crear la humanidad mejor anhelada: ¿seremos los americanos los justos y pacíficos utopienses del ideal renacentista?”⁷

Este ensayo inició todo un ciclo en la obra Zavala centrado sólo en las ideas renacentistas de Moro en América y de Vasco de Quiroga en la Nueva España. A ellos se sumarían luego, gracias a la continuidad que se dio a la investigación, el obispo Fray Juan de Zumárraga y el jurista Juan de Solórzano Pereira. Además de artículos y reseñas relacionados con el tema, los títulos más importantes de su propia autoría fueron *Ideario de Vasco de Quiroga* (1941) y *Recuerdo de Vasco de Quiroga* (1965). El ensayo de 1937 se publicó en Estados Unidos en 1947, en Francia en 1948 y en Inglaterra en 1955, además de un sinnúmero de ocasiones en México y en otros países de Hispanoamérica.⁸ Entre los comentaristas que tuvo el ensayo sobre *La Utopía*, además de Genaro Estrada, se cuentan Alfonso Reyes, Eugenio Ímaz, Lucien Febvre, Marcel Bataillon y Benno Biermann, entre otros. Don Alfonso publicó su comentario en la revista *Sur* de Buenos Aires y luego lo recogió en su *Última Tule*. Ahí escribió:

De tal manera resulta luminoso el cotejo entre Quiroga y Moro, que, como han declarado a una voz los críticos, asombra que nadie haya reparado hasta ahora en un hecho tan manifiesto. Cada día hay nuevas sorpresas. Moro, en

⁷ *Idem.*, p. 21-22.

⁸ Véase *Biobibliografía de Silvio Zavala*, tercera edición aumentada, México. El Colegio Nacional, 1999, 196 pp.

cierta epístola, habla de un hombre tan virtuoso que merecía ser nombrado obispo de Utopía. He aquí que el legítimo y verdadero obispo de utopía andaba por tierras de América, y apenas lo hemos averiguado. Pero ¿quién ha dicho que América ha sido descubierta?⁹

El asunto planteado por la inteligencia y erudición de Reyes resultó estar bastante bien encaminado. Cuando Zavala le respondió en una carta abierta publicada cuatro años después en la revista *Cuadernos Americanos*, recordó primero que Moro había mencionado en realidad a dos personajes que ardían en deseos de pasar a la isla de Utopía, y que por una muy curiosa coincidencia intelectual, esos dos personajes bien podían ser, sin haberlo imaginado el canciller, Quiroga y Zumárraga, no sólo por la amistad que los unía, sino porque el obispo de México, además de conoedor de la obra de Erasmo, había resultado ser anotador de dos volúmenes de las Décadas de Pedro Martir y de la República perfecta de Moro que se conservaban en la Biblioteca Nacional de México. Pero eso no fue todo lo que Zavala pudo agregar e informar a Reyes como novedad. Gracias a la interpretación de Ímaz, opuesto a la opinión vulgar que confunde lo utópico con lo puramente fantástico o inasequible, era posible definir la utopía como la república de “no hay tal lugar” pero “puede haberlo”. La frase, escribió Zavala, comprendía así las posibilidades y las limitaciones del hombre político o cívico que vive en la imperfección terrena aspirando a la idea de la justicia. Por eso, lo que según Ímaz debíamos agradecer a Zavala, era el haber esclarecido el utopismo realista de Quiroga.¹⁰

En los años subsecuentes el trabajo intelectual de Silvio Zavala siguió combinándose con otras tareas de colaboración institucional y profesional. En 1938, el Dr. Pedro C. Sánchez, director del Instituto Panamericano de

⁹ Alfonso Reyes, “Utopías americanas” (1938), también compilado en Silvio Zavala, *Recuerdo de Vasco de Quiroga*, p. 141.

¹⁰ *Idem.*, p. 67 y 145-148.

Geografía e Historia, depositó en él la misión de fundar y dirigir la *Revista de Historia de América* del Instituto. El primer número apareció en marzo, y Francisco Monterde y Felipe Teixidor figuraron entonces como editores de la revista. Entre los propósitos de la nueva publicación figuró en primer lugar el de la ventaja que ella ofrecería para el conocimiento de los problemas del continente; enfatizaron los vínculos culturales, institucionales, de idioma y de tradición que durante la colonización, el período de la independencia y la separación política de las naciones de América había privado entre ellas; citaron los casos de Brasil y Estados Unidos como posibles temas de historia de límites, relaciones comerciales e influencias del espíritu; recordaron las aportaciones regionales como temas de interés continental y universal. Y por último, la publicación señaló su deseo de contribuir al acercamiento de los investigadores de América, ofreciendo periódicamente estudios, documentos, informaciones científicas y reseñas bibliográficas sobre la historia del continente. Y algo que en aquél tiempo no sobraba decir: tomando en cuenta la finalidad puramente científica del Instituto que patrocinaba la obra, la honradez en los propósitos de la publicación quedaba más que probada.

Aunque Zavala reconoció algunos defectos de la revista y lamentó no poder darle todo el impulso que necesitaba desde el principio, el primer número contó con colaboraciones de Rafael Altamira, Lewis Hanke, Ricardo Levene, Alfonso Reyes, José Moreno Villa, y un artículo de él mismo. Además, Rafael Heliodoro Valle prestó su ayuda desde entonces para encargarse de la bibliografía de historia de América. A la larga, los viajes de Zavala para cumplir con la beca Guggenheim resultaron positivos también para la revista, primero porque para el segundo año recibió ayuda de diversos países, y después, porque pudo darse cuenta de que las bases de la investigación histórica moderna en Hispanoamérica descansaban sobre todo en Argentina y los Estados Unidos, lo que hacía todavía más necesario animar otros ambientes. Zavala dirigió la revista hasta 1965.

Después del fallecimiento de Genaro Estrada, Silvio Zavala de hizo cargo de la dirección de la *Biblioteca Histórica Mexicana de Obras*

Inéditas. Con él se inauguró la Segunda Serie de la colección, y él le dedicó en exclusiva, entre 1939 y 1942, un espacio de 16 volúmenes al *Epistolario de Nueva España 1505-1818*, recopilado por Francisco del Paso y Troncoso. Aunque la *Biblioteca*, por sí misma, ya no requería de mayor presentación, Zavala escribió todavía una advertencia al respecto para explicar el origen y el valor de ella y del *Epistolario*.

En 1939, en colaboración con María Castelo, Zavala inició la publicación de uno de sus proyectos más ambiciosos, el de las *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España*, obra cuya publicación se completó en ocho volúmenes que terminaron de aparecer hasta 1946. Primero, Luis González Obregón aconsejó a Zavala aprovechar el ramo llamado “General de Parte”, del Archivo General de la Nación, como una fuente útil para continuar con su investigación acerca del servicio personal de los indios en la Nueva España. Sin embargo, él comprendió muy pronto que “el medio más conveniente para ilustrar al público era poner a su alcance los propios documentos, aunque no por esto prescindiera de redactar la obra.”¹¹

Cuando Zavala estuvo de vuelta en México a finales de 1940, se encontró con que el exilio español en México se prolongaría indefinidamente. La Casa de España en México —que en agosto de 1938 había abierto sus puertas para recibir a los intelectuales de la península, gracias al apoyo del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas—, después de dos años de funcionamiento, se transformó en El Colegio de México. Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, continuaron como presidente y secretario de la nueva institución, pero estuvieron en condiciones de poder invitar a profesores

¹¹ *Estudios acerca de la historia del trabajo en México. Homenaje del centro de Estudios Históricos a Silvio Zavala*, edición preparada por Elías Trabulse, México, Centro de Estudios Históricos. El Colegio de México, 1988, 272 pp., p. 61. Efectivamente, Silvio Zavala no abandonó ese proyecto, sólo que *El servicio personal de los indios en la Nueva España* comenzó a publicarse hasta 1984, y el séptimo y último volumen apareció en 1995.

como Zavala para colaborar en *El Colegio*, con el único compromiso de continuar su trabajo de investigación y hacer aportaciones originales. El antiguo proyecto de un centro de estudios históricos como el de Madrid, tuvo entonces su nueva oportunidad.

Silvio Zavala se reunió con José Gaos y José Medina Echavarría para formular un anteproyecto de apertura de centros de preparación de estudiantes con becas de tiempo completo, pero que aceptaran dedicarse por entero a las ramas que ahí se cultivarían: historia, literatura, ciencias sociales y filosofía. Habituarios a esa forma de trabajo en su patria de origen, los maestros españoles convinieron en la utilidad del enfoque, pues les pareció que de dicha manera, aunque su presencia entre nosotros se interrumpiera cuando las circunstancias de la vida política de España y de Europa en general cambiaron favorablemente, dejarían discípulos mexicanos que vendrían a comprobar que su paso entre nosotros había dejado simientes duraderas y con ello satisfarían plenamente la deuda de gratitud con México.¹² La selección de los estudiantes mexicanos e hispanoamericanos que dio a *El Colegio* una dimensión continental, y la atracción de Cosío Villegas por el magisterio, tanto como su talento como administrador, dieron forma al proyecto que el 14 de abril de 1941 vio nacer el Centro de Estudios Históricos que abrió camino para los centros de Lengua y Literatura y de Ciencias Sociales, además del fecundo Seminario de Historia del Pensamiento en Lengua Española que dirigió José Gaos.

En cuanto al historiador que se quería formar, se insistió en el apego a la búsqueda libre de la verdad mediante el conocimiento directo de las fuentes del pasado, con el único límite de estudiar la historia hispanoamericana y especialmente la de México, ya que eran las únicas historias de las que se tenía seguridad de poseer a la mano los medios para hacerlas, medios que

¹² Silvio Zavala, “Orígenes del Centro de Estudios Históricos de *El Colegio de México*” en *Cincuenta años de historia en México*, coordinación Alicia Hernández Chávez y Manuel Miño Grijalva, México, *El Colegio de México*, 2 v., v.1, pp. 23-25.

además eran potencialmente ricos. Añadiéndose a esto, la obligación que se sentía de hacer contribuciones originales a la historia propia. La metodología para este historiador también fue muy clara. Se procuraría más alentar un trabajo riguroso, certero y sólido científicamente, que estimular las genialidades espontáneas. La investigación, la elaboración de materiales nuevos, la interpretación exacta y cuidadosa de las fuentes, eran las metas. Ni repeticiones, ni plagios, ni ficciones; había que producir frutos tangibles. Las razones para adoptar tales posturas, fueron el interés por conocer las riquísimas fuentes que en Hispanoamérica permanecían inexploradas, a pesar de las posibilidades que ofrecían; rescatándolas así del olvido y del peligro de la destrucción, al mismo tiempo que se podrían superar las tradicionales polémicas que sustituían la información factual con la diatriba partidista.

No obstante, la relación de Silvio Zavala con El Colegio de México no siempre fue sencilla. Los vaivenes políticos de los cuales dependió la institución en sus inicios, obligaron a sostener a Zavala como profesor-investigador de tiempo completo sólo por temporadas. En más de una ocasión se le contrató por medio tiempo o hubo que prescindir de sus servicios. Pero esta situación también tuvo como causa las circunstancias profesionales, económicas y personales por la cuales hubo de atravesar Zavala durante la década de los años cuarenta. Tanto Daniel Cosío Villegas, como Alfonso Reyes, tuvieron que manifestar en más de una ocasión los problemas que implicaban para la institución y los alumnos los frecuentes viajes de Zavala para cumplir con otros compromisos en el extranjero. Y esto, sin contar con que él aprovechó al máximo todos los recursos económicos que pudo conseguir para financiar, tanto sus investigaciones, como las de los jóvenes estudiantes que consideraba valiosos.¹³

En marzo de 1942, Zavala fue invitado por James T. Shotwell, director de la División de Economía e Historia de la Carnegie Endowment for

¹³ Véase *Fronteras conquistadas. Correspondencia Alfonso Reyes / Silvio Zavala 1937-1958*, compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, México, El Colegio de México, 1998, 344 p. (Colección Testimonios, 3).

Internacional Peace, para visitar de nuevo los Estados Unidos y ofrecer conferencias en las universidades de Columbia, Princeton y Pennsylvania, compromiso para el cual Zavala contó con textos de otras conferencias impartidas entre 1941 y 1942, tanto en la Universidad de Guadalajara, como en la Escuela de Derecho de la Universidad Nacional. Estas comunicaciones habían versado acerca de la conquista y colonización del Nuevo Mundo, la esclavitud de los indios, las encomiendas, el trabajo indígena y los experimentos de organización social que habían seguido a la conquista. Fueron estas las que dieron forma al primer libro que Silvio Zavala publicó pensando en lectores no especializados: *New Viewpoints on the Spanish Colonization of America* (1943), mejor conocido en español como *Ensayos sobre la colonización española en América* (1944).¹⁴

En los *Ensayos*, Silvio Zavala puntualizó el sentido de sus trabajos anteriores, describió las líneas de investigación que habrían de seguir los posteriores, y sobre todo, ofreció un esbozo general de su concepción de la historia colonial americana a través de una trama perfectamente reconocible. A pesar de que en este tiempo la mayor parte de sus informaciones se refieren todavía a la Nueva España, el hallazgo de ideas fue el campo en el cual pudo hacer explícito su balance acerca de las instituciones de la colonización española en toda América. La confrontación con la realidad social de la civilización americana colonial le permitió, por primera vez, hacer prospección ideológica.

Aunque no es fácil saber cómo fue recibido el libro, Zavala respondió en la “advertencia” de la edición argentina a algunas de las objeciones que había ya recibido tras la publicación en inglés. La principal de ellas radicaba

¹⁴ En una carta del 25 de marzo de 1941, Zavala adelantó a Roberto Levillier, historiador argentino, que tenía el proyecto de escribir una obra sintética, y justamente, *New Viewpoints* se publicó por primera vez en español en Buenos Aires bajo el sello de Emecé. El éxito de la publicación parece haber sido considerable, porque en febrero de 1945 fue declarado Libro del Mes, Sección Originales en español.

en decir que las ideas y las instituciones que eran objeto del estudio no encerraban la realidad histórica tal y como había sido vivida bajo la colonización en Hispanoamérica. Bajo esta perspectiva, la obra reflejaba los propósitos y las leyes del pueblo colonizador, más que los hechos acaecidos y los abusos cometidos. Zavala respondió que la primera observación podía ser cierta, pero nunca acabaríamos por comprender los hechos si omitíamos las referencias culturales que los habían acompañado e influido sobre ellos. La segunda observación, en cambio,

[...] es importante cuando se confunde —inadvertida o intencionalmente— la abstracción teórica y jurídica con la práctica social, o bien, si se menosprecia la última para destacar aquélla. Pero no creemos, en cambio, que sea defendible un programa histórico que se proponga dar la versión escueta o mecánica de los “hechos”, porque ninguno de los debidos al hombre —agente de la historia— es un simple acontecimiento sin motivos, anhelos y sentido, o sea, ninguno ocurre fuera de un ambiente cultural formado por ideas, preceptos, sentimientos y creencias, sin conocer los cuales podrá escribirse una crónica, pero no una historia. De ahí no sólo la licitud, sino la necesidad de abordar estudios que rebasen la mecánica pura de los hechos.¹⁵

Silvio Zavala puso en práctica este proceder en varias ocasiones. La tendencia que buscaba rescatar al hombre pequeño, al de la huella menuda, por ejemplo, era positiva siempre que no pretendiera renunciar a alzarse a comprender las ideas generales de una época, el papel de los hombres destacados, el funcionamiento de las instituciones; en suma, la complejidad de la realidad histórica que afectaba también a los estratos modestos. Lo que informó esta racionalidad fue la historia de la civilización, entendida a la

¹⁵ Silvio Zavala, *Ensayos sobre la colonización española en América*, prólogo de José Torre Revello, Buenos Aires, Emecé, 1944. 195 pp., p. 24-25.

manera de Rafael Altamira, en un esfuerzo por comprender no sólo el fenómeno político, sino también el económico, el social y el cultural.

El análisis de la conciencia histórica americana con un método comparativo, capaz de abarcar las conexiones históricas legítimas y tomando en cuenta las condiciones geográficas de proximidad variable, fue lo que Zavala reconoció haber trasladado de la obra Leopold von Ranke, el gran historiador alemán del siglo XIX. Tópicos, regiones y épocas debían ser combinadas y comparadas, buscando conservar las diferencias cualitativas y los matices más finos de una historia social dinámica, aún con su pretensión de ser analítica más que puramente narrativa. Este tipo de relación historiográfica se combinó con su objetivo principal: interesar a un público culto más amplio que el de los círculos de investigadores. Los libros eruditos —escribió—, suelen interesar exclusivamente a los especialistas y no muestran fácilmente los resultados de conjunto, por lo que conviene, a veces, hacer un alto en las tareas minuciosas de la investigación, para exponer con la mayor claridad posible, la perspectiva que cada obra ha venido creando en la mente del autor.

En marzo de 1944, Silvio Zavala visitó Argentina bajo los auspicios de la Comisión Nacional de Cultura, realizó estudios, dio conferencias y recorrió el país, además de visitar Uruguay, Paraguay, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Costa Rica y Guatemala, contando para esto con la ayuda complementaria de la Fundación Rockefeller. Entre junio y julio de 1945 fue nombrado profesor visitante de la Universidad de Puerto Rico, y entre abril y mayo del año siguiente, de la Universidad de la Habana. En 1945 ocupó la cátedra de Historia de las Instituciones Sociales en América en la Universidad Nacional Autónoma de México, y desde octubre de 1945 hasta finales de 1946 fue miembro de la Comisión revisora de textos de la Secretaría de Educación Pública en México.

En el curso de estos mismos años, Zavala se ocupó de hacer también algunas contribuciones especiales acerca de la historia de México. En 1940,

gracias a la recomendación de Alfonso Reyes y Manuel Toussaint, Zavala fue invitado por el historiador argentino Ricardo Levene para participar en la *Historia de América* dirigida por él y publicada por la editorial W.M. Jackson en Buenos Aires. Lo primero que Levene encargó a Zavala fue un resumen de la historia de México desde la guerra de independencia hasta la Constitución de 1824, y tres años después, un resumen de la historia del México contemporáneo. Ambos artículos se unieron por primera vez en 1975 y fueron ampliados más tarde para dar lugar a los *Apuntes de historia nacional (1808-1974)*. El artículo del “México contemporáneo”, es quizás el más interesante de los dos, arranca desde las primeras décadas independientes y llega hasta 1855. Primero, ofrece un esbozo de las ideas políticas necesarias para situar los sinuosos orígenes del caudillismo mexicano, después, los apuntes sobre economía, cultura y costumbres sirven para dar a conocer la realidad social en que el drama político se desarrolla. Zavala sigue aquí muy de cerca a Lucas Alamán, quien según él, juzgó con acierto la vida política de México hasta mediados del siglo XIX. Los años posteriores, aunque conservan la innata disposición barroca del mexicano, vieron también conquistado por los liberales, no sólo el derecho de gobernar el país, sino también el de redactar su historia, mientras México iba quedando bajo la inevitable protección de los EUA. Vino luego el porfirismo, y con él, el aplazamiento por treinta años del ejercicio de la democracia mediante en disimulo de la Constitución, lo que para Zavala se constituyó en la tarea por cumplir de la doctrina del poder en México y de la política de la revolución triunfante. Al ofrecer la enumeración de los progresos y las carencias del país el optimismo de Silvio Zavala no desaparece, su persistente ordenamiento inicia siempre con el acontecer político y cierra con la cultura y el arte; todo, con la idea de presentar un cuadro lo más completo posible de la civilización del pueblo mexicano.

De encomiendas y propiedad territorial en algunas regiones de la América española (1940), *Ordenanzas del trabajo. Siglos XVI y XVII* (1947), así como los *Estudios indianos* (1948), fueron los tres títulos más importantes con los cuales Zavala continuó la línea de sus investigaciones

dedicadas a la historia de instituciones jurídicas y sociales.¹⁶ En *Estudios indianos* recogió artículos y contribuciones breves previamente publicados: uno muy temprano e interesante sobre “Las conquistas de Canarias y América” (1936), otro sobre “Los trabajadores antillanos en el siglo XVI” (1938), y el último de los tres más importantes, el mismo *De encomiendas y propiedad territorial*. De acuerdo con François Chevalier, con estos trabajos, Zavala fue uno de los primeros historiadores en demostrar que la gran propiedad no procedía de la encomienda a pesar de algunos lazos entre ellas. También señaló el origen del peonaje de los indios siervos de la tierra en las deudas que contraían, comparándolo con el *indentured service* de las colonias inglesas de América. Y por último, reconoció hasta qué punto había o no libertad de movimiento para los trabajadores indígenas. En conclusión, fue por esos años que Silvio Zavala asoció a la nueva orientación socioeconómica y al interés mexicano por la etnohistoria, otras perspectivas que no sólo aparecieron como complementarias, sino como esenciales. Su inclinación hacia otros enfoques, tuvo su origen, escribió Chevalier, en una formación abierta de historiador del derecho, capaz de interesarse no sólo por las normas, sino también por la realidad vivida, por las ideas y por la filosofía.¹⁷

A este último campo pertenecen, además de los *Ensayos sobre la colonización española*, tres obras fundamentales de este periodo: *Servidumbre natural y libertad cristiana según los tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII* (1944) y *La filosofía política en la conquista de América* (1947) y *América en el espíritu francés del siglo XVIII* (1949). Al reflexionar en torno a la conquista y la colonización americanas, Zavala abordó los problemas jurídicos que el derecho de conquista planteó a la España

¹⁶ Véase al respecto la división historiográfica que Evelia Trejo ensayó en “Silvio Zavala”, *Premio Nacional de Ciencias y Artes (1945-1990)*, edición y compilación de Víctor Díaz Arciniega, México, Secretaría de Educación Pública / Fondo de Cultura Económica, 1991, 513 pp., p. 465.466.

¹⁷ François Chevalier, “Primer historiador de la América hispano-indígena”, en *El Gallo Ilustrado*, Semanario cultural de *El Día*, México, domingo 23 de mayo de 1993, núm. 1613, p. 7-9.

del siglo XVI, apareciendo estos claramente relacionados con las ideas teológicas, la filosofía política y las ideas morales de la época. La mirada del historiador social que buscaba Zavala para borrar la imagen de aparente tranquilidad que pesaba sobre historia colonial hispanoamericana, lo llevó a examinar las ideas que influyeron en la época de la conquista y la colonización, las leyes que encauzaron la relación de los elementos culturales de Europa con los indígenas del Nuevo Mundo, y los arduos problemas de la aplicación del derecho en los ambientes coloniales.

En *La filosofía política*, Zavala indagó acerca de la ideología y el pensamiento políticos de la época, que mediante la relación con las instituciones de América destinadas a regular la convivencia de los europeos con los nativos, se pusieron en contacto con los problemas vivos de la penetración y asiento en las nuevas tierras. De un lado, las ideas acerca del contacto de cristianos con infieles en su raíz medieval, se constituyeron en una corriente escolástica y renacentista que acogió la teoría clásica de los hombres prudentes frente a los bárbaros, sosteniendo así la servidumbre natural de los indios como parte de un derecho español. Pero por otro, la ideología de procedencia estoico-cristiana, afirmó la libertad de los indígenas e interpretó la misión colonizadora de acuerdo con los principios de tutela civilizadora que al final predominarían en el ambiente legislativo e ideológico de España en Indias, enlazándose de este modo con la igualdad dieciochesca que también habría de tocar a América.

Silvio Zavala coincidió con Agustín Millares Carlo cuando, al hablar de Feijoo, afirmó que "España nunca dejó de ser una tierra de pensamientos liberales".¹⁸ El pragmatismo revolucionario y las luces del siglo XVIII que habían venido a desterrar la esclavitud, eran contribuciones mayores, pero sólo se sumaban al fondo de ideas integrado por los esfuerzos liberales del mundo

¹⁸ Silvio Zavala, *La filosofía política en la conquista de América*, tercera edición corregida y aumentada, prólogo de Rafael Altamira, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, 167 pp. (Colección Tierra Firme). p.110.

clásico y cristiano que habían debilitado las cadenas. El desfile de Max Scheler, Justus Möser, Friedrich Nietzsche, Jacques Maritain, Karl Marx (que a Zavala sí le hace abrigar esperanzas en el hombre nuevo) y tres Papas igualitaristas, es sólo para ahondar en la complejidad del cristianismo que también nos llegó con los primeros colonos, y rescatarlo como el factor que contribuyó a fomentar nuestro liberalismo íntimo y a crear una actitud de hermandad humana. Por eso, dirá Zavala, los que defienden la concepción liberal de la vida, no tienen porqué renegar del pasado hispanoamericano en su conjunto, pues es posible sostener que la historia ideológica de América se enlaza con las más universales inquietudes acerca de los derechos humanos, del orden en la comunidad política y de la convivencia de las naciones.¹⁹

En su prólogo para *La filosofía política*, Altamira expuso las motivaciones más originarias de la obra y escribió:

[...] la originalidad de Zavala en este libro consiste en haber ahondado y aumentado la historia de lo que propiamente debemos llamar nuestro liberalismo (en el sentido de tolerancia y del respeto a la persona humana, que es lo fundamental en él) con relación al problema de los indígenas americanos. Por esa aportación científica le debemos gratitud los españoles de hoy, en primer lugar; y tras estos, todos los historiógrafos que buscan, ante todo, la verdad de las realidades humanas.²⁰

Con publicación de los *Ensayos sobre la colonización, Servidumbre natural, La filosofía política y América en el espíritu francés del siglo XVIII*, Silvio Zavala se colocó como uno de los más importantes historiadores de la filosofía de tema americano. No sólo suscitó la posibilidad de pensar que las modernas ideas de independencia en América hundieran sus raíces en la

¹⁹ *Idem.*, p. 143.

²⁰ *Idem.*, p. 10-11.

idea de libertad prevaleciente en la colonia, sino que además, sugirió la tesis de que el asunto entrañara dentro de sí el episodio inicial de las historias de las ideas filosóficas en América. En otras palabras, al develarse América al saber europeo como un objeto que se encontraba encubierto, para la mayor parte de los europeos ella no se reveló como un misterio, sino como un “problema”.²¹

A finales de la década de los cuarenta, la labor historiográfica de tema americano en la obra de Zavala dio un giro significativo en medio del proceso de institucionalización de los estudios humanísticos en toda América. En 1947, el Instituto Panamericano de Geografía e Historia celebró su Primera reunión de consulta de la Comisión de Historia, de la que el año anterior Zavala había sido nombrado presidente interino, cargo en el que fue ratificado y ocupó hasta 1965. Aunque desde 1922, el Instituto contaba entre sus resoluciones relativas a historia y ciencias afines con el proyecto de preparar y editar una historia de América con la cooperación de los países del continente, no fue sino hasta octubre de 1950 cuando la V asamblea reunida en Santiago de Chile otorgó la aprobación inicial para el Programa de Historia de América, proyecto que combinó aquella añeja preocupación del Instituto, con la no menos persistente de cooperar para la revisión de los programas y textos de historia de América, a fin de fomentar el conocimiento mutuo y la colaboración entre los pueblos del continente; dentro del respeto a la verdad histórica y la amistad.

A partir de 1953, con la reunión de colaboradores del Programa en La Habana y la ayuda del Comité del Centenario de José Martí, se publicaron en México la mayor parte de la contribuciones preparadas. El Programa quedó dividido en tres períodos: indígena, colonial y nacional, los coordinadores de cada uno fueron Juan Comas, Silvio Zavala y Charles C. Griffin, respectivamente. Fue entonces cuando Silvio Zavala escribió

²¹ Véase al respecto la reseña de Luis Villoro de *La filosofía política de la conquista*, en *Filosofía y Letras*, 1947, tomo XIV, núm. 27, p. 173-176.

Hispanoamérica Septentrional y Media (1953). La información contenida no fue lo más importante, sino el enfoque, la estructuración de los amplísimos temas que se proponía abordar. Las ideas generales y observaciones metodológicas de Silvio Zavala contenidas aquí, sirvieron después para todo el proyecto que él mismo dirigió en lo general.

Zavala resumió en este libro todo su pensamiento acerca de la historia general de América. A su parecer, el método comparativo era el más apropiado para tratar la historia continental.

Debe consistir en cuadros comparativos amplios que incluyan los temas o asuntos paralelos, dentro de los períodos capaces de abarcar conexiones históricas legítimas y teniendo en cuenta las condiciones geográficas de proximidad variable que en cada época entran en juego. Tópicos, regiones y épocas se combinan, por lo tanto en cada uno de los capítulos de este programa para hacer resaltar el tratamiento comparativo en el que vemos fundada la posibilidad de esta historia de América, facilitando tal medio al mismo tiempo la oportunidad de conservar las diferencias cualitativas, los matices más finos de las diferencias temporales o las particularidades regionales que acompañan el desarrollo propio de los fenómenos históricos que oportunamente se han venido recogiendo en las historias de las áreas y naciones de América.²²

Por lo que toca a los géneros de la historia americana y la forma como los distribuyó Zavala en el programa, estos quedaron sujetos a una visión general de la civilización americana, empleando una clasificación de los fenómenos

²² *Hispanoamérica Septentrional y Media, Período Colonial*, México, IPGH. Comisión de Historia, 1953, p.32.

históricos por tipos (política, economía, cultura, etc.) Primero explicó los elementos socioeconómicos que configuraron América en los comienzos de la penetración europea en los ámbitos precolombino y de las emigraciones europea, africana y oriental; continuó con las fusiones y estructuras resultantes del encuentro, y finalizó con la variaciones que operaron hasta el siglo XVIII en su tratamiento como una historia social dinámica, la misma que le permitió avanzar en las explicaciones de los fenómenos políticos, religiosos, culturales y artísticos.

Cada uno de estos tipos de fenómenos daría el cuadro de referencia o de asuntos en el que quedaría inserta la información de las diversas colonizaciones: sus comparaciones, semejanzas y diferencias, y las particularidades geográficas y cronológicas correspondientes. Zavala aclaró que concebía el orden o distribución de los géneros o renglones de la historia estudiados, y que había aplicado la concepción de historias paralelas, pero no en el sentido de una estricta causalidad materialista que va de la sociedad y la economía a las formas políticas, religiosas, culturales y artísticas, sino de la presentación del medio social primario y de las manifestaciones concurrentes en los niveles espirituales. Zavala puso en claro su aspiración de no limitarse a la mera exposición escueta de los hechos de la historia de América, sino presentar la apreciación de las ideas, sentimientos y creencias que habían acompañado a esos hechos y que estos habían ido despertando en la historia del espíritu americano. De un lado, había atendido al desarrollo de la historia del continente, pero también a la formación de la conciencia histórica americana. Su visión, advirtió, pretendía ser la de una historia analítica de la sociedad colonial y no la historia narrativa; atender, no a los episodios, personajes y marcha sucesiva de los acontecimientos famosos, sino a las características de la civilización.

El resultado final de la colaboración para el periodo colonial y que Silvio Zavala debía elaborar integrando las diversas contribuciones regionales, excedió con mucho los límites que el Instituto se había fijado para el Programa. Por esta razón, sólo se publicó un resumen elaborado por Max

Savelle que Antonio Alatorre tradujo al español con el título de *Programa de historia de América en la época colonial*. La obra en la que Zavala recogió las conclusiones de las múltiples monografías del programa, situándolas dentro de la visión de conjunto de la historia del Nuevo Mundo fue *El mundo americano en la época colonial*; no propiamente una historia de América, sino un repertorio explicado de los temas que salen al encuentro de quien se propone estudiarla, incluyendo, orientaciones críticas que tienden a ensanchar las perspectivas, y selecciones bibliográficas que ayudan a encauzar las lecturas. En términos generales, Silvio Zavala siguió sosteniendo la mayor parte de la metodología explicada en 1953, aunque insistió en la necesidad de integrar la historia de América con la de otras partes del mundo, en la posibilidad de distinguir la historia de la expansión de los pueblos europeos de la historia de la América colonial, y en el método comparativo para resolver el problema de las unidades y las diversidades de la historia americana, siempre con el afán de captar la movilidad temporal y geográfica de la misma.

Al mediar el siglo XX, la trayectoria de Silvio Zavala en el ámbito institucional de concentró en la obtención de distinciones y en la obtención de prestigiadas cátedras de Europa y de los Estados Unidos. En enero de 1947 ingresó como miembro titular de El Colegio Nacional, de 1946 a 1954 ocupó el cargo de director del Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec, fue miembro de la Comisión de Historia del Desarrollo Científico y Cultural de Humanidad patrocinada por la UNESCO (1950-1969), Profesor visitante en la universidades de Harvard (1953-1954) y Seattle (1956), conferenciante en el Institut des Hautes Études des l'Amérique Latine de París (1954-1955), titular de la cátedra Francqui de la Universidad de Gante, Bélgica (1956-1957), Consejero cultural de la embajada de México en Francia (1956-1958), Delegado permanente de México ante la UNESCO (1956-1963), Presidente de El Colegio de México (1963-1966), Presidente de el Consejo Internacional de Filosofía y de Ciencias Humanas en París (1965-1971) y Embajador de México en Francia (1966-1975). Las distinciones, los doctorados Honoris Causa, premios,

medallas y reconocimientos que ha recibido también suman una lista larga. Entre ellos, probablemente el más celebrado por su relevancia fue el Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales que le fue otorgado en 1993.²³

Ya sólo voy a completar el cuadro de las ideas que Silvio Zavala comunicó a través de su obra como historiador en los años siguientes. *Aproximaciones a la historia de México* (1953), *Recuerdo de Bartolomé de las Casas* (1966), y *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala* (1967) son sin duda, sus tres publicaciones originales más importantes durante la segunda mitad del siglo XX; y las tres en el campo de la historia de las ideas.²⁴ En el caso de la historia colonial sudamericana, Zavala publicó dos títulos cuya importancia François Chevalier destacó con toda justicia: *Orígenes de la colonización en el Río de la Plata* (1978) y *El servicio personal de los indios en el Perú* (tres volúmenes, 1978-1980).

En *Aproximaciones a la historia de México* las investigaciones reunidas son de índole sintética y tienen como propósito desentrañar el sentido del proceso histórico mexicano. La sociedad mexicana fue en primer término la que lo atrajo en este caso, y su inclusión en la colección *Méjico y lo mexicano*, que dirigía Leopoldo Zea en esos años con el interés puesto en indagar acerca del ser y la identidad del mexicano, no pudo ser más a propósito para la idea general de los trabajos ahí reunidos. Su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia que ahí incluyó: “Tributo al historiador Justo Sierra” (1946)” fue resultado de la consideración crítica de que el legado de Sierra fue, ante todo, una historia de la civilización mexicana. La proyección que de sí mismo hizo Zavala nos acerca al sitio que él mismo ocupa en la historiografía mexicana; un linaje que, como he expuesto, bien podríamos decir que tiene en Rafael Altamira y Justo Sierra a los más ilustres de sus maestros, continúa con la obra de Francisco del Paso y

²³ La lista en extenso puede verse en la citada *Biobibliografía de Silvio Zavala*, p. 13-25.

²⁴ Se podrían agregar en esta misma línea *Aportaciones históricas* (1986) y *Por la senda hispana de la libertad* (1991), pero ambas son compilaciones de artículos

Troncoso y Genaro Estrada, para finalmente colocar al historiador junto a los pares que mejor le corresponden: Marcel Bataillon, Lucien Febvre, François Chevalier, Lewis Hanke y Gilberto Freyre, entre otros.

En años recientes, Zavala hizo aportaciones a la historia de la Catedral Metropolitana, del Paseo de la Reforma, de los monumentos colombinos y del sentido que debía tener la celebración del Quinto centenario del descubrimiento de América. En estos documentos, como en todo lo que he reseñado antes, Zavala dio cuenta de su propia trayectoria y dejó testimonio del más profundo significado que para él tuvo el trabajo historiográfico como tarea intelectual. Para él, la vocación investigadora es la que define la condición vital del historiador; enfrentado siempre con su mayor problema: el tiempo. Y así lo dijo a Bakewell:

[...] quien rema en frágil barca en el océano del conocimiento histórico aprende que el horizonte es infinito; el avance, si alguno hay, es modesto y sólo a corta distancia alcanzable; más por ello mismo sabe que esa labor no puede agotarse y que dará razón a su empeño hasta en los últimos años de su existencia.²⁵

²⁵ “Conversación sobre historia. Peter Bakewell entrevista a Silvio Zavala”, *Memoria de El Colegio Nacional*, tomo X, núm. 1, 1982, p. 28.

EL CURA TRÁGICO DE CARÁCUARO

UN ENSAYO HISTORIOGRÁFICO SOBRE

VIDA DE MORELOS,

DE ALFONSO TEJA ZABRE

Javier Yankelevich Winocur
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

Introducción

En 1959, con motivo de la publicación de la cuarta y última edición de *Vida de Morelos*, su autor, Alfonso Teja Zabre, redactó el prólogo que acompañaría al libro, y consignó en él las siguientes palabras, refiriéndose a José María Morelos: “Es tan difícil encontrar otra figura heroica de su calidad, que podría con justicia ser llamado el primero y más alto de los mexicanos”.¹ No pasarán muchas páginas para que el lector caiga en cuenta de que el sostenimiento de esta afirmación es uno de los principales ejes del escrito.

La biografía de Morelos fue uno de los grandes temas de este historiador, y la obra sobre la cual el presente trabajo reflexiona constituyó la culminación de muchos años de investigación archivística y bibliográfica. En ella se conjuga una obsesión profunda y una pluma diestra con la lectura de miles de documentos relevantes y el análisis de múltiples obras historiográficas. ¿Y esto para qué? Teja Zabre posiblemente respondería que su trabajo se encaminó a echar luz sobre un tema fundamental para la historia de México que ha sido ampliamente tratado, pero nunca con la suficiente (o incluso

¹ Alfonso Teja Zabre. *Vida de Morelos*. Nueva Versión. México: Dirección General de Publicaciones, Instituto de Historia - Universidad Nacional Autónoma de México. 1959, p.11

con una mínima) objetividad. Nuestro investigador empuña entonces las armas de Clío en defensa de la verdad histórica acerca de la vida del caudillo Morelos, combatiendo las brumas de las versiones manipuladas e ideológicas que han sido escritas. Es hipótesis de quién esto escribe que su intento, aunque valiente, es inevitablemente infructuoso. Teja rescata a Morelos de la inquisitorial hoguera en que algunos lo habían puesto, y lo baja del pedestal en que otros decidieron colocarlo, pero la admiración que el historiador siente por el historiado se trasluce en la construcción de un nuevo ídolo, no ya recubierto de bronce, pero sí formado de una extraña aleación entre hierro y carne.

Las siguientes páginas no pretenden despedazar la obra de Teja Zabre, la cual ciertamente posee virtudes; pero tampoco alabar su trabajo, pues éste adolece de múltiples defectos. El interés de quién escribe se centra en otro punto. Desde hace casi 200 años, la imagen histórica de Morelos ha sido sumamente controvertida, como Teja Zabre bien señala. Dependiendo de quién empuñe la pluma, el cura de Carácuaro se convierte en un héroe, un bandolero, una estatua, un desgraciado, un asesino sanguinario o un mártir. Este fenómeno no es exclusivo del caso que venimos tratando, se trata en realidad de algo frecuente en la historiografía e incluso en la vida cotidiana, y se explica pensando que cada ser humano valora y juzga la realidad de acuerdo a sus propios prejuicios y perspectivas particulares. Sin embargo, el caso de Morelos reviste un interés especial por tratarse de uno de los personajes más representativos del panteón patrio mexicano, y la reconstrucción de los caminos que ha seguido la “idea de Morelos” es un campo de estudio fértil que permite aprehender cuestiones relativas a todas las épocas del México independiente. El Morelos de Teja Zabre es un eslabón más de esta larga cadena de numerosos y ocasionalmente contradictorios Morelos.

En este trabajo pretendo explorar las implicaciones de la transmutación que Teja Zabre realiza a la figura del caudillo y las características particulares de este nuevo Morelos, que se transforma de leyenda en hombre, pero no

por ello se vuelve menos digno de admiración, sino, como veremos, absolutamente lo contrario.

Para ello, partiré de una breve reseña de los datos biográficos más relevantes sobre Alfonso Teja Zabre, posteriormente señalaré las características del método seguido por el autor para escribir *Vida de Morelos*, incluyendo cuestiones relativas a su estilo; y más adelante tocaré brevemente la concepción del mundo que posee su autor. Tras estos prolegómenos, que nos proporcionarán una base para las reflexiones posteriores, entraré propiamente a los asuntos que nos atañen, es decir, la imagen de Morelos que Teja Zabre, sin saberlo, inaugura con sus investigaciones.

Delineando al constructor: Una semblanza de Alfonso Teja Zabre

Alfonso Teja Zabre nació en San Luis de la Paz, Guanajuato, a finales de 1888. Realizó sus primeros estudios en Pachuca, en el Instituto Científico y Literario Hidalgo, y el bachillerato, becado por el Estado, en la Escuela Nacional Preparatoria. Su formación posterior es la del hombre de leyes: obtuvo el título de abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la Universidad Nacional de México en 1911.²

Ejerció su oficio como agente del Ministerio Público y Magistrado, y ocupó cargos diplomáticos en las embajadas de México en República Dominicana, Cuba y Honduras, pero su trayectoria intelectual fue mucho más rica. Fue uno de los miembros fundadores del *Ateneo de la Juventud* (luego *Ateneo de México*) un movimiento intelectual de vanguardia en el país inaugurado en 1909. Esta organización se caracterizó por la heterogeneidad de ideologías políticas entre sus miembros, su carácter intergeneracional, su empeñada

² La *Enciclopedia de México*, el *Diccionario Porriúa*, Álvaro Marín y el *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX* difieren sobre este dato: los tres primeros lo ubican en 1911, y el segundo en 1909. Para efectos de este trabajo, la precisión es intrascendente, y si hemos escogido 1911 es porque parece ser el más aceptado.

crítica al positivismo y su interés en la renovación cultural de México. Teja Zabre fue novelista (*Alas abiertas*, publicada en 1920; *La esperanza*, 1922; entre otras) poeta (*Los héroes anónimos*, 1910; y *Poemas y fantasías*, 1914); crítico literario (*El adiós a Rubén Darío*, 1941; *Exequias del orador Jesús Urueta*, 1942); periodista (colaboraciones en *El Universal*, *El Universal Gráfico*, *El Heraldo de México* y *El Demócrata*), y, por supuesto, historiador. Además de la biografía de Morelos, otros de sus temas fueron la vida de Cuauhtémoc (*Historia y tragedia de Cuauhtémoc*, 1954) y de Leandro Valle (*Leandro Valle: Un liberal romántico*, 1956); la historia de México en general (*Historia de México: una moderna interpretación*, 1935; *Ensayos de historia de México*, 1935; *Breve historia de México*, 1947), entre varios otros. Perteneció a la Academia Mexicana de la Historia entre 1960 y 1962 (año de su muerte), impartió la cátedra de Historia en el Colegio Militar, la Preparatoria y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional y fue investigador del Instituto de Historia de la UNAM.

El libro que ha sido tomado como base para este ensayo, *Vida de Morelos*, fue reeditado cuatro veces en vida de su autor (Botas, 1917; Botas, 1921, Espasa Calpe, 1934, 1946 y UNAM-Instituto de Historia, 1959, siendo esta última la edición consultada) y una, en edición facsimilar del INEHRM, en 1985. Se trata de la obra de Teja más reeditada y reimpresa, lo cual nos da una primera impresión acerca del continuo interés de Teja Zabre por el tema, ya que siguió trabajando sobre el escrito 42 años después de haberlo publicado por vez primera; y de su favorable acogimiento, pues las reimpresiones ascienden a 6.

El interés del autor por escribirlo ya se ha dicho: realizar una versión de la historia de Morelos libre de tintes ideológicos, apegada lo más posible a la verdad y realidad históricas. Ahora bien, la utilidad de este objetivo estriba en que la biografía de Morelos conforma una pieza fundamental para realizar una revisión historiográfica de conjunto sobre la revolución de independencia, abarcando aspectos tradicionalmente olvidados. La siguiente cita, extraída del prólogo que escribe Teja Zabre a su texto en 1959, bien podría tomarse como una enunciación de propósitos:

Es necesario [...] ahondar más en el estudio de la revolución de Independencia, que se ha visto principalmente en su aspecto militar, político y anecdotico, para descubrir sus raíces sociales y económicas, sus complicaciones internacionales y su afinidad con los movimientos similares de emancipación hispanoamericana. De todas estas tareas, que deberán realizar nuestros historiadores de la nueva generación, he intentado seguir la primera de las mencionadas y aún espero continuarla, mientras vea algo de 'sol en las bardas'.³

El párrafo ciertamente adolece de una redacción algo confusa, pues no se entiende con claridad si la "primera de las mencionadas tareas que se intentará seguir" es el "aspecto militar" o las "raíces sociales y económicas". En cualquier caso, las dos le quedan bien a las pretensiones del texto, pues más de la mitad de éste se aboca a cuestiones netamente militares sobre las campañas de Morelos, pero también puede interpretarse sin dificultad que el Morelos que Teja Zabre construye es uno de los ideólogos y principales directores de las dichosas raíces sociales y económicas. La alusión al "sol en las bardas" se refiere a un diálogo de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (segunda parte, capítulo III) en el que Don Quijote, con esas palabras, quiere dar a entender a su escudero que aún queda tiempo y esperanza. Nuestro autor seguramente se refiere con esto al término de su propia vida, verificado tres años más tarde de escritas estas líneas (1962).

Las razones psicológicas profundas que llevaron a Teja Zabre a escribir este libro, son, por supuesto, mucho más difíciles de rastrear, y requerirían un estudio más detallado que el que aquí se presenta. Sin embargo, a manera de hipótesis, podríamos pensar que el Teja Zabre que inicia la investigación sobre Morelos en los tumultuosos años de la Revolución Mexicana está

³ Teja Zabre, *op. cit.*, p.6

buscando en el pasado un referente moral en el cual escudarse del caudillismo revolucionario y sus estragos. Apoyan esta teoría, aunque están bien lejos de probarla, párrafos como aquél en que Teja Zabre elogia la probidad de Morelos, aludiendo, sin mencionar nombres, que esta virtud “ha sido rara entre los hombres de poder y gobierno, educados en el abuso de los caudales públicos”. Desafortunada y sospechosamente, las fuentes que fueron consultadas para reconstruir la biografía de nuestro historiador callan todo lo referente a su visión, participación e interpretación de los hechos revolucionarios, información que sería indispensable para corroborar la hipótesis planteada.

En conclusión, Teja Zabre se nos presenta como un intelectual con formación y práctica en los terrenos de la jurisprudencia, pero con un abanico de inquietudes artísticas e intelectuales mucho más amplio que el del abogado promedio. Estas preocupaciones fueron encauzadas por las vías de la literatura, la crítica, el periodismo y, principalmente, la historia. Su interés por José María Morelos, además de atribuirse a la curiosidad, puede explicarse entendiéndolo como parte de una labor de ampliación y renovación de la historiografía nacional; y se sostiene en calidad de hipótesis que el cura y caudillo de Carácuaro haya encarnado para este historiador aquellas cualidades de las que carecían los jefes y líderes de su propio tiempo.

Vida de Morelos: siguiendo las huellas del héroe

En este apartado se analizan brevemente los principales aspectos del método seguido por Alfonso Teja Zabre para realizar la investigación que culmina con la obra a cuyo análisis se abocan las presentes páginas.

Nuestro historiador teje su historia con base en fuentes escritas, tanto contemporáneas a la época en que se sitúan los hechos como posteriores a ellos. Reconstruir el camino de su investigación es algo complicado pues, para “no presentar [...] un trabajo recargado de notas y referencias, sino

solamente las muy indispensables [...]”⁴ el autor prescinde por completo de un aparato crítico. Sin embargo, en la medida en que comenta sus documentos al tiempo que los cita frecuente y extensamente, pueden inferirse las fuentes de las que bebió su investigación. Teja Zabre utiliza el archivo del Museo Nacional, que contenía (en su ramo “Morelos”, y otros más) textos autógrafos del caudillo de la independencia (epístolas, notas, recados), textos atribuibles a él (cartas dictadas, bandos, proclamas) y textos de alguna forma relevantes para la historia de Morelos (correspondencia realista, decretos del virrey, trascipción de los juicios secular e inquisitorial: documentos en general relacionados con la actividad insurgente de 1811 a 1815). En el prólogo,⁵ Teja informa que la mayor parte de los documentos relevantes están incluidos en las compilaciones de Juan Hernández y Dávalos,⁶ Genaro García⁷ y Felipe Teixidor. También se sirve de las obras de testigos directos y de escritos que recogen testimonios, como son las obras de Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante y José I. Benítez. Entre la bibliografía secundaria que emplea (ya sea sirviéndose de sus recopilaciones documentales, de sus interpretaciones, o para criticarla) se encuentra la biografía de Morelos por Ezequiel Chávez,⁸ y las obras de Luis Chávez Orozco,⁹ Rafael Aguirre Colorado¹⁰ y Rubén García,¹¹ entre otros. Adicionalmente, Teja Zabre se sirve de “relaciones tradicionales y

⁴ *Ibidem*, p.6

⁵ *Ibidem*, p.6-7

⁶ Juan E. Hernández y Dávalos, *Colección de documentos para la historia de la guerra de independencia de México de 1808 a 1821*. México: J.M. Sandoval, 1877-1882, 6v.

⁷ Genaro García, *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del Primer Centenario de la Independencia de México*, 7 v., México: Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1910.

⁸ Ezequiel A. Chávez, *Morelos*. México: Jus, 1957, 222p.

⁹ Luis Chávez Orozco, *El sitio de Cuautla: la epopeya de la guerra de independencia*. México: La Razón, 1961, 200p.

¹⁰ Rafael Aguirre Colorado, *Campañas de Morelos sobre Acapulco, 1810-1813*. México: Secretaría de Guerra y Marina, 1933, 216p.

¹¹ Rubén García, *Ataque y sitio de Cuautla. 1812*. México: Talleres Gráficos de la Nación, 1933, 213p.

narraciones que tocan los linderos de la ficción, siempre que no se alejen demasiado de la verdad histórica”.¹² La única excepción a las fuentes escritas son nueve imágenes que se publican al final del libro, pero a modo de ilustraciones, prescindiendo la reconstrucción histórica de cualquier atisbo de análisis iconológico. Estas imágenes procedieron de museos, la colección personal del autor, ilustraciones de la obra de Alamán o fuentes no especificadas.

Su acercamiento a las fuentes es por lo general sumamente crítico, como se demuestra en algunos capítulos que dedica enteros a discutir la autenticidad de tal o cuál documento,¹³ y en sus incontables comentarios heurísticos sobre sus igualmente incontables citas. Sin embargo, aunque en muchas ocasiones sus argumentos sobre el valor o la interpretación de un documento son sólidos, en otras tantas son desquiciadas, como cuando comparamos su crítica a las anécdotas narradas por Lucas Alamán, que descalifica por tratarse de denuestos exagerados o llanamente ficticios realizados por un detractor de Morelos; y su crítica a documentos autógrafos de Morelos, cuya veracidad se comprueba arguyendo que están escritos con “con la garantía de verdad que tienen las palabras del héroe”.¹⁴

Como ya se mencionó, su empleo de citas es excesivo, llegando incluso a ocupar páginas enteras con una sola transcripción. Las justificaciones para citar varían: en ocasiones Teja Zabre deja que la fuente documental hable por sí misma, a veces pretende criticar su contenido, y, en otros casos, simplemente lo hace porque “el documento es interesante y pintoresco”.¹⁵ La estructura de las citas es bastante inadecuada, ya que todas carecen de

¹² *Ibidem*, p.8. El empleo de un relato de José de Jesús Núñez y Domínguez para reconstruir la toma de Orizaba por tropas insurgentes es ejemplo de esto. *Vid Zabre* p.123-126. Exactamente *cómo se mide* que un relato tocante con la ficción no se aleje *demasiado* de la verdad, es por supuesto un misterio.

¹³ *Vid Ibidem*, “El plan de devastación”, 201-217

¹⁴ *Ibidem*, p.28

¹⁵ *Ibidem*, p.159

notas al pie que indiquen su procedencia, y aunque Teja siempre intenta incluir en la presentación de la cita esta información, a veces prescinde inexplicablemente de ella con resultados funestos.¹⁶

Es difícil evaluar la pertinencia de sus fuentes en conjunto. Cuándo Teja Zabre se basa en testimonios documentales, con la fuente referida aunque sea en el cuerpo del texto, criticados sólidamente, uno se siente inclinado a admirar la labor heurística de este historiador. Por el contrario, cuando cita de forma excesiva, informa mal del origen de las transcripciones, valora las fuentes con criterios arbitrarios o apuntala sus reconstrucciones en escritos no criticados (cómo cuando narra la batalla de Orizaba, en apariencia basándose enteramente en un texto literario del cuál nada se dice, excepto que fue escrito por José de Jesús Núñez y Domínguez), el lector no puede más que desconfiar ampliamente de la información presentada.

El estilo de la narración es variado, por lo general serio y descriptivo, pero con frecuencia se torna literario, llegando incluso a reconstruir diálogos, que, a falta de ninguna referencia que los acompañe, inferimos como inventados por el autor. Sale aquí a relucir el Teja Zabre novelista, que nos cuenta el sitio de Cuautla con una narración épica, descripciones vívidas y enormes cantidades de diálogos. Su prosa es por lo general lúcida, y recurre con cierta frecuencia a figuras retóricas para ilustrar los hechos.¹⁷ El problema

¹⁶ Por ejemplo, en *Ibidem*, p.243, se introduce una transcripción textual anunciando que se tratan de palabras del mismo Morelos, y la cita se refiere al caudillo en tercera persona. Lo más probable es que se trate en efecto del testimonio del mismo Morelos, pero transcrita por un secretario de la Inquisición durante los interrogatorios realizados previamente a la ejecución del cura. El no explicitar el origen de la información da lugar a muchas confusiones como la anterior a lo largo del texto.

¹⁷ Las hipérboles son un ejemplo, como cuando se nos cuenta que todos los asistentes a la degradación eclesiástica de Morelos se conmovieron hasta las lágrimas por la dignidad del héroe, *Ibidem*, p.285. También se acude a metáforas, diciendo por ejemplo que Morelos era un hombre de hierro; *Ibidem*, p.247

con sus diálogos, más allá de su calidad literaria, es que nunca es claro cuándo se efectúa la transición entre el Teja Zabre historiador y el Teja Zabre literato. Nuevamente, la ausencia de un aparato crítico pesa sobre la calidad histórica de *Vida de Morelos*: sin saber si el autor está inventando libremente o guiado por fuentes, copiando directamente o haciendo sus propias versiones de otros relatos, el lector queda incapacitado para criticar y valorar adecuadamente buena parte del libro.

La estructura del escrito no es sencilla. Se divide en veintinueve capítulos, precedidos por el prólogo al que ya se ha hecho alusión en varias ocasiones. Aunque nuestra división no puede ser más que esquemática, intentaremos clasificar, con base en sus temáticas centrales, estos capítulos en cinco categorías: 1) noticias biográficas de Morelos (capítulos I, II, III, IV, XXV, XXVI, XXVII); 2) Campañas militares (capítulos V, VI, IX, X, XI, XIII, XIV, XV, XVII, XXIV); 3) Ideas políticas y sociales del caudillo (capítulos VII, XVI; XIX, XXII); 4) Circunstancias políticas particulares de la coyuntura (capítulos VIII, XVIII, XXI); y 5) Miscelánea (un documento y crítica al mismo: capítulos XII y XX; recapitulación de las cruentadas de Morelos encaminada a emitir un juicio histórico: XXIII; el legado de Morelos, XXVIII; discusión sobre fuentes iconológicas, XXIX).

La estructura general de *Vida de Morelos* sigue un orden cronológico, especialmente en lo que respecta a los episodios militares, biográficos y de coyuntura política. Los capítulos sobre ideas políticas están distribuidos por el libro, y poseen una estructura interna no cronológica (Teja Zabre avanza y retrocede en el tiempo para exponer los temas) y rompen a su vez con la cronología general del texto. Los capítulos sobre crítica de documentos están más o menos encajados a la fuerza en la estructura, tampoco son cronológicos y revelan tanto información que ya había sido expuesta como datos que serán utilizados en partes posteriores del libro. El apartado sobre el legado del héroe hace las veces de epílogo, en él se discuten asuntos variados, desde el destino del cadáver de Morelos hasta la proyección de su figura para el futuro. Por último, la posición de la discusión iconológica es

prácticamente de apéndice, ya que se encuentra bastante aislada en relación al resto del libro.

Las reglas del mundo de Morelos: supuestos teóricos y visión del mundo

Aunque *Vida de Morelos* dista mucho de ser un texto con carácter teórico, es posible inferir de su lectura algunos de los supuestos fundamentales que regían la cosmovisión de Teja Zabre y sus concepciones sobre la realidad histórica.

Un primer elemento es la noción de condicionamiento geográfico de las sociedades. Teja Zabre apunta que “[Morelos] nació, vivió y luchó en tierras tropicales, donde el sol y la fertilidad engendran la molicie, la indolencia de la siesta, que adormece los cuerpos y sólo excita la imaginación y los sentidos”.¹⁸ Así pues, las condiciones geográficas en las que se verifican los hechos tienen un carácter cuando menos condicionante sobre la forma de ser de sus habitantes, lo cual las dota de capacidad explicativa.

En segundo lugar, una fuerza poderosa actúa con frecuencia para desviar el curso de los acontecimientos: se trata del destino. Como veremos más adelante, Morelos se enfrenta una y otra vez a su sino trágico pero saliendo siempre mal parado del encuentro. Este destino se manifiesta en la historia mediante su peculiar fenómeno: la fortuna.

La historia narrada por Teja Zabre tiene como motor la acción libre humana, pero no de todos los hombres, sino de los líderes y/o héroes. Los soldados, tropa, mujeres, niños, etc. ocupan un lugar absolutamente marginal dentro de la trama histórica de este historiador: lo importante es que sigan a los caudillos o se opongan a ellos. En contraposición, incluso los datos más intrascendentes son

¹⁸ *Ibidem*, p.247

importantes cuándo se trata de describir a estos líderes.¹⁹ La acción del héroe se demuestra libre porque sus decisiones pueden trascender su historia de vida o incluso a su tiempo.²⁰ Es esta “acción libre humana” de Morelos la que entrará en pugna con el destino, con nefastos resultados para el héroe. Podría pensarse en una relación dialéctica: en la cual la tesis “destino” se enfrenta a la antítesis “libertad”, para dar lugar a una síntesis superior, que tiene elementos de ambas pero es distinta a cualquiera.

Por lo general, los hechos y acciones que se exponen son explicados con base en un modelo de intencionalidad, congruente con la noción del héroe como eje de la historia. Sin embargo, hay ocasiones (que podríamos achacar quizás a errores de estilo) en que se nos relatan los hechos y sus consecuencias, pero no se entiende por qué ocurrieron.²¹

Otros elementos de la visión del mundo de Teja Zabre, con menos peso en el libro por tratarse éste de una biografía, se nos revelan en la lectura de la breve síntesis que el autor hace sobre la Revolución de Independencia. Se afirma: “La revolución de Independencia ya no se juzga como una simple commoción política

¹⁹ Cómo cuando Teja Zabre se detiene en describir el estilo de peinado que el General Cosío usaba, *Ibidem*, p.52; o lo que se cuenta se le dio de comer a Morelos el día de su ejecución *Ibidem*, p.293

²⁰ Afirma Teja Zabre que las ideas políticas de Morelos, por ejemplo, estaban muy adelantadas a su tiempo. *Vid Ibidem*, “Primeros ensayos legislativos y políticos”, p.57-67; e “Ideas políticas y proclamas”, p.227-239

²¹ Ejemplos son “Se debe recordar [...] que por un fenómeno frecuente en la historia el francés católico era para los habitantes de la Nueva España el enemigo religioso, el enemigo nacional, el hereje, el siervo del anticristo, mientras que el inglés protestante era el amigo y aliado. Y así se explica también como Morelos pudo forjarse la ilusión de que Inglaterra y Estados Unidos de América estaban dispuestos a entablar relaciones [...] con la Nueva España, como nación independiente”, *Ibidem*, p.134. Cabe preguntar ¿Qué es exactamente y cómo se explica ese “fenómeno frecuente”? Otro caso se encuentra en la explicación que da Teja del origen de la disputa entre Rayón y Morelos, por haber el primero cancelado las órdenes que el segundo diera a Cavares, mas no se explica *por qué* cancelaría Rayón las órdenes de Morelos. *Vid Ibidem*, p.75

o un choque sangriento de razas, clases, castas o partidos, sino como manifestación de una corriente vital y profunda, ligada con el impulso de perpetua renovación que cambia la estructura de las sociedades".²² Esta idea del "espíritu de perpetua renovación", que se ubica más allá de las acciones humanas individuales o sociales, y que es a su vez manifestación de una esencia vital, tiene connotaciones claramente fenomenológicas. La dialéctica antes mencionada y esta concepción espiritual nos remiten a los postulados hegelianos sobre la historia.

Por otro lado, cuando Teja Zabre intenta explicar que la causa profunda de la Revolución de Independencia obedece al "impulso revolucionario mundial", sostiene que "desde principios del siglo XVIII el poder económico en Europa estaba pasando al estado llano formado por burgueses y ciudadanos, mientras que la nobleza retenía el poder político. Este desequilibrio se manifestó violentamente en la Revolución Francesa y la crisis se extendió a España lo mismo que a sus dominios en América".²³ Esta cita parecería indicar una interpretación materialista de la historia, en la cual el eje y motor del cambio histórico pueden hallarse en la lucha de clases, protagonizada en este caso por la clase burguesa y la clase noble.

En síntesis: Teja Zabre no era ningún teórico. En lo que respecta a los límites de su propia investigación, predomina claramente la idea del destino (y su manifestación, la fortuna) y su contraposición con la libertad (y sus paladines, los héroes); pero cuando abandonamos el marco de la biografía, y pedimos a Zabre que explique procesos históricos más amplios, se torna ecléctico y difuso.

²² *Ibidem*, p.9

²³ *Ibidem*, p.9

¿Quién fue ese Morelos?

El Morelos de Teja Zabre es un personaje de extracción popular, con un origen sumamente humilde. Esto explica su relativa ignorancia,²⁴ pero al mismo tiempo exacerba su energía y voluntad de superación. Adicionalmente, lo dota de una sensibilidad especial para la injusticia, y de un carácter predominantemente proletario.

Su carrera eclesiástica presenta algunas aparentes contradicciones. Por un lado, se nos dice que José María tenía el deseo y la vocación para tomar los hábitos. Sin embargo, forzado por la evidencia documental a reconocer que no se trató del más piadoso de los ministros de Dios, Teja Zabre alegará que ante la constatación de la existencia de amantes e hijos del caudillo no podemos dejar

de reconocer que [Morelos] no tuvo méritos para ser un sacerdote ejemplar, ni católico humilde y manso. Pero fue tan dura su vida, tuvo en su paso por la tierra tan pocas satisfacciones, su gloria fue tan breve y enturbiada por tantos sufrimientos su carrera heroica, que nos sentimos inclinados a juzgar como justas compensaciones los escasos regalos que le ofreció su destino.²⁵

El destino (y su manifestación, la fortuna) se nos aparece entonces como una fuerza histórica que no sólo posee capacidad explicativa, sino que también nos lleva a juzgar con empatía a un Morelos que no fue más que una desdichada víctima de los aciagos hados. Más adelante, Teja Zabre agregará

²⁴ Qué es por supuesto intrascendente, pues “Lo que [Morelos] escribió de su puño y letra [...] permite creer que realmente no hubo proporción entre la grandeza de su obra y la relativa escasez de su cultura” *Ibidem*, p.16

²⁵ *Ibidem*, p.31

que en realidad la religiosidad de caudillo debe mirarse a través de un cristal distinto, ya que el caudillo “Era casi un cristiano primitivo, que adoraba a Jesús y temía a Dios, sin complicar sus creencias con todos los distingos y los ritos formales de la iglesia romana”.²⁶ Contradicción resuelta: no es que Morelos no fuese un buen católico, sino que poseía una religión paleocristiana; y sus ocasionales deslices deben juzgarse con compasión por tratarse de un hombre tan desafortunado.

Otra de las cualidades del caudillo es su inigualable valentía, demostrada en más de una ocasión.²⁷ Sin embargo, sin dejar de admitir que eventualmente Morelos tuvo comportamientos cobardes, como cuando en la batalla Puruarán delegó el mando de las tropas a Matamoros y escapó, Teja Zabre afirmará que “el valor personal de Morelos tiene auténticas comprobaciones [...] y sólo un desfallecimiento, un eclipse de su energía, una debilidad propia de todo ser humano, podría explicarnos esta actitud del caudillo”.²⁸ De esta forma, los fallos de la bravura heroica de Morelos quedan explicados por dos importantísimas razones: 1) son casos aislados dentro de su impresionante carrera; y 2) son achacables a su condición humana, y, por tanto, justificados. Volveremos sobre este segundo punto con más detenimiento posteriormente.

La magnanimidad de Morelos es inmensa. Todas las ocasiones en que perdona a sus enemigos, en que muestra piedad para con los que lo ofenden, dan sobrada cuenta de ello.²⁹ Ahora bien, es imposible ignorar algunos hechos que manchan su reputación, ya que en su retirada de Acapulco, por ejemplo, mandó degollar sin juicio previo a todos sus prisioneros. ¿Era Morelos un

²⁶ *Ibidem*, p.248

²⁷ Un ejemplo de su valor temerario es su avance contra la vanguardia del ejército de Calleja durante el sitio de Cuautla. Sus comandantes fueron incapaces de disuadirlo, y la maniobra casi le cuesta la vida. *Vid Ibidem* p.88-90

²⁸ *Ibidem*, p.161

²⁹ Como en Acapulco, en la toma de Oaxaca (que mandó a los heridos del bando opuesto al hospital), en la defensa de Cuautla, *vid Ibidem*, p.242-244; o en la toma de Tixtla, p.55

hombre sanguinario? Por supuesto que no. ¿Por qué? Tres razones: 1) Nuevamente, se trata hechos aislados; 2) Sus enemigos se comportaron con mucha mayor crueldad que él, pues “es fácil comprobar que la crueldad de Morelos fue superada por Calleja, Iturbide, Cruz [...]”;³⁰ y 3) Las guerras son así, ya que “las ejecuciones realizadas al calor de los combates o poco tiempo después son, por desgracia, tan comunes en nuestras guerras intestinas, que apenas habrá un militar de profesión o improvisado que esté libre de un cargo de tal índole”.³¹ Otro caso semejante al de Acapulco fue la ejecución de José Manuel Santa María, que fue realizada contraria a las desesperadas súplicas de su novia, despachando a un conmovido Galeana con esta frase “que se busque un novio más decente”. La anécdota es narrada por Lucas Alamán, detractor de Morelos, lo que le resta por supuesto toda credibilidad. E incluso si fuésemos a darle algún crédito, no podemos soslayar que José Manuel había peleado del lado de Morelos para luego traicionarlo, por lo que su ejecución estaba más que justificada.

Por otra parte, el caudillo, como hombre justo que fue, cuidó siempre que los habitantes de los territorios ocupados fueran respetados, así como sus posesiones. En contra de esto se alegarán algunos ocasionales saqueos, y el llamado “plan de devastación”, que ordena confiscar bienes sistemáticamente a los españoles acaparadores, para financiar la guerra y repartirlos entre los pobres. Sobre este documento, cabe recalcar tres cosas: su autenticidad puede fácilmente ponerse en duda;³² incluso concediéndola, debemos considerar que “La etapa inicial de una verdadera revolución, y mucho más de una revolución popular, tiene que ser militar y destructiva”;³³ y, por supuesto, los realistas realizaron saqueos mucho peores.³⁴

³⁰ Las ejecuciones que ordenó Iturbide en Valle de Santiago, y el bando del gobierno virreinal que ordena exterminar sin compasión a los insurgentes son dos ejemplos entre muchos otros.

³¹ *Ibidem*, p.241

³² *Vid* al respecto los argumentos de Ezequiel Chávez en *Ibidem*, p.206-209

³³ *Ibidem*, p.211

³⁴ Cómo el saqueo de Cuautla, después de ganado el sitio por Calleja. *Vid Ibidem*, p.105

Morelos fue un hombre de arraigados ideales liberales y demócratas, principios que permean todas sus acciones y escritos políticos. El hecho de que el Congreso de Chilpancingo se conformó de forma bastante autoritaria no hace mella a ese hecho, pues fue obligado por las circunstancias a designar él mismo a gran parte de los diputados. Así pues, no es ninguna sorpresa que fuese nombrado por ese órgano Generalísimo del ejército insurgente, pero otra de sus más grandes cualidades, la humildad, queda más que patente al preferir el título de “Siervo de la nación” al de “Su Alteza Serenísima”, que el Congreso pretendía concederle.³⁵ Hay quién ha afirmado que en ocasiones Morelos sufrió de cierta megalomanía y desquiciamiento, dando instrucciones y proclamando bandos imposibles de cumplir, como en el caso de sus órdenes para los comandantes en posesión de las costas entre Acapulco y California. Pero este documento es en realidad atribuible a una argucia propia de gran inteligencia, pues con él intentaba despistar a sus enemigos.³⁶

Esta gran inteligencia se reflejó por supuesto en el campo de batalla, pues en él mostró Morelos una habilidad y liderazgo innatos para comandar tropas y llevarlas a legendarias victorias, que lo hacen equiparable incluso a Napoleón o a Bolívar.³⁷ Se imponen entonces las preguntas, ¿Por qué perdió combates? Y ¿Por qué perdió la vida?

Cada batalla librada por Morelos fue una obra maestra de táctica militar. Sus derrotas no son causadas, consecuentemente, por los fallos en la dirección. Analicemos algunos de los casos para ver cómo las explica Teja Zabre.

En sitio de Cuautla, enfrentamiento que obligó a los insurgentes a abandonar la plaza tras meses de asalto por parte de las tropas del general

³⁵ *Vid Ibidem*, p.152

³⁶ *Ibidem*, p.136

³⁷ *Vid Ibidem*, p.131 y p.170, respectivamente

realista Félix María Calleja, se perdió por las siguientes razones: 1) Los refuerzos insurgentes nunca llegaron para romper el sitio;³⁸ 2) Los insurgentes peleaban en condiciones de desventaja numérica;³⁹ y 3) La mala fortuna retrasó las lluvias que hubieran hecho la posición de los realistas insostenible.⁴⁰ Por supuesto, cabe señalar que la derrota le valió a Morelos más que la victoria a Calleja, porque subió su prestigio enormemente al correr la noticia de su heroica resistencia y su eficaz huida.⁴¹

Un segundo caso: el cura de Carácuaro mandó realizar un complicado y largo sitio a Acapulco, y aunque terminó por ganar la plaza, las consecuencias que acarrearía esta falla táctica serían devastadoras para el movimiento insurgente. Ciertamente se trató de un error estratégico, ahora veamos cómo lo trata Teja Zabre: “El error de Morelos parece consistir en haber emprendido el sitio de Acapulco con elementos muy escasos, que retardaron el triunfo, y esto, más que una culpa, es una desgracia, por una parte, y por otra, un exceso de actividad y energía”⁴² La solución es increíble: el error no es tal, sino una desgracia, y debe achacarse no a una decisión idiota de Morelos, sino a sus grandes cualidades de “actividad y energía”. Así pues, cuando Morelos se equivoca, lo hace llevado por sus virtudes, no por sus defectos.

Veamos un caso más: la última derrota de Morelos, que concluyó con su captura, se verificó en Texmalaca, cuando los insurgentes se vieron en la necesidad de hacer frente a las tropas que los perseguían. Aunque Morelos escogió con suprema astucia su posición de defensa y luchó personalmente con gran valentía, la derrota fue apabullante. Ésta se explica por: 1) las

³⁸ *Vid Ibidem*, p.88 y p.108

³⁹ *Vid Ibidem*, p.107

⁴⁰ “Ya veremos como estuvo a punto de alcanzar el triunfo definitivo y cómo sólo la fatalidad pudo desbaratar sus combinaciones”, *Ibidem*, p.87; “Nunca hasta entonces estuvo más cerca del fin el dominio español en México, porque si el destino no interviene, las tropas de Calleja [...] hubieran quedado aniquiladas” *Ibidem*, p.96

⁴¹ *Ibidem*, p.107

⁴² *Ibidem*, p.145

condiciones de desventaja numérica de las tropas insurgentes (el estado desastroso del ejército insurgente se debía en gran medida a las malas decisiones del Congreso, que había retirado el cargo de Generalísimo a Morelos, y se lo otorgaba sólo temporalmente para esta última operación); 2) la falta de auxilio de otros caudillos militares insurgentes; 3) la fatalidad, que hizo que (contrario a las inteligentes previsiones de Morelos) la ruta de escape de la columna fuera descubierta por los espías realistas; 4) el retraso que representaba para las tropas la custodia del Congreso. 5) nuevamente, la fatalidad, pues "todavía era posible cambiar la faz de la guerra y la suerte del país con un golpe favorable del azar, con alguna inesperada maniobra, con alguna proeza de temeridad individual";⁴³ pero ninguno de estos hechos se verificó y el inevitable destino terminó por cumplirse.

El análisis de estos tres casos nos permiten asumir que, para Teja Zabre, las derrotas de Morelos tuvieron siempre que ver con el destino y la mala suerte, con la ineficiencia de sus aliados, con las condiciones militares desventajosas o, en última instancia, con sus excesivos bríos; y nunca con una falla táctica o un acto de estupidez por parte del caudillo.

Un punto de comparación interesante puede hallarse al contrastar las cualidades de Morelos con las de su enemigo, Calleja, pues nos permitirá perfilar al héroe en contraposición con su tocayo y antagonista, que viene siendo el anti-héroe de esta historia. Observemos el siguiente cuadro, que nos servirá también para sinterizar brevemente los puntos que tratamos con anterioridad:

⁴³ *Ibidem*, p.256

| José María Morelos | Félix María Calleja |
|--|--|
| Entre sus virtudes se cuentan estoicismo, heroicidad, valentía serena, astucia silenciosa, actividad física y mental, tenacidad, resistencia, temple, piedad de “cristiano primitivo.” | Entre sus virtudes se cuentan perseverancia y energía. |
| Sus defectos son ampliamente superados por sus cualidades. ⁴⁴ | Sus cualidades son ampliamente superadas por sus defectos. ⁴⁵ |
| Sus acciones se montan sobre una ideología dogmática, de principios firmes. | Sus acciones se montan sobre una ideología pragmática, sin principios. |
| Triunfa por su talento militar nato. | Triunfa por el tiempo de preparación, las condiciones militares favorables y los espías, el favor de la fortuna. ⁴⁶ |
| Fracasa por: la mala fortuna, el destino, la ineficiencia de sus aliados o por sus enormes virtudes. | Fracasa por: verse enfrentado con un héroe, y por su ineptitud táctica. |
| Sus tropas están formadas de voluntarios. | Sus tropas están formadas por soldados de leva. |

⁴⁴ “La magnitud de sus cualidades [de Morelos] superó con mucho la de sus defectos” *Ibidem*, p.9

⁴⁵ “No era Calleja, como lo creía él mismo, un gran militar, porque sus cualidades eran superadas por sus defectos” *Ibidem*, p.85

⁴⁶ “La oportunidad y el acierto de sus espías vinieron en ayuda de la fatalidad que perseguía a Morelos” *Ibidem*, p.255

| | |
|---|--|
| Su origen es humilde y proletario. | Su origen es aristocrático. |
| No posee ninguna preparación militar, y sin embargo pierde. | Posee una amplia preparación militar, y sin embargo gana. |
| <p><i>“Calleja frente a Morelos es en el arte de la guerra lo que un artesano lento y tosco frente al artista de concepciones rápidas y geniales”⁴⁷</i></p> | |
| Aboga por los derechos de las masas oprimidas, es sensible incluso con enemigos. | Aboga por el mantenimiento del <i>status quo</i> , es insensible hasta con sus hombres. |
| Es humilde y honesto. | Es ambicioso, soberbio y sedicioso. |
| Se rodea de grandes hombres (Galeana, Matamoros, Bravo). | Se rodea de alimañas y torturadores (Concha). ⁴⁸ |
| Por lo general se muestra magnánimo con sus enemigos, tiene una “crueldad meditada” y culposa; evita los saqueos e incluso, antes de su fusilamiento, abrazó cariñosamente a quién había sido su captor y torturador. ⁴⁹ | Siempre se muestra cruel y sanguinario con sus enemigos, es “cruel por naturaleza”; no reprende los saqueos, tiene una “crueldad feroz”. ⁵⁰ |

⁴⁷ *Ibidem*, p.85

⁴⁸ Escribe Teja Zabre “Debe anotarse que según cuenta Fray Servando Teresa de Mier [...] Concha era un tabernero que obtuvo el grado de coronel como premio por la derrota y prisión de Morelos, y ganó triste fama además por su残酷, especialmente como fusilador de curas y especialista en la aplicación de torturas a los prisioneros insurgentes” *Ibidem*, p.271

⁴⁹ Teja relata, con un diálogo escasamente creíble, la escena en que Concha va a buscar a Morelos para llevárselo al paredón: “-Hola- Dijo Morelos -, a formar. No mortifiquemos más... Vamos, señor Concha; venga, un abrazo.

-Señor general!

-Nada de afligirse, será el último.” *Ibidem*, p.293

⁵⁰ *Ibidem*, p.85

Morelos: el héroe trágico

El José María Morelos de Alfonso Teja Zabre se ha perfilado hasta ahora como un verdadero y genuino héroe, y, habiendo recalcado sus distintas características, entraremos ahora a analizar su función dentro del relato histórico.

El caudillo del sur es un hombre privilegiado y bueno, poseedor de todas las virtudes que lo consagran como un gran héroe y promueven su culto público. Su misión histórica, a la que dedica sus mejores años y que terminará por costarle la vida, es una de trasgresión: busca romper un *status quo*, en este caso, la dominación española en Nueva España y todas las consecuencias negativas que de ella se derivan. Sin embargo, Morelos fracasa una y otra vez porque el destino se interpone entre él y la consumación de su gesta. Siempre se acerca a la victoria definitiva, siempre está a un paso de conseguir sus elevados objetivos, pero la mala suerte lo postrará infaliblemente.⁵¹ Morelos, entonces, es un rebelde en el sentido más amplio: emprende una lucha desesperada en contra del inevitable destino, y su final es tan trágico como su vida.⁵² Nuestro caudillo se convierte así en el arquetipo del héroe trágico griego: es humano, al igual que el espectador, emprende una lucha inútil en contra de su sino, y muere castigado por su atrevimiento.

⁵¹ “Nunca hasta entonces [sitio de Cuautla] estuvo más cerca del fin el dominio español en México, porque si el destino no interviene, las tropas de Calleja [...] hubieran quedado aniquiladas” *Ibidem*, p.96; “Morelos maniobró con tal astucia que, por última vez en su carrera de soldado, estuvo muy cerca del éxito” *Ibidem*, p.255

⁵² “[en Texmalaca] “La formación del frente de Morelos y los primeros incidentes de la acción fueron, de parte de Morelos, una vislumbre de sus tiempos mejores, un alarde de táctica que por última vez *quiso atraer y domar a la fortuna por la fuerza y por el genio*” [la cursiva es mía] *Ibidem*, p.256; o trascendiendo condicionantes geográficos “Por la tenacidad, la resistencia y el temple; por la fría impasibilidad que tuvo hasta morir, más parece un hombre de hierro endurecido entre tempestades de nieve que un blando criollo formado entre los halagos de un clima benigno”, *Ibidem*, p.247

Aristóteles dirá en su *Poética* (obra escrita hace unos veintitrés siglos y que sigue siendo citada como referencia) que la tragedia se caracteriza por provocar compasión (sentimiento causado por la constatación de una fortuna inmerecida) y miedo en el espectador. Otros elementos son la *peripeteia* (cambio repentino de un estado de cosas al estado contrario); la *anagnórisis* o descubrimiento (acto mediante el cual lo desconocido se vuelve conocido); y el sufrimiento. El héroe trágico posee condición humana (lo cual permite que la audiencia se identifique con él y consecuentemente pueda sentir miedo y compasión), es bueno y debe pasar durante la obra de la felicidad a la miseria, pero no a consecuencia de su perversidad, sino por culpa de un gran error trágico. Aristóteles identifica dos partes en la tragedia: complicación y desenlace, siendo la primera todo lo que ocurre hasta la *peripeteia*, y la segunda el resto, y anota que la tragedia debe ser de carácter catártico.⁵³ La correspondencia no es exacta con la historia de Teja Zabre, pero algunos elementos comunes no pasan desapercibidos: *Vida de Morelos* claramente mueve a la compasión, ya que su protagonista es humano, bueno y sufre inmerecidamente a causa de su cruel destino.⁵⁴ Su caída en desgracia se origina en un gran error trágico, en el que incurre por sus virtudes y no por sus defectos: el desafío al *status quo* colonial. Podemos identificar fácilmente una fase de complicación que va desde el nacimiento hasta la captura del caudillo (esta última viene siendo la *peripeteia*); y una de desenlace, correspondiente con su juicio y ejecución.

En términos del panteón nacional y los símbolos patrios mexicanos, volver a Morelos un humano (por tanto, justificadamente imperfecto) curiosamente tiene un efecto inverso al que podría esperarse. Veamos la siguiente cita, que habla por sí misma de este fenómeno:

⁵³ *Vid Aristotle*, Capítulos 6-19 en *Poetics*, traducido por Ingram Bywater, prologado por Gilbert Murray, Oxford: Clarendon Press, 1962. Consultado en http://www.gutenberg.org/catalog/world/readfile?fk_files=39506, consultado el 25-nov-2007

⁵⁴ *Vid supra*, cita 25 y su texto correspondiente

Quisiéramos encontrar en [Morelos] al héroe sin sombras, *sin desfallecimientos, sin errores*. Es verdad que el tipo del héroe acabado es solamente creación de la leyenda y de la poesía, y que si el perfecto hombre superior llegara a existir, sus obras serían escasamente meritorias, porque no es causa de admiración ni de extremada alabanza que con poderosos y excepcionales medios se ejecuten empresas memorables. Aunque sea más humilde, es más digno de amor el héroe humano, como las debilidades y las flaquezas de un mortal que, con los elementos vacilantes, incompletos y efímeros que la naturaleza otorga, realiza hechos inmortales.⁵⁵

Resulta entonces que, lejos de desdeñar a la figura de Morelos por sus defectos y fallas, son estas un componente indispensable para consolidar la admiración que produce. *No existen hombres perfectos* (lo cuál de entrada explica por qué Morelos no lo fue) y, si existieran, *más valen los héroes humanos*, que realizan con humanos poderes hazañas inmortales.

En suma y conclusión

A lo largo y ancho de las páginas precedentes el libro *Vida de Morelos* ha sido analizado desde distintas perspectivas. Partiendo de su autor y las motivaciones y objetivos que éste tuvo para escribirlo, pasando por el método que utilizó para hacerlo, la estructura de la obra y el estilo de la narración, señalando los más importantes supuestos teóricos que guían su relato e interpretación, recaímos finalmente en el carácter del José María Morelos construido y propuesto por Alfonso Teja Zabre en su obra. El autor pretendió en su libro tratar con objetividad la trama histórica y acercarse de forma ecuánime a la verdad, pero bien fácil es darse cuenta de lo inútil e infructuoso de su intento. Aunque Teja Zabre advierte al lector en las primeras páginas

⁵⁵ Teja Zabre *Op cit.*, p.263

que “Morelos quizá no aparezca tan perfecto y admirable como lo quisiera el sentimiento popular [...]”,⁵⁶ su libro es fundamentalmente un panegírico a la figura del héroe. Podemos pues considerar que los objetivos del autor no fueron cumplidos, aunque debemos conceder que la meta que se planteó era imposible de alcanzar por la misma naturaleza del quehacer historiográfico.

Sin embargo, lo que Teja Zabre sí consiguió fue transmutar una de las figuras históricas de mayor trascendencia para la historia patria de México. Creó un Morelos distante del monstruo que muchos habían señalado, pero también diverso del ídolo que otros tantos se empeñaban en ver. El Morelos que Teja Zabre construyó es el más perfecto de todos, y la clave de esta perfección radica, paradójicamente, en su imperfección. Hombre, como cualquier otro, el cura de Carácuaro posee virtudes y defectos, y tiene el ocasional derecho a equivocarse. Las justificaciones de estos errores y deslices, como hemos visto, son variadas, pero se encaminan a demostrar que ninguno de sus fallos actúa en detrimento de sus grandes y mucho más numerosos éxitos y virtudes. Concediendo que Morelos no era perfecto, pero demostrando que sus virtudes superaban con mucho a sus defectos, se consigue una figura prácticamente invulnerable al denuesto, y consecuentemente se consagra su lugar como héroe patrio.

Adicionalmente, el personaje creado por Teja Zabre posee las cualidades del héroe trágico, lo cual fomenta en el lector de la histórica gesta *Vida de Morelos* la identificación con su protagonista, y permite la compasión y el sufrimiento indispensables para producir la más grande de las admiraciones posibles. La constatación de la injusta desgracia y el trágico desenlace de la historia refuerzan poderosamente la heroicidad del caudillo.

La nueva leyenda que Morelos protagoniza tiene, por supuesto, un público predilecto. El origen humilde de Morelos, su ascendencia oscura (para

⁵⁶ *Ibidem*, p.9

algunos era criollo, para otros mestizo, hay quién afirma incluso que se trataba de un mulato), su falta de educación y su identificación con las masas y sus intereses lo vuelven el héroe patrio proletario por excelencia. Si cabe alguna duda, véanse estas palabras, con las que Alfonso Teja Zabre cierra su prólogo y yo mi ensayo “[Las manos de Morelos] parecen rudas y fuertes, fortalecidas en las tareas de domar reses o trabajar casi como albañil en la fábrica de su parroquia indigente. O tallar a golpes heroicos la primera piedra de una nueva patria”.⁵⁷

⁵⁷ *Ibidem*, p.12

Fuentes

- Aristóteles, *Poetics*, trad. Ingram Bywater, prol. Gilbert Murray, Oxford: Clarendon Press, 1962. Consultado en http://www.gutenberg.org/catalog/world/readfile?fk_files=39506, consultado el 25-nov-2007.
- *Diccionario Porrúa: Historia, Biografía y Geografía de México*. 6ta edición, corregida y aumentada. México, Porrúa, 1995, Volumen IV, p.3427-3428.
- *Diccionario de escritores mexicanos siglo XX: desde las generaciones del Ateneo y Novelistas de la Revolución hasta nuestros días*. México, Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Filológicas, 1988. p. 449-451.
- *Enciclopedia de México*. dir. José Rogelio Álvarez, México: Enciclopedia de Mexico, 1993, v.13, p.7601-7602.
- Marín Marín, Álvaro. "Mi Morelos, el de Alfonso Teja Zabre y el de José Mancisidor Ortiz", ponencia preparada para su lectura en el *Seminario de Independencia Nacional*, coordinado por el Doctor Tarsicio García Díaz, en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2002. Consultado en <http://www.tuobra.unam.mx/publicadas/040703141839-Mi.html>, consultado el 20-nov-2007.
- Teja Zabre, Alfonso. *Vida de Morelos*. Nueva Versión. México: Dirección General de Publicaciones del Instituto de Historia - Universidad Nacional Autónoma de México, 1959, 314p. (Publicaciones del Instituto de Historia; primera serie; 48).

JOSÉ FUENTES MARES

Jorge Herrera Velasco

Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa

Semblanza biográfica

Nació el 15 de septiembre de 1918, en el seno de una familia de clase media con raigambre católica tradicional; entre los recuerdos de su niñez destaca la clausura de los templos decretada a raíz de la guerra Cristera en 1926; su madre permitía que se oficiara misa en su casa no obstante el riesgo de que la confiscaran. Desde entonces admiró el idealismo de aquellos católicos perseguidos durante el gobierno de Plutarco Elías Calles.¹

Sus estudios profesionales los realizó en la Universidad Nacional Autónoma de México. Cursó, para satisfacer las expectativas de sus padres, la licenciatura en Derecho, y, para darle gusto a sus inclinaciones, la maestría y el doctorado en Filosofía. En su autobiografía se enorgullece de haber contado con profesores de la talla de Antonio Caso, Samuel Ramos, Eduardo García Márquez, José Gaos y Joaquín Xirau, entre otros.

Su amistad con Antonio Caso fue tan estrecha que, gracias a la recomendación de éste, cuando tenía apenas veinte años publicó su primera colaboración como editorialista en *El Universal*, al lado de Alfonso Junco, Mauricio Magdaleno, el mismo Caso y otros intelectuales.²

¹ Una buena parte de la información sobre la vida del historiador fue obtenida de su autobiografía (que terminó de escribir apenas dos meses antes de su muerte): José Fuentes Mares. *Intravagario*. México, Grijalbo, 1986, 187 p. En lo sucesivo, cuando sólo aparezca un número entre paréntesis se referirá a la página correspondiente en esta obra.

² Sobre su relación con Caso, Fuentes Mares remacha: “[...]Ja nadie quise yo como a Caso, entre mis maestros, y seguramente nadie dejó una huella más profunda en el curso de mi vida que Caso”. Jaime Pérez Mendoza. “Entrevista con José Fuentes Mares”, en *Mexican studies /Estudios mexicanos*, University of California, v. 1, no. 2, Summer 1985, p. 340.

Don José egresó de la Universidad con un valioso bagaje de conocimientos y, ante todo, con un enorme estímulo intelectual que encauzaría —a pesar de no haberse graduado como historiador— a profundizar en la historia de México, cuya versión oficial, para él, guardaba incógnitas demasiado incómodas que habría de desentrañar.

Como abogado empezó a ejercer en su ciudad natal a finales de 1945, pero tuvo que solventar su economía complementando su actividad como agente de seguros de vida. Sin embargo, para su fortuna —y la nuestra—, poco después pudo emprender la primera de sus investigaciones que habrían de encauzarlo como historiador. Cuenta su esposa, la filósofa Emma Peredo de Fuentes Mares, que el cierre de su bufete lo celebró con júbilo, ya que significaba el abandonar lo que para él era tan tediosa actividad y poder dedicarse a aquello que verdaderamente le atraía.³

La filosofía kantiana fue de gran interés para Fuentes Mares; sobre esta temática versaron sus tesis de maestría y doctorado. Terminados sus estudios de posgrado, en 1945, se marchó a Nueva York gracias a una beca otorgada por la Fundación Rockefeller; el fruto de la labor realizada en ese año fue *Kant y la evolución de la conciencia socio-política moderna* (1946), libro que dedicó a tres de sus maestros, entre ellos a Antonio Caso.

Su formación en el campo de la filosofía —en particular la kantiana— le proporcionó a don José una racionalidad rigurosa, valiosa herramienta del investigador, y una inquietud por conocer el sentido del obrar humano. Con tal herramienta y tal inquietud, aunadas a un enérgico impulso vital para la acción, propio de su temperamento, contó con amplia capacidad para realizar sus vastos proyectos historiográficos.

³ Emma Peredo de Fuentes Mares, entrevista concedida al autor el 20 de septiembre de 2006 en la ciudad de Chihuahua.

En su *Intravagario*, don José expresa su gusto por lo español, aunque, más que gusto, cabe decir fascinación. En general, en esa época, la población de Chihuahua —predominantemente criolla— rechazaba lo indio debido a los ataques de que había sido objeto hasta entrado el siglo XX por parte de los grupos indígenas originarios de la región, que nunca acataron las autoridades gubernamentales, y cuya rebeldía se remontaba a la época novohispana. Las agresiones indias fueron repelidas violentamente por los chihuahuenses, que se apegaron afectivamente a su criollismo. Además de esto, la influencia que Fuentes Mares recibió de sus ascendientes —que fueron étnica y culturalmente españoles— resultó decisiva para imprimir en él gustos, conductas, formas de pensar y de sentir que perduraron toda su vida.

El recuerdo del impacto que tuvo al conocer los edificios de la preparatoria de San Ildefonso, le hizo exclamar: “¡Qué maravilla! Desde Roma no hubo en el mundo arquitectos como los españoles y los novohispanos, ni otro pueblo occidental con semejante voluntad de durar”. (38) Quien conozca San Ildefonso probablemente perciba de inmediato su monumentalidad y capte la emoción que aquí expresa Fuentes Mares.

El historiador Luis González y González conoció muy bien a don José; lo rememora en un artículo de la revista *Vuelta* y cita las palabras que le escuchó, “sin esconderse”, varias veces: “Llevo en lo más profundo del alma el ideal ecuménico de la hispanidad”.⁴ Fuentes Mares no ocultaba sus convicciones; las comunicaba, desde luego por escrito, y las repetía oralmente.

Su concepto de hispanismo coincidía con los ideales del fundador de la falange española, José Antonio Primo de Rivera, quien “Proclamaba su fe

⁴ Luis González y González, “José Fuentes Mares” en *Vuelta*, 115, México, junio de 1986, p. 63.

resuelta en España como unidad de destino en la Historia y en el mundo, frente a los separatismos territoriales".⁵

Durante su primera estancia en España (1948) terminó de escribir *Méjico en la hispanidad: ensayo polémico sobre mi pueblo*. Las experiencias vividas en aquel país le sirvieron para percibir que su noción de "hispanidad" era distinta a otras concepciones del término: "En España abandoné las filas del "hispanismo", concepto manoseado hasta la repulsión por la demagogia franquista." (51). Más adelante afirma: "Franco era el asesino de la falange o, peor todavía, su pervertidor, sirviéndose de ella como armazón burocrática del régimen". (53)

Tomando la base del idealismo falangista, don José rehizo su concepto de hispanismo identificándose con lo español de España y de los demás países hispánicos, concibiendo la patria como un mundo de historia compartida por igual entre todos los pueblos hablantes del español, los que, además del idioma, tienen un cúmulo de tradiciones en común:

De no repararse en el pasaporte sino en las notas culturales que definen y justifican nuestro ser y quehacer en el mundo, no se puede ser mexicano si no se es, al mismo tiempo, español fundamental [...] En pie de igualdad con los peninsulares, el concepto de "Madre Patria" resulta arbitrario salvo que ellos y nosotros lo refiramos a la España del siglo XVI. (53)

Acerca de los disturbios generados en ese país a partir de la instauración de la Segunda república comentó: "Nunca ocurrieron las cosas más estúpidamente. El amanecer libertario de 1931 se desvanecía en la sangrienta

⁵ *Falange Española Jons*, consultado en internet el 18 de noviembre de 2006.
<http://www.falange.info/falangefundacional.html>.

locura del mejor pueblo del mundo".⁶ Su gran pasión por España quedó explicitada sin regateo alguno.

Antes de dedicarse a la investigación de temas de historia, Fuentes Mares ya se había perfilado como escritor. Además de historiógrafo abordó géneros literarios como la novela y el ensayo, e incursionó exitosamente en la dramaturgia. En 1955 ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua como miembro correspondiente en Chihuahua.⁷

Fue académico en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, e impartió cursos en la Universidad Internacional de Santander y en la Universidad Iberoamericana de Sevilla. También ejerció la cátedra de Derecho en la Universidad Autónoma de Chihuahua, de la cual también fue nombrado rector en octubre de 1958. Sin embargo, pocos días después de ocupar el cargo don José tuvo que renunciar debido a las presiones ejercidas por el entonces presidente Ruiz Cortines sobre Teófilo Borunda, el gobernador chihuahuense; éste prefirió retirar su respaldo a quien había elegido para el rectorado. En esos años México vivía un “oficialismo radical” que implicaba que el autor de cualquier desvío de la versión gubernamental de la historia era atacado “en montón” por funcionarios del régimen sin excluir al presidente de la República. Para entonces Fuentes Mares ya había “pecado” contra el Estado al publicar, entre otros, *Poinsett: Historia de una Gran Intriga* (1951) y *Santa Anna: Aurora y Ocaso de un Comediante* (1956); sendos personajes de nuestra historia que, por el solo hecho de presentarlos con una perspectiva diferente a la “ortodoxa”, se consideraba al autor, como mínimo, un sujeto sospechoso. En ese trance, Fuentes Mares recibió apoyo moral de don José Vasconcelos, quien previó el desenlace de su salida de la universidad.

⁶ José Fuentes Mares, *Historia de dos orgullos*, 2^a. Edición, México, Océano, 1984, p. 117.

⁷ Humberto Musacchio, *Gran Diccionario Enciclopédico de México Visual*, México, 1989, consultado en internet el 18 de noviembre de 2006. <http://www.academia.org.mx/Academicos/AcaSemblanza/Fuentes.htm>.

Una segunda oportunidad de ocupar un cargo de funcionario, después del fallido rectorado en Chihuahua, la tuvo Fuentes Mares cuando, en 1979, se desempeñó como consejero cultural en España. Expresa en su *Intravagario* lo ilusionado que estaba para realizar un programa cultural de México en el país que tanto amó, pero jamás imaginó la cantidad de obstáculos para llevarlo a cabo, sobre todo por el desinterés de la cancillería mexicana en atender su proyecto. Al renunciar a la consejería estaba convencido de no poder trabajar en un puesto gubernamental; y ya jamás lo intentó.

Al regresar de su primera estancia en España don José había aumentado aún más su interés por la historia, al grado que, abandonando totalmente sus actividades en la abogacía y la filosofía, se dedicó de tiempo completo a la investigación histórica.⁸

Varias reflexiones llevaron en ese tiempo a Fuentes Mares a sentirse agujoneado para indagar el pasado mexicano. Una de ellas se refiere al documento que oficializa la emancipación de nuestro país: “Asentar que la nación mexicana ‘recuperaba’ su libertad después de 300 años de servidumbre, como se dice en el Acta de Independencia, fue punto de partida del proceso desidentificador. De semejante barbaridad arrancaron las disparatadas ‘interpretaciones’ posteriores, unas libres y otras por decreto”.⁹ (58)

El problema de la identidad del mexicano relacionado con la actuación de Poinsett y sus socios, provocó en Fuentes Mares el impulso para dar inicio a su actividad como investigador de la historia de México. En su

⁸ Emma Peredo de Fuentes Mares, entrevista.

⁹ El problema de la identidad del mexicano le siguió preocupando toda su vida ya que, en 1985, meses antes de morir, declaró: “Lo que ha ocurrido con la educación en México es que el mexicano ha perdido la conciencia de su identidad: el mexicano no sabe lo que es. Y ha acabado por identificarse con los mariachis [...] El mexicano ha perdido su identidad nacional y tan la ha perdido que a fines del siglo XIX se afrancesó: de la misma manera que en los tiempos actuales se ha ‘ayanqueado’”. Jaime Pérez Mendoza, *op. cit.*, p. 333.

Intravagario dice: “Sí, muy seguramente trabajar en un libro sobre Joel Roberts Poinsett proporcionaría algunas claves.” (64)

Para realizar su trabajo, don José tuvo que recurrir a un amigo, quien le financió su investigación en los archivos de Washington y Filadelfia. El *Poinsett*...quedó terminado a principios de 1951, fue publicado por Editorial Jus y en pocos meses se convirtió en un éxito de librería, simultáneo al que obtuvo en la crítica. Entre las opiniones favorables destacaron dos: una de José Vasconcelos, y otra de Daniel Cosío Villegas. También provocó una crítica acerba por parte del historiador Manuel González Ramírez, lo que originó una controversia cuyos textos y réplicas aparecieron en *Historia Mexicana*, revista editada por el Colegio de México.

A partir de entonces, y durante tres decenios, Fuentes Mares alcanzó a escribir un total de diecinueve libros de historia; dieciséis de ellos realizando investigación en múltiples fuentes, nacionales y extranjeras. Los otros tres fueron escritos en forma de recreación libre, sin el rigorismo academicista y predominando un estilo lúdico.

De 1960 a 1965, también con el sello editorial de Jus, se publicaron *Juárez y los Estados Unidos*, *Juárez y la Intervención*, *Juárez y el Imperio* y *Juárez y la República*. Esto significó dar a conocer una historia con nuevas fuentes y un sentido crítico diferente a la mayoría de los entonces conocidos. La versión sostenida por la historia oficialista se vio confrontada con la de Fuentes Mares.

La alta valoración de la historiografía de Fuentes Mares tuvo como resultado que en 1975 se le concediera el sillón número ocho de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente a la Real de Madrid.¹⁰

¹⁰ Musacchio, *op. cit.*

Además de este reconocimiento, y el de su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, la labor de Fuentes Mares fue valorada por el gobierno de México, que le otorgó la condecoración Águila de Tlatelolco de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y por el gobierno de España, que le impuso la Medalla Colón al Mérito Literario. La calidad de su labor narrativa dio pábulo para que la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez otorgue, desde 1986, el Premio Nacional José Fuentes Mares de Literatura.¹¹

Tras de padecer leucemia durante ocho años, don José falleció el 8 de abril de 1986 en la ciudad de Chihuahua, donde se conserva su memoria con un monumento en el Paseo Bolívar y llevando su nombre un bulevar.

El historiar de Fuentes Mares

Quien aborda por primera vez un libro de historia de Fuentes Mares detecta de inmediato una serie de elementos poco frecuentes en textos de esa disciplina escritos por otros autores. A medida que el lector avanza en la lectura va encontrando una literatura atractiva, empezando por el lenguaje, muchas veces coloquial, usado lúdicamente por don José. Con frecuencia se acerca afectivamente a los protagonistas historiados, facilitando que el lector se aproxime a ellos; con ello elimina actitudes solemnes y logra una eficaz humanización de la historia. En su rica narrativa maneja hábilmente otros recursos que coadyuvan a alejar la monotonía del texto: brillantes descripciones, el uso del discurso directo y de la prosa poética, el juego de palabras y las muchas expresiones humorísticas e irónicas, hacen que la historiografía de don José ofrezca un gran atractivo.

Lo anterior basta para justificar la lectura de los libros de Fuentes Mares, sin embargo, se debe agregar que, muy aparte del valor literario que tienen

¹¹ *El Universitario*, núm. 42, consultado en internet el 18 de noviembre de 2006.
<http://www.uach.mx/universitario/42/1.html>

dichos textos, éstos contienen investigaciones de gran rigor académico. Las fuentes consultadas, los análisis realizados, los contextos que incluye y las posiciones críticas que asume, propician la confianza del lector para otorgar credibilidad a lo expuesto por don José.

Aquí me propongo determinar qué elementos podrían integrar una hipotética¹² “teoría de la historia de José Fuentes Mares”, que explique el origen de su efectividad como investigador e historiógrafo, por lo que llegó a ser uno de los más importantes difusores del conocimiento histórico de México.

De la abundante obra historiográfica del chihuahuense ha llamado la atención de manera particular la tetralogía sobre el Benemérito de las Américas. Se trata de la temática que Fuentes Mares abordó más integralmente; su vigencia continúa y su estilo narrativo es representativo de toda su obra. Valga lo anterior para que, aprovechando algunos fragmentos de dichos textos, convenga hacer una mostración del historiar de don José.

1) En su discurso de recepción de la Academia Mexicana de la Historia, don José expresó: “Entre el *pasado* y *presente* no existe línea divisoria muy segura [...] el presente se nos escapa constantemente de las manos, convertido en pasado [...] nosotros estamos hechos de ambos porque somos vida, y si somos vida somos historia, hecha en parte y en parte por hacer”.¹³

¹² Todo historiador tiene su particular modo de relacionarse con su objeto de estudio. El tipo y las características de las vivencias que tenga alrededor de ello dependerán de sus conceptos teóricos, de su postura ante la historia y de la manera de ejercer su oficio; en suma, de su personal “teoría de la historia”, la haya enunciado o no.

¹³ José Fuentes Mares, “Mi versión de la historia. Discurso de recepción a la Academia Mexicana de la Historia leído por el doctor José Fuentes Mares el 9 de septiembre de 1975”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, tomo XXX, 1971-1976, p. 202. En adelante las notas al pie que aludan a este libro se indicarán “Mi versión...” con el correspondiente número de página.

2) Indudablemente que nuestro historiador se sentía inmerso en el pasado y en el presente, que al mismo tiempo eran **su** pasado y **su** presente. Estaba totalmente involucrado en ese proceso mediante el cual algo se hace o llega a ser; era un partícipe comprometido en el devenir histórico. Nunca se consideró ajeno a la historia; nunca la vio como un simple objeto de estudio, sino como una parte sustancial y viva del hombre como integrante de una sociedad o de una nación, pero a su vez de cada uno en lo individual, desde luego sin excluirse. Después de un largo tiempo dedicado a investigar y escribir sobre el Benemérito, en las palabras que prologan *Juárez y la República*, el último de los dedicados a don Benito, don José afirma:

He convivido durante tantos años con Juárez, que ahora siento cordialmente su muerte. Cuando se tiene el propósito de hacer historia viva, se ha de lograr primero que vivan los personajes del relato, para con-vivir luego a su lado. Es el único medio, al alcance de los hombres ordinarios, para superar el concepto de la historia como tiempo ido y vivido por una sola vez.¹⁴

Con estas últimas frases, Fuentes Mares desecha la idea de ser ajeno al pasado por el simple hecho de no pertenecer a una época anterior; de alguna manera él pudo transitar en el tiempo —y consideraba que el hombre ordinario podía hacerlo— para “visitar” y “dialogar”, o para decirlo como él, “para con-vivir” con los protagonistas de la historia. Considero que Fuentes Mares disfrutó y sufrió la historia con toda intensidad, los acontecimientos y las vivencias de sus historiados fueron también parte de su vida.

De aquí se desprende lo que es posible asumir como uno de los principios —quizá el esencial— que caracterizan la labor historiadora de don José:

¹⁴ José Fuentes Mares, *Juárez y la República*, México, Editorial Jus, 1965, p. x. En adelante las notas al pie que aludan a este libro se indicarán *J. y la República* con el correspondiente número de página.

El historiador está inmerso en el pasado, se integra a él y le afecta como parte de su vida, de su propia historia.

2) Para Fuentes Mares la manera de percibir y valorar el material histórico fue susceptible de modificarse, aún cuando esto haya incidido en aspectos ideológicos. Sirva de ejemplo la siguiente cita: “Fui franquista antes de vivir por primera vez en la España de Franco, no después. Hace más de 20 años escribí y publiqué *Servidumbre* [1962], novela antifranquista.” (108)

Explica ese viraje por la experiencia que tuvo durante su primera estancia (1948) en España. Fue entonces cuando percibió que su noción de “hispanidad” era distinta a otras concepciones del término:

En España abandoné las filas del “hispanismo”, concepto manoseado hasta la repulsión por la demagogia franquista. Las universidades norteamericanas y europeas por un lado, y el régimen español por el otro, pervertían el concepto; el franquismo ligándolo a intereses oportunistas, y las universidades a inclinaciones profesionales o gusto por la cultura hispánica. (51)

La ideología conservadora que anidó en Fuentes Mares toda su vida dio pauta para que fuese criticado por distintos aspectos, uno de ellos fué su franquismo, el cual, él mismo acepta haber abrazado, pero también rechazado cuando consideró que debía hacerlo.

Con ello se puede apreciar la capacidad que tuvo para modificar sus valoraciones y la voluntad de expresarlas. Don José ejerció su libertad; en este caso para cambiar sus puntos de vista, demostrando al mismo tiempo su flexibilidad. Su trayectoria como investigador le permitió modificar —a veces radicalmente— supuestas verdades que otros historiadores creían inamovibles.

3) Es de gran significación la dedicatoria que Fuentes Mares hizo del tercero de sus libros sobre Juárez.

A los que llegaron a Paso del Norte en 1865.

A los que se encerraron en Querétaro en 1867.

El mundo era viejo, lleno de hazañas, y sin embargo embellecieron la historia del hombre.¹⁵

Entre los aludidos de Paso del Norte y Querétaro había enemigos políticos irreconciliables, había también posturas ideológicas contrarias y distintas percepciones de la religiosidad. Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias, Maximiliano y Miguel Miramón, por citar a los principales, postulaban, individualmente y en grupos, los esencialismos que dieron pauta a los conflictos de Reforma y de Intervención. Difícilmente alguien puede expresar su simpatía de manera tan abierta y simultánea hacia personajes tan disímiles como en este caso lo hizo don José quien, a pesar de su filiación a la ideología conservadora, no regatea su reconocimiento a quienes la combatieron y vencieron.

En su *Intravagario* encontramos, en relación a posturas dogmáticas:

El radicalismo es cosa de seres paleolíticos, carentes de hendeduras por donde pueda filtrarse alguna luz. En su círculo, inframundo de seres humanos encerrados en toneles de vinagre, incluyo, por supuesto, a los radicales en religión, otrora sembradores de hogueras en nombre de la fe; a los radicales en política, con sus cárceles y campos de exterminio; a los radicales de la temperancia, que no beben

¹⁵ José Fuentes Mares, *Juárez y el Imperio*, 2^a. Edición. México. Editorial Jus. 1972, (Col. México Heroico No. 25), p. 3. En adelante las notas al pie que aludan a este libro se indicarán *J. y el Imperio* con el correspondiente número de página.

ni dejan beber, y a los radicales de la virtud, que no hacen el amor ni dejan hacerlo como Dios manda. (74)

En su labor historiadora Fuentes Mares expresa con toda libertad sus simpatías por algún protagonista, pero no por eso justifica lo que a su juicio fueron errores; de la misma manera expresa sus antipatías por algún otro, sin dejar de señalar lo que a su parecer fueron aciertos. Las afinidades o las diferencias que tuvo don José con algún protagonista de la historia no lo condicionaron para aceptar o rechazar todo lo que provenía de éste; de la misma manera tratándose de ideologías de grupos, fuesen políticos, religiosos o de otra índole.

4) Humanizar la historia fue, para Fuentes Mares, más que una norma, una disposición permanente. Yo diría que espontáneamente le brotaba un deseo de acercamiento, de igual a igual, de humano a humano, hacia los protagonistas de la historia. Considero que su deseo fue tan auténtico e intenso, que le permitió percibir y valorar al historiado con su bagaje emocional e intelectual, pudiendo así presentar en su historiografía personajes con sus problemáticas propias, tan humanas como las de sus lectores. Esto implicó para don José mostrarse humanamente a sus lectores, exponiendo sus personales simpatías y antipatías, sus aciertos y sus desaciertos. Esto lo expresa explícitamente:

Por mi parte no entiendo la historia sin amor, y consecuentemente rechazo los relatos en que el hombre —el ser de carne y hueso—, desaparece en aras de una objetividad que es pura incapacidad de asombro frente al quehacer objetivado de otros hombres. [...] La clásica sentencia: “Humano soy, y nada humano me resulta ajeno” vale a mi juicio como divisa de historiadores.¹⁶

¹⁶ “Mi versión...”, p. 203.

En algunos pasajes trágicos de la historia, Fuentes Mares transmite al lector lo lastimoso de la realidad vivida por los protagonistas: al llegar al extremo de la bancarrota, los dos gobiernos, el liberal y el conservador, buscan recursos desesperadamente. Fuentes Mares comenta la debilidad de ambos bandos y las terribles opciones que se vieron orillados a tomar para solventar sus necesidades. “De momento el dinero se convertía en la exigencia fundamental, hasta el extremo de que la miseria, coludida con agiotistas embozados y desembozados, será la diosa tutelar del Tratado McLane-Ocampo, y del terrible negocio Jecker de Miramón”.¹⁷

Es muy probable que tanto Juárez y Ocampo, como Miramón, tuvieron conciencia de los riesgos y los compromisos que estaban adquiriendo en los casos mencionados, y sin embargo se decidieron por asumirlos. Don José percibe las penurias de los protagonistas y deja abierta una rendija de compasión hacia ellos; expresa un sentimiento de commiseración hacia quienes sufrieron la penalidad de haber tenido que enfrentar situaciones tan extremas. Hizo a un lado la rigidez de un juicio basado en las consecuencias de los convenios pactados para destacar el lado humano de los personajes historiados; con ello se abre para mostrar su propia perspectiva.

Otro ejemplo donde se muestra el humanismo del historiador lo encontramos cuando comenta la viudez de Juárez:

Margarita murió año y medio antes, el 2 de enero de 1871, con apenas cuarenta y cinco años encima. Murió cuando Juárez no podía intentar ya la aventura de una vida nueva, ni siquiera la de ir a Oaxaca en busca de un viejo calor, el de la mujer que tantos años antes le dio a Tereso y a Susana, sus dos hijos naturales. Ya no. A los veinticinco, es fácil

¹⁷ José Fuentes Mares, *Juárez y los Estados Unidos*, 5^a. Edición, México, Editorial Jus, 1972. (Col. México Heroico No. 29), p. 134. En adelante las notas al pie que aludan a este libro se indicarán *J. y los Estados Unidos* con el correspondiente número de página.

para el hombre salir en busca de una mujer, pero a los sesenta y seis ha de hallarla en casa todos los días. Juárez llevaba un año y medio sin Margarita, y tenía que afrontar la realidad inevitable de no encontrarla en casa.¹⁸

En este párrafo se están planteando al menos dos hipótesis: “que Juárez no podía intentar una aventura” y “que no podía ir a Oaxaca en búsqueda de la madre de dos de sus hijos”. Tales hipótesis dan congruencia a la situación que vivía Juárez, pero no dejan de ser suposiciones —léase subjetividades— de Fuentes Mares. Lo importante aquí es señalar que estas conjeturas, aunque resulten congruentes con las circunstancias, pueden estar o no en lo cierto pero, indudablemente, conllevan por parte del historiador una intención de presentar la intimidad afectiva que entonces vivía el Benemérito. De aquí se puede vislumbrar una directriz que Fuentes Mares aplicó en su labor historiadora: de buena fe estableció hipótesis subjetivas para explicar la situación afectiva de alguno de sus historiados y mostró así su lado más humano.

5) En un párrafo que no corresponde a los libros sobre Juárez, don José expresa intensamente sus sentimientos hacia los hechos que se dieron en relación a los conservadores cuando negocian en Europa la instauración de un trono mexicano, y en relación a los liberales cuando buscan en Veracruz un convenio con los Estados Unidos que les permita triunfar sobre sus adversarios.

Como escritor y como mexicano, me importan un comino los liberales y los conservadores. Me resultan repugnantes Almonte y Gutiérrez Estrada cuando negocian la Intervención y el Imperio en París y Miramar; pero Juárez y su grupo no me resultan menos asquerosos en los aciagos

¹⁸ *J. y la República*, p. 158.

días de Veracruz. La historia de México sólo es posible sin odio hacia ninguno o con odio hacia los dos. Yo me decido por lo segundo, y los detesto a todos, con odio, no a los hombres sino a sus pecados, asido a la única voluntad que salva, la de no volverlos a propiciar.¹⁹

Es evidente la visceralidad que Fuentes Mares imprime en sus palabras. Esta es una muestra de extremo rechazo hacia los “pecados” que está juzgando. Se permite hacerlo pero aclara muy bien que su condena va contra los lamentables acontecimientos que cita y no contra el ser humano, por quien, en frecuentes pasajes, expresa commiseración. Aún bajo el peso culposo por los errores cometidos don José otorga la posibilidad de una vindicación; quizá él podría llamarle “redención”, vocablo más *ad hoc* con su religiosidad que conlleva una disposición amorosa. De alguna manera don José establece que el historiador es sensible y susceptible de asombrarse por lo sucedido, y además, que puede expresar con energía sus puntos de vista, incluso si se trata de reprobar lo hecho por los hombres del pasado, a quienes no hay que regatearles comprensión.

6) Explícitamente, Fuentes Mares otorga un lugar preponderante al estilo narrativo que el historiador presenta en sus textos. Expresa:

En el relato histórico, y sobre todo en el intento recreador de lo histórico, cada quien puede otorgar al estilo un valor diverso, y no faltará quien se incline a negárselo del todo. Mas para otros —entre quienes se cuenta el que escribe— el estilo no sólo es importante, sino fundamental: constituye la mayor garantía de supervivencia de una obra histórica,

¹⁹ José Fuentes Mares, “Una respuesta”, en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, v. V, julio-septiembre 1952, p. 121.

cuando la verdad, aun la que se funda en documentos, resulta luego tan cuestionable.²⁰

Don José no sólo confiere mayor jerarquía a la calidad narrativa sino que la considera indispensable en la historiografía. Dentro de las características que distinguen el estilo narrativo de Fuentes Mares, sobresale su manera de acercarse sin solemnidades a los protagonistas historiados. Ese acercamiento llega con frecuencia a la familiaridad, y en ocasiones raya en la camaradería.

Un ejemplo: “Esto [se refiere a la asunción de James Buchanan a la presidencia de Estados Unidos] no lo pudo prever Antonio, pero con lo que le sabía le bastó para comprender que el futuro de México pendía de su fatalidad geográfica”.²¹ “Antonio”, como si fuera su amigo o conocido en la vida real, es una forma breve que utiliza Fuentes Mares para referirse a Santa Anna, a quien en otras ocasiones lo nombra “el jalapeño”, “Su Alteza Serenísima”, “el héroe de San Jacinto” o “Antonio de Padúa Severiano López de Santa Anna”, además de simplemente “Santa Anna”. La variedad de formas para mentar a la misma persona, algunas obviamente irónicas, adorna la narración y divierte al lector.

Otro protagonista al que Fuentes Mares llama de diversas maneras es Maximiliano: “el Archiduque”, “Fernando Max” o, predominantemente — como si el autor lo hubiese tratado en persona — “Max”, que por su cortedad resulta de más confianza, como quizás le llamaron en la familia Habsburgo.

En la obra de don José no existe la solemnidad al dirigirse a los protagonistas de la historia; esto es una de las principales características de su narrativa. Cuando alude a “los héroes”, no los ve desde la base de un supuesto pedestal,

²⁰ José Fuentes Mares, “Cosío Villegas, historiador”, *Historia Mexicana*, México, El Colegio de México, tomo 12, abril-junio 1954, p. 610.

²¹ *J. y los Estados Unidos*, p. 47.

y, si se trata de “los villanos”, no los denigra. La cercanía que expresa permea y contagia al lector. Es innegable que este aspecto de su estilo narrativo —que no se circscribe sólo a los libros sobre Juárez— identifica su manera de historiar y su modo de comunicar el conocimiento histórico.

7) Es frecuente que don José estimule la memoria y la imaginación del lector, consiguiendo que éste participe del juego interpretativo que brinda su narrativa. Uno de los subtítulos de *Juárez y los Estados Unidos*, lleva el nombre de “El confín extenso y la cintura intensa”,²² que con intención poética describe eróticamente la geografía de México: las grandes extensiones territoriales del norte del país y la estrechez del istmo de Tehuantepec imaginado como un sensual talle de mujer; representaban una tentación para los estadunidenses, que de tiempo atrás ambicionaban esas zonas para acrecer su territorio a costa de los estados mexicanos colindantes con los Estados Unidos y para contar con una atractiva vía de comunicación interoceánica.

Otro caso donde el autor ofrece al lector la posibilidad de abarcar bastante más de lo que dicen las palabras textuales lo tenemos en el siguiente fragmento: “En Biarritz, en el verano de 1857, José Manuel Hidalgo dejó caer unas cuantas palabras en el oído de la Emperatriz de los franceses. Salvar el nombre de España en México... salvar el destino de la raza latina... salvar a México de sí mismo y del rapaz vecino... misión salvadora... salvar... misión...”²³

Las dos citas anteriores ejemplifican cómo Don José aplicó en sus textos dos normas para su narrativa: evocar imágenes dentro de un texto denotativo y recurrir a la alegoría.

²² *J. y los Estados Unidos*, p. 17.

²³ José Fuentes Mares, *Juárez y la Intervención*. 2^a. Edición. México, Editorial Jus, 1972. (Col. México Heroico No. 8), p. 41. En adelante las notas al pie que aludan a este libro se indicarán *J. y la Intervención* con el correspondiente número de página.

8) Para Fuentes Mares el uso del tropo irónico es uno de los distintivos de su narrativa, satisfaciendo así dos propósitos importantes: por un lado el dar a conocer alguna información específica con el artificio que conlleva dicho tropo, y por otro lado, el disfrute que brinda al lector el encontrar la parte graciosa de tal recurso.

Al respecto encontramos que, a propósito de una declaración hecha por Ignacio Manuel Altamirano en septiembre de 1861, en la que solicitaba a Juárez que se retirara de la presidencia, Fuentes Mares, consciente de que la misma petición se repitió varias veces en el curso de los años, expresa con reveladora ironía: “Todos eran admiradores del futuro Benemérito, pero le pedían que renunciara cuanto antes”.²⁴

En otro pasaje encontramos que, dado el caso de que los enemigos de Juárez acusaron a éste de dar un golpe de Estado por el hecho de continuar en el poder al término del periodo 1861-1865, Maximiliano supuso que los Estados Unidos optarían por reconocer al Gobierno imperial y romper con Juárez por haber actuado ilegalmente; Maximiliano confió en ello y quedó tranquilo. En relación a éste, el autor expresa en pocas palabras una devastadora ironía: “Se concretó a no pensar, uno de sus hábitos arraigados”.²⁵

Ejemplos como éstos abundan en la historiografía fuentesmarina. Se puede afirmar sin reservas que don José tenía en mente, al mismo tiempo, proporcionar un conocimiento al lector y, tan importante como eso, divertirlo. El método que para ello utilizó a menudo consistió en que, a partir del material histórico establecía un juego con el lector y lo sorprendía con comentarios irónicos.

²⁴ *J. y la Intervención*, p. 28.

²⁵ *J. y el Imperio*, p. 130.

9) Mencionando ciertos hechos aparentemente secundarios Fuentes Mares logra plasmar en pocos renglones, a través de afirmaciones que no desarrolla pero que entre líneas sugieren mucho al lector, toda una realidad que da contexto a las situaciones que se vivían entonces. Un ejemplo se tiene en lo sucedido a Maximiliano y Carlota en una de las escalas que hicieron a su llegada a México, en el trayecto de Veracruz a la capital:

Durante la marcha un alcalde indígena comparó al Emperador con Quetzalcóatl, y Max, consciente del valor de sus barbas rubias, se acompañó de los indios principales “con gran disgusto de la gente blanca”, según el señor de Montholon [ministro francés en México] [...] se dispuso que los Soberanos pernoctaran en la Villa, una aventura de la que seguramente no guardaron buen recuerdo, ya que la Emperatriz, atacada por las chinches, tuvo que pasar la noche en un sofá.²⁶

De los detalles de este párrafo se pueden entresacar elementos que permiten abarcar bastante más de lo que se dice. Son de señalar: la importancia que le daban a Maximiliano por su apariencia, al grado de imaginarlo Quetzalcoatl, como en otro tiempo a Hernán Cortés; la manera como el austriaco se aprovechó de ello para granjearse a la gente indígena; la reacción de “gran disgusto de la gente blanca”, misma que evidenció la actitud discriminatoria de ésta hacia *lo indio*; las condiciones del alojamiento que se les ofreció, el cual, a pesar de sus obvias deficiencias, probablemente era el mejor disponible; y la molesta sorpresa de Carlota al enfrentar a los insectos hematófagos, vivencia que seguramente le hizo percibir que entraba a una realidad bastante alejada de sus expectativas.

En otra parte del mismo texto, Fuentes Mares menciona lo escrito por el Ministro de Maximiliano sobre los disidentes que actuaban contra las

²⁶ *J. y el Imperio*, pp. 51-52.

tropas francesas en 1866, y agrega sus propias pinceladas que describen ricamente el entorno en que vivía Maximiliano y la problemática que enfrentaba Napoleón III:

[...] escribía Bazaine al Emperador de los franceses: “Los rebeldes se multiplican en tal forma, que parecen salir del fondo de la tierra.”

Fernando Maximiliano continuaba en Cuernavaca. Gustaba del trópico, del viento iluminado, de los grillos ocultos en los huecos de la noche.

Cuernavaca estaba llena de flores el 22 de enero.

En París hablaba Luis Napoleón ante el Cuerpo Legislativo.²⁷

También en esta cita se van descubriendo importantes realidades a partir de los detalles descritos: la irreductibilidad de los antiimperialistas, la pasividad y la irresponsabilidad de Maximiliano, su gusto por el esparcimiento, y la inminencia del fin de su tranquilidad.

Considero que don José aprovechó ciertos episodios que podrían haber pasado desapercibidos para otros historiadores, o al menos haberlos supuesto intrascendentes. Sin embargo, para él resultaron reveladores, y tanto, que decidió incluirlos en sus textos para trasmitirlos a sus lectores.

10) Es frecuente que don José utilice el discurso directo para dar voz a los protagonistas; así les imprime fuerza y su texto cobra mayor vitalidad; con ello logra impactar al lector que, además, tiene más elementos para aderezar sus propias imágenes.

Veamos cómo presenta Fuentes Mares la entrevista que sostuvo Manuel María de Zamacona, Ministro de Relaciones del gobierno juarista, con el

²⁷ *J. y el Imperio*, p. 155.

almirante Jurien de la Gravière, quien estaba al frente de las tropas intervencionistas francesas:

Fiel a los prejuicios de su grupo político, tantas veces declarados por el Presidente, Zamacona procuró entenderse con los franceses, y con ese motivo visitó a Jurien.

—Los ingleses y los franceses serían acogidos con los brazos abiertos —le dijo Zamacona—, pero no así los españoles, cuya bandera despierta en México las susceptibilidades naturales.

—No desconozco las dificultades del gobierno —replicó Jurien muy serio—, pero nosotros no tenemos precisamente el propósito de venir en su ayuda. Sería un error del señor Juárez suponer que puede capitalizar la Intervención en su provecho...

Zamacona, desconcertado, masculló algo por toda respuesta.

—Venimos a ayudaros a solucionar vuestros problemas —continuó al Almirante—; recurrid al sufragio universal, o bien, tal vez fuera más recomendable reunir en un Congreso a todas las notabilidades del país, y pedirles una solución para la amarga lucha en que os debatís hace cincuenta años.

—Las notabilidades representan el México del pasado —replicó Zamacona vivamente—; es un retorno que no puede permitir el partido liberal.

—No es el partido liberal al que damos nuestros consejos solamente —cerró Jurien de mal talante—; los daremos también al partido conservador.

Descorazonado volvió Zamacona a la capital.²⁸

Otro ejemplo lo tenemos en un supuesto diálogo de Carlota con uno de sus sirvientes. Al describir los trágicos episodios sobre la locura de Carlota, Fuentes Mares los recrea dramáticamente:

Muy temprano, al siguiente día, Carlota mandó llamar a Velázquez. De pronto pensó que le urgía tratar con él algún importante asunto de Estado.

—El señor Velázquez amaneció indisposto, y se excusa de no poder venir en este momento —le informó un criado.

—¡Debe estar envenenado! ¡Quiero verlo...!

—El señor Velázquez está en cama todavía...

—¡Quiero verlo! ¡Que lo traigan!

—Señora...

—¡Que lo traigan con todo y cama!²⁹

Como si se tratara de una representación teatral, don José se impregna de las problemáticas de algunos de los protagonistas de la historia y los hace actuar para sus lectores.

²⁸ *J. y la Intervención*, p. 141.

²⁹ *J. y el Imperio*, p. 186.

A continuación compendio los elementos que he señalado en los apartados anteriores y que, considero, podrían conformar una hipotética “teoría de la historia de Fuentes Mares” que caracterice su historiar.

*Decálogo*³⁰

- 1) El historiador es parte de la historia y está involucrado íntimamente con el pasado que, lejos de ser considerado como un objeto muerto, le afecta y lo siente parte de su vida.
- 2) La historia es dinámica, lo cognoscible del pasado es cambiante; las verdades que encierra pueden ser modificadas o sustituidas por otras que vayan siendo elaboradas por el historiador.
- 3) El historiador debe liberarse de todo posible esencialismo: especulativo, político, ideológico, religioso u otros.
- 4) La buena fe y la ausencia de compromiso del historiador no lo eximen de su subjetividad, misma que está intrínsecamente ligada a, y reflejada en, su labor historiadora.
- 5) El historiador no puede despojarse —ni es deseable que lo intente hacer— de su sensibilidad humana; esto implica que, dentro de sus capacidades personales, se permita asombrarse de lo realizado por otros hombres en el pasado, incluso rechazar o aplaudir sus acciones. Es muy recomendable acercarse con amor al objeto de estudio.
- 6) Para transmitir eficazmente el conocimiento histórico, es de gran importancia el estilo de la narrativa del historiador; éste será óptimo cuando muestre un sello personal que sea inconfundible para sus lectores.

³⁰ Cabe decir que, quizá por una especie de atavismo de origen bíblico, me resultó una relación de diez preceptos, no obstante que pudieran reorganizarse en forma de “nonálogo” o algo por el estilo.

7) Recomendaciones para la narrativa: el uso frecuente del lenguaje evocativo sin abandonar al denotativo, y mantener un discurso de naturaleza alegórica.

8) Además de instruir al lector es importante entretenarlo y divertirlo. Conviene al historiador mantener una posición lúdica hacia la historia. Utilizar el relato en modo irónico suele ser efectivo para tales fines.

9) Es importante historiar detalles y contingencias, pues constituyen, en ocasiones, vetas inusitadamente ricas.

10) Adentrarse en la psicología de los protagonistas de la historia, darles vida, y utilizar recursos de la dramática para presentarlos actuando ante los lectores.

Ignoro si Fuentes Mares enlista alguna vez los “preceptos” aquí enumerados, me inclino a pensar que no lo hizo; algunos de ellos los señaló explícitamente, y todos los observó a lo largo de su labor historiadora. Si alguien deseara emularlo en su manera de historiar, considero que tendría que sujetarse al mencionado decálogo. Sin embargo, creo que será prácticamente imposible que haya quien encuentre la sazón de la historiografía fuentesmarina, dado que proviene de una creatividad artística cuya estética literaria —considero— es irrepetible, y es en esto donde reside lo más original de la labor historiadora de don José, lo que la distingue, lo que le da carácter a su obra.

HOMENAJE LUCTUOSO

REFLEXIONES ACERCA DE LA HISTORIA

De las prioridades de la labor histórica

Ernesto de la Torre Villar
Academia Mexicana de la Historia

No es tarea fácil para un historiador señalar ni fijar las prioridades que su disciplina necesita establecer para cultivarse, para cumplir las finalidades inherentes a ella y ser más útil y provechosa para la sociedad.

Por otra parte, entiendo que no se trata de elaborar simples catálogos cuantitativos o listas donde jerarquicemos nuestras carencias y señalemos con guarismos la importancia de tales o cuales elementos requeridos por el estudio de la historia.

Porque, hay que advertirlo, este estudio de la acción humana es uno de los que más adictos posee. No sólo se ocupan de él los especialistas, verdaderos historiadores, hombres de gusto, de espíritu preciso y esclarecido, y también los eruditos, los que acumulan con o sin suficiente reflexión abundantísimos datos sobre todo lo acaecido, sino también los ociosos, aquellos que invierten su tiempo en relatar vidas y acontecimientos de acuerdo con su singular aplicación y simpatía.

Y esta labor –inmenso campo- ofrece tantas posibilidades de cultivo que cualquiera puede meter la mano en ella, pues todo aspecto del pasado humano es objeto de su interés. No hay acontecimiento de orden público que no pueda dar origen a una investigación más o menos erudita. En todo momento y en todo lugar, las situaciones políticas, sociales, económicas y morales, las relaciones entre los individuos y los grupos, todos los modos de actividad y todos los tipos de relación, sin contar las innumerables inferencias entre esos fenómenos, esto es, la multitud de vidas y la enorme extensión

de lazos humanos, todo ello está abierto a la obra de los que se ocupan de la historia. No hay un solo momento de la vida humana, un sitio en el cual ella haya transcurrido, uno de los incontables actos de la misma, que no pueda ser objeto de estudio de los historiadores. Aun los personajes más humildes tienden a ser biografiados y los más oscuros lugarezos encuentran su particular cronista, pese a que esas vidas y villorrios, por insuficiencia de quienes los estudian y escriben sobre ellos, no muestren relación alguna con el desarrollo de una sociedad más amplia, con fuerzas de muy diverso tipo que, quiérase o no, influyen en su existencia.

Sobre todos esos temas, miles de escritos se han redactado y es posible formar con ellos una inmensa bibliografía, buena parte de la cual mostraría asuntos no sólo raros y curiosos, sino totalmente inútiles. Porque, hay que decirlo, antes de la invención de la imprenta y después de ello, la literatura histórica ha producido montañas tan altas como nuestros volcanes, y esa literatura histórica es la que la ciencia explota, la que el historiador explora, la que el erudito excava buscando hallazgos sensacionales y la que el aficionado rasca, contentándose con las migajas que aquellos dejan.

Creo que el sentido de este escrito apunta ante todo a reflexionar acerca de la importancia que el cultivo de nuestras disciplinas reviste en nuestro país, la trascendencia del mismo, su influencia en la formación de nuestra sociedad, de nuestra mentalidad; su significado como vehículo de cohesión de los mexicanos, como aglutinante de los anhelos de un pueblo y forjador de la conciencia nacional.

Para adelantar en estos pensamientos es necesario precisar algunos conceptos, fijar nuestro punto de partida.

Primero conviene definir cuál es el significado que le damos a la historia, sin necesidad de enunciar las numerosas acepciones que se le han asignado. Apoyados en los cimeros representantes de la historiografía europea, principalmente en Marc Bloch, Lucien Fevre, Marcel Bataillon, Gastón Roup-

nel, Wilhelm Dilthey, Marrou, Davenson, Duhamel, Peguy, Ortega y otros, creemos que la historia es la ciencia formulada artísticamente que se ocupa de estudiar la actividad íntegra del hombre: material, espiritual e intelectual, no sólo en su pasado, sino en el presente, en tanto éste es reflejo del pasado y consecuencia del mismo, y a su vez condicionador del mañana, que es el resultado del pretérito y del presente.

La historia es para nosotros el legado que generaciones infinitas de hombres nos han dejado y que, quiérase o no, actúan sobre nuestro presente. Éste puede modificar el futuro, pero no el pasado. Esa herencia afecta tanto al hombre en lo individual como a la sociedad en general. Uno y otra son el producto de la acción a la vez particular y colectiva, y tanto los hombres considerados individualmente como las vastas agrupaciones humanas legan a los seres del mañana una obra que toca a éstos mejorar o empeorar, tornarla positiva, convertirla en medio de superación física y moral, en una posibilidad de engrandecimiento espiritual, de bienestar económico, de perfeccionamiento institucional y político, o cimiento de su decadencia y extinción.

En suma, la historia es la experiencia social acumulada de generación en generación y controlada sin cesar por nuevos actos, verificada por pruebas nuevas. De ella, de la historia, nosotros aprendemos a ser la *sociedad humana*. La historia, colocada entre las ciencias sociales, toma de éstas cuanto representa su disciplina y seguridad; de la ciencia se deriva el control que ejerce en la vida espiritual, de ella adopta sus métodos, su probidad, su independencia y exactitud. Todos estamos de acuerdo en que, al adoptar las disciplinas de la ciencia tiene la gracia del arte y representa en definitiva —como asevera Gastón Roupnel— la vieja y total experiencia de los hombres, el genio social de los seres humanos y, a la vez, la directriz de las colectividades.

Como ciencia, la historia constituye una forma particular de nuestra actividad mental pero, a la vez, por constituir una visión lanzada sobre la

existencia humana colectiva obtiene esa perspectiva mediante un acto de nuestro espíritu. Somos nosotros, los hombres, quienes damos a la información venida de fuera la forma de nuestra lógica y de nuestra sensibilidad. Incorporamos en nuestras operaciones mentales la imagen inerte del pasado y la configuramos según las disposiciones de nuestro espíritu. La visión que nos aporta el campo del pasado es la visión de nosotros mismos acrecida por la amplitud de los grupos humanos. Juzgamos a los otros hombres por lo que somos. Nosotros somos quienes nos contemplamos en el lejano fondo que la perspectiva del tiempo ofrece. ¿Existe acaso un solo historiador que no se haya volcado en su obra y que no proyecte, sobre las impasibles imágenes del pasado, las turbadoras impresiones de su genio sensible? Por ello Michelet escribía en su *Historia de Francia*. "Mi vida está en ese libro, en él está." Esto significa que en toda auténtica obra histórica existe una inevitable interacción del mundo humano con el espíritu que lo contempla.

En la tarea de escrutar el pasado, efectuada por el historiador, deben precisarse tres elementos primordiales: la simple narración de los hechos; las vigorosas y sólidas realidades que construyen la historia, esto es, los hechos estructurales, y principalmente los valores vivos, las fuerzas espirituales que coordinan y dirigen las energías sociales en ese movimiento continuo que transporta la vida a través de las edades, con un ritmo misterioso que posibilita la armonía entre la vida de la humanidad y la vida del mundo.

La historia, por otra parte, no es la yuxtaposición de las historias particulares, sino la coordinación de las mismas. La historia no retiene de las historias particulares sino lo que constituye la base de una potente memoria colectiva, lo que permite obtener una directriz de la vida social. Esta memoria laboriosa y organizada, esta actividad organizante de los recuerdos humanos, esenciales, es lo que constituye propiamente la historia. Esta ciencia de la humanidad en general, estudiada en su pasado, encarna,

si no toda la experiencia humana, por lo menos sí toda la experiencia que los hombres tienen de la vida colectiva.

La historia tiene también, como otras ciencias, un fin utilitario, y, si representa todo el conocimiento de la existencia en sociedad, nos permitirá organizar la experiencia social nueva. La historia busca conocer a la humanidad en general en lo que fue, para comprenderla en lo que es y para prever lo que será. El hombre social es eminentemente una criatura histórica y, aun cuando las colectividades tengan una mayor conciencia histórica que los individuos, cada vez que se piensa política y socialmente-y, podemos añadir, humanamente-, se piensa históricamente. Labramos el porvenir modelándolo en cierta medida en un pasado ya probado. La humanidad viviente no es una generación aislada, cortada como un trozo, sino el eslabón de la larga cadena de las generaciones. No podemos hacer el presente si no lo hacemos históricamente. Es la experiencia acumulada por las edades antiguas la que labra la vida nueva de los pueblos.

Por otra parte, debe aceptarse que nuestra visión del pasado se modifica por las impresiones que la actualidad nos produce. Ella es actuante, es experiencia general y sabiduría humana, es la animadora espiritual de los destinos.

Se vive solamente cuando se vive del conjunto en donde se reúnen a la vez tiempo y espacio, las vidas y los recuerdos, los vivos y los muertos. No se vive completamente si no es en la totalidad de lo humano, es decir, en posesión del pasado. Es sólo en esta posesión vivaz de la vida en general como se tienen derechos sobre el porvenir. Con las mismas luces con que se alumbra el pasado toman también relieve los valores de la actualidad y los testimonios de un próximo declinar o de un firme progreso. El pasado entrega el sentido que se transmite al presente y que orienta las vías del porvenir. Entre ese pasado formado por todo y ese porvenir preparado para todo, nuestro presente fugitivo no es sino el huidizo pasaje de la vida, venida de todos los tiempos y preparada por todos los tiempos, sobre la débil línea

del amor y el dolor que separa y limita los dos mundos, el mundo de lo cumplido, de los hechos, y el mundo del destino.

El creador del pasado ha sido el espíritu, que es quien dirige el desarrollo, suscita los hechos y toma las decisiones. Fuera de algunas grandes perturbaciones públicas provocadas por cataclismos naturales, las acciones humanas están determinadas por una voluntad que ilumina un objeto y que tiene una intención. Los hechos históricos obedecen tanto a un llamado del porvenir cuanto a un recordatorio del pasado. Antes de ser pasado, la historia ha sido la vida, esto es, el presente sobre el cual el futuro ejercía sus solicitudes. Los antiguos presentes son todos esos instantes atormentados a los cuales perseguía el llamado del porvenir. Es del porvenir de donde el pasado ha recibido sus determinaciones. La historia, podemos concluir así, es un tiempo pasado, pero también es un futuro pasado, y es también sobre todo un pasado humanizado por el hombre actual y también esencialmente es una lógica mediante la cual los acontecimientos aislados se buscan, encuentran y asocian, y los hechos distintos, reunidos en el juego de nuestro pensamiento actual, se ligan con fuerza. En donde este esfuerzo de coherencia constructiva no se produce merced a tal labor de interpretación razonada, ahí no existe la historia.

En la historia, la vida social y la vida política constituyen aspectos de un mismo movimiento. La aparición de grupos sociales es la que forma y da relieve a la historia política. La constitución de nuevos grupos interviene en el origen de todos los grandes acontecimientos. La historia señala sus desarrollos, y en ella se producen sus consecuencias. Las sociedades son obra de una evolución que las construye y a las cuales destruye una revolución. Son más estables y durables cuanto más lenta y más regular fue su elaboración. A menudo la lentitud de su formación y duración se origina por una resignación de los hombres, por la monótona facilidad del reposo, la lasitud que provoca la edad, la pereza de la historia. Las sociedades en las que surge esa lasitud terminan por oponer a las energías evolutivas la

resistencia de las tradiciones, con lo cual sólo un estallido violento, una revolución, puede hacerlas cambiar.

Tales revoluciones son las que modifican, en ocasiones sustancialmente, a las sociedades, esto es, a la serie de valores, de afinidades ideológicas y de costumbres que forman las llamadas civilizaciones. Éstas son el producto de la historia y, aun cuando son frágiles e imperfectas las más de ellas, merecen nuestra comprensión y admiración. Tienen un sentido sublime e importante pues son como el estallido o madurez de una cultura, una afirmación de una escala de valores individuales y también un sentido humilde y positivo, una garantía de condiciones materiales de la vida, una facilidad y diversidad de la existencia cotidiana.

Nosotros somos los herederos de su historia y la obra de los siglos, sobre la cual pesan todas las contingencias del mundo y a la cual el hombre no ha podido colaborar sino con la imperfección de su naturaleza y los límites de su genio.

Esa historia, la de una y otra civilizaciones, se ha escrito siempre a través del espíritu de los tiempos, pues todo conocimiento histórico es fruto de la perspectiva temporal del presente. Consecuentemente, quien hace historia, como afirma Dilthey, hace también interpretación de la historia. Véanse así las distintas interpretaciones del helenismo, la Edad Media, el Renacimiento, el protestantismo, la burguesía, etcétera, manifestadas a lo largo del tiempo. Cada época renueva la historia: no destruye las interpretaciones anteriores, sólo las enriquece y modifica. En realidad, como pensaba Hegel, gracias a estas nuevas interpretaciones cada época llega a un conocimiento de su propio contenido. No sólo el espíritu del tiempo, sino también la concepción del mundo individual con sus raíces metafísicas condicionan el comprender y por tanto relativizan todo conocimiento histórico. El comprender está guiado por una concepción del mundo, el investigador no puede sacudírsela. Esa concepción selecciona el material, escoge y rechaza. Además es responsable de las diversas interpretaciones de la historia. Unos ven la historia desde el mirador económico,

otros desde el político, otros desde el antropológico, otros desde la idea, otros desde la lucha de clases. Así nacen los *ismos* que, como etiquetas, se cuelgan de la historia. En realidad esos *ismos* denuncian la relatividad del hombre.

La historia universal muestra cómo, una tras otra, potentes y antiguas civilizaciones han desaparecido, muchas de ellas sin dejar huellas. Otras heredaron a las que les siguieron en el tiempo y en el espacio preciosos elementos útiles para afirmarse y progresar. En la historia mexicana tenemos noticias de ellas en torno de una sucesión de horizontes donde surgieron sucesiva y simultáneamente otras civilizaciones que, después de alcanzar un cierto desarrollo material, espiritual y cultural, declinaron. Muchas de esas civilizaciones tuvieron una duración amplia y su legado fue intenso y positivo; otras desaparecieron cuando aún no maduraban lo suficiente. Por otra parte, incluso una misma civilización atraviesa períodos que constituyen una parte importante de su desarrollo, períodos reveladores de la existencia de valores antiguos que, sin perecer del todo, son sustituidos o asimilados por una época nueva merced a un movimiento violento.

Podríamos ilustrar ese tipo de períodos con los ejemplos de la República restaurada y el porfiriato, en los cuales teníamos una sociedad surgida de la economía agrícola o basada en ella, que trataba de industrializarse. Esa sociedad se encuentran adormilada, apoyada en la tradición, y consintió abusos en la acumulación del poder político y económico que llegaron a provocar presiones capaces de romper el orden social existente. La revolución que provocaron y que yacía latente en la mente de muchos hombres varios años antes de 1910 fue tanto más violenta y total cuanto más larga fue la resistencia que se le opuso. Esta revolución, como muchas otras, hizo posible la aparición de nuevos grupos sociales. Estos grupos han sido llevados a un progreso con la misma rapidez con que se consuma su declinación. A menudo ocurre que sobre aspectos de una nueva sociedad reaparecen otros propios de la antigua tradición que trata de recobrar sus derechos, reanima sus recuerdos, recoge y restablece parcialmente sus antiguas situaciones y sus viejos abusos, que una nueva revolución derrumbará, pero sin destruir sus secretos vestigios, su clandestina y funesta persistencia.

Así, los grupos potentes y reguladores construyen la sociedad nueva, sujetando a los individuos que liberaron las revoluciones.

El hombre es sin cesar esta fuerza que unos grupos comprimen y que un acontecimiento revolucionario libera y que la sociedad toda toma en tutela. El hombre, ya se sabe, es un ser social y es en la sociedad donde adquiere su naturaleza y realiza la fortuna de su ser. Es en ella donde se manifiesta. El hombre no se perpetúa ni se magnifica sino por el milagro sin cesar mantenido de la vida social. Es una energía que se disciplina en la regla social; de ahí arranca siempre su solitaria grandeza que le sirve para aportar a la sociedad una fuerza renovada en la libertad.

Es por la libertad de la célula social, por la libertad del individuo humano, por lo que se introducen en la vida histórica el accidente y la peripécia, la irregularidad de las acciones, el acontecimiento imprevisible. Pero en ese tumulto continúa llegándonos el silencioso e imperioso llamado que nos viene desde siempre de ese lugar de los tiempos desconocidos en donde los destinos humanos realizados nos dictan nuestras consignas terrestres y determinan nuestra historia.

La historia mexicana ha tenido a través del tiempo una concepción de su sentido que en muchas ocasiones coincide con lo expuesto. Los antiguos mexicanos, desde los tiempos más remotos, estimaron que, para entender esa energética acción de la historia que impulsaba y definía a su pueblo, era menester tener un conocimiento de los hechos históricos sólido y firme, alcanzable sólo mediante la educación rígida y especializada impartida en el Calmécac. El crecimiento de la sociedad mexicana, de sus instituciones y de su poder, obligó a individuos especializados a conservar la memoria histórica de los tlatoanis, de sus hazañas, y a fijar perfectamente los límites del Estado, sus recursos humanos y naturales, sus ingresos tributarios, la distribución de la propiedad y la organización del trabajo colectivo, la composición y el reclutamiento del ejército, el manejo de las obras públicas, los calendarios agrícolas y rituales, el panteón religioso, las

concepciones cosmológicas, etcétera. En estas sociedades —como señala Enrique Florescano—, el desarrollo del saber histórico y de su consignación mediante la escritura fue consecuencia directa del crecimiento y la complejidad que adquirieron el poder político y el aparato administrativo que lo ejercía. Como un proceso más desarrollado, surgió en la sociedad mexicana un conocimiento histórico ya no más ligado al puro señor, el poderoso *tlatoani*, sino que recogía los datos constitutivos del reino o estado o fundía la historia de los gobernantes o caudillos con la del grupo étnico, el reino o la organización política, dando lugar a una historia del pueblo y de la nación, como lo son la *Historia tolteca-chichimeca* o la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*. Por otra parte, es dable observar cómo la historia, que en muchas de sus primeras manifestaciones era mítica y legendaria, se tornó cada vez más secular, ocupándose de hechos realizados por los hombres, de sus relaciones sociales y políticas.

Esta historia, que produjo numerosas obras, desgraciadamente se perdió para nuestro conocimiento en virtud de que tanto indígenas como europeos destruyeron sus testimonios.

Siglos más tarde, cuando se trató de reconstituir todo ese pasado, no sólo como medio científico de conocer culturas pretéritas para incorporarlas a la fe y a la cultura occidentales —lo que intentaron Sahagún y sus seguidores—, sino como base para comprender una sociedad compleja derivada de diferentes raíces y para conformar una nación, quienes trataron de historiar tal pasado —la acción humana que había formado el presente— tuvieron que realizar un enorme esfuerzo, a la vez de análisis y de síntesis, para proponer una inteligente y adecuada interpretación de lo que era México.

Francisco Javier Clavijero, uno de los primeros que lo intentaron, al redactar su *Historia antigua de México*, ya mencionaba las limitaciones de que adolecía para llevar a buen término su obra, y precisó cuáles eran los

elementos o prioridades con que necesitaba contar para elaborar una historia integral.

Efectivamente, a fines del siglo XVIII, escribía el ilustre jesuita:

quiero ahora quejarme amigablemente con los individuos de ese cuerpo, del descuido de nuestros antepasados con respecto a la historia de nuestra patria. Ciento es que hubo hombres dignísimos que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mexicana, y nos dejaron acerca de ella preciosos escritos. También es cierto que hubo en esa Universidad un profesor de antigüedades, encargado de explicar los caracteres y figuras de las pinturas mexicanas, por ser tan importante para decidir en los tribunales los pleitos sobre la propiedad de las tierras y sobre la nobleza de algunas familias indias; mas de esto mismo nacen mis quejas. ¿Por qué no se ha conservado aquella cátedra? ¿Por qué se han dejado perder aquellos escritos tan apreciables, y sobre todo los del doctísimo Sigüenza? Por falta de profesor de antigüedades no hay quien entienda en el día las pinturas mexicanas y por la pérdida de los escritos, la Historia de México ha llegado a ser difícil, si no de imposible ejecución. Pues no es dable reparar aquella pérdida, a lo menos consérvese lo que queda.

Más tarde, cuando los liberales intentaron enseñar una historia nacional que amalgamara las raíces de México y su conciencia, que forjara la idea de pertenecer a una nación con una sola finalidad y destino, uno de los primeros maestros de la historia patria, Guillermo Prieto, quien vio muy claramente la necesidad de recabar información, datos para reconstruir e interpretar la historia mexicana, señalaba que ésta necesitaba “historiadores realmente sabios, para depurar la verdad, ya interrogando monumentos, ya descifrando

jeroglíficos, ya pidiendo a la lingüística luz cierta, ya anteponiendo doctrinas a doctrinas y sistemas a sistemas”.

En espera de que esos requerimientos se llenaran y se pudiera tener en el futuro una auténtica y completa historia nacional, Prieto elaboró con los conocimientos y las fuentes entonces disponibles sus primorosas *Lecciones de historia patria*, destinadas a crear en la conciencia del mexicano una memoria imperecedera de nuestro rico desarrollo histórico, de la herencia espiritual y material recibida, y, mediante esa conciencia, a cohesionar a la sociedad mexicana.

Años después, consolidada la República y colocado el grupo liberal y positivista en el poder, se elaboró una magna obra, *Méjico a través de los siglos*, que fue estimada como la suma del conocimiento histórico y aprobada por el criterio oficial.

En la introducción del primer volumen, Alfredo Chavero -quien la escribiera con el estilo de la época- alardea de que los historiadores mexicanos cuentan ya con un cúmulo tal de testimonios que no puede compararse con el que poseen otras naciones, ni siquiera Grecia y Roma. Los autores de la obra juzgaban poseer tal material para su labor que nada más les era necesario. Sí lamentaron en sus páginas algunas destrucciones de los testimonios, pero creyeron que por el momento bastaba una labor de análisis como la emprendida por ellos para satisfacer la exigencia de un conocimiento histórico.

Al filo de la Revolución, cuya idea latía en muchas mentes, Justo Sierra escribió su *Evolución política de Méjico*, la síntesis más completa de la actividad del mexicano y de la sociedad, en la cual se muestra la interacción entre el hombre particular y la colectividad, y las transformaciones operadas a través del tiempo. Sierra afirma que la unidad plena del país, la creación firme de una conciencia nacional que aglutine a individuos de muy diversa

condición racial, social, económica y cultural, y permita forjar una nación con ideales comunes, sólo se logrará mediante la educación, una educación integral donde a la historia se le asigna gran importancia. Varias páginas escribe Sierra en torno a este tema, que deben sumarse a sus amplios estudios sobre la enseñanza. Uno de los párrafos más sobresalientes de ellas es éste:

Convertir al terrígena en un valor social (y sólo por nuestra apatía no lo es), convertirlo en el principal colono de una tierra intensivamente cultivada; identificar su espíritu y el nuestro por medio de la unidad de idioma, de aspiraciones, de amores y de odios, de criterio mental y de criterio moral; encender ante él el ideal divino de una patria para todos, de una patria grande y feliz; crear, en suma, el alma nacional, ésta es la meta asignada al esfuerzo del porvenir, ése es el programa de la educación nacional. Todo cuanto conspire a realizarlo, y sólo eso, es el patriótico; todo obstáculo que tienda a retardarlo o desvirtuarlo, es casi una infidencia, es una obra mala, es el enemigo.

De aquellos años a la fecha, mucho ha adelantado nuestro conocimiento histórico, mucho se ha logrado en la tarea magna de crear una auténtica conciencia nacional. No hemos superado aún las diferencias económicas, sociales y culturales que en años anteriores existían, pero sí hemos realizado notables esfuerzos para dar a la labor histórica, a las tareas de investigación, los recursos materiales y espirituales que permitan realizarla mejor. Hemos abierto las puertas de nuestras aulas a todas las corrientes del pensamiento que posibiliten explicaciones más amplias, más diversas sobre nuestro acaecer histórico. En nuestras escuelas se enseña la historia con todos sus *ismos* sin más limitación que el cultivo de la verdad, el apego a los lineamientos de la ciencia, el no mistificar los hechos, el saber respetar las opiniones ajenas.

En las últimas décadas se han realizado colosales esfuerzos por dotar al país de instituciones e instrumentos dedicados a generar un conocimiento más completo de la historia integral del mexicano. La creación del Museo Nacional de Antropología y del Museo del Virreinato ha permitido que un público cada vez más vasto e interesado observe con detalle los aportes de nuestra doble raigambre, los productos más valiosos forjados por los habitantes de esta tierra desde hace varios siglos, sus entrelazamientos, sus derivaciones. Luego la construcción de un edificio más digno para la Biblioteca Nacional permitió conservar y aprovechar mejor el rico patrimonio bibliográfico de México, acervo integrado con las obras representativas de la cultura universal de que se ha nutrido la nuestra. Hoy tenemos las nuevas instalaciones del Archivo General de la Nación, en donde México conserva un tesoro documental único en América, en el cual es posible hallar testimonios sobre todos los aspectos de la vida de los mexicanos desde el siglo XVI. Ayer fue entregado al pueblo de México el Museo Nacional de Arte, instrumento excepcional para el conocimiento de la evolución artística de nuestro pueblo.

Otros museos y colecciones más, otras instituciones públicas y privadas, se han abierto en los años más recientes para impulsar el conocimiento y el cultivo de la historia patria.

En este sentido, los progresos alcanzados han sido notables y la acción de esas instituciones coadyuva a que la historia mexicana sea mejor conocida en sus múltiples y diversas manifestaciones.

Sin embargo, mucho hay que realizar todavía. Amplios son los programas de las instituciones que laboran en este campo. Ellas tienen planes para atender abundantes aspectos poco cultivados, ensayar nuevos métodos y teorías y brindar a nuestra generación la oportunidad de dar su visión de la historia mexicana. Es preciso, como quería Guillermo Prieto, formar más y mejores historiadores, verdaderos sabios que redacten a su vez, no la definitiva historia mexicana que siempre se seguirá haciendo, sino por lo menos su nueva versión de nuestra historia.

DISCURSOS ACADÉMICOS

LA ENTREVISTA DÍAZ-CREELMAN

Javier Garcíadiego

Academia Mexicana de la Historia

Distinguidos miembros de la Academia Mexicana de la Historia, estimados colegas, señoras y señores, amigos todos:

Debido a la insuperable generosidad de los miembros de esta Academia, me encuentro en este dignísimo pero agobiante trance. Su temeraria invitación a que ingrese a esta muy respetada corporación es doblemente honrosa, pues se me ha ofrecido la silla número 12, ocupada hasta su muerte por la siempre encomiable Beatriz Ramírez Moreno de De la Fuente.

Enumerar las aportaciones y logros de Beatriz de la Fuente es una tarea grata y aleccionadora. Su carrera académica fue por demás completa, y destacó en todas las facetas que ocuparon sus empeños. En tanto investigadora, sus estudios monográficos son auténticas aportaciones en su campo de estudio: la historia del arte del México antiguo. Generosa, no sólo escribió obras de recia investigación e imaginativa interpretación, como *Los hombres de piedra*, sino que también nos dejó varios catálogos de gran utilidad sobre la escultura olmeca, huasteca y tolteca. Como docente y directora de cerca de medio centenar de tesis de posgrado, Beatriz de la Fuente se ganó el respeto de sus alumnos y la devoción de sus discípulos.

Otra actividad en la que sobresalió fue la de dirigente de instituciones académicas, en particular del Instituto de Investigaciones Estéticas, su segunda casa. La faceta que más admiro de Beatriz de la Fuente es el liderazgo ejercido en el Seminario “La pintura mural prehispánica de México”, compuesto por una treintena de investigadores de las más diversas disciplinas humanísticas —historiadores del arte, arqueólogos, epigrafistas—, de las llamadas ciencias naturales —biólogos y químicos—, así como por arquitectos y astrónomos.

Analizada en conjunto su obra, resulta evidente una evolución admirable, pues pasó de una historia del arte ‘clásica’ a una perspectiva multidisciplinaria. Era una humanista que no desatendía las innovaciones científicas y tecnológicas que pudieran ser útiles en su campo de estudio. Celebró la amplitud de sus intereses: Beatriz de la Fuente fue experta en todo el arte prehispánico, desde la escultura pétrea, que da la impresión de ser eterna, hasta la pintura mural, de gran riqueza pictórica y cromática pero desgraciadamente delicada y vulnerable. La amplitud de sus estudios también es cronológica y geográfica, pues hizo notables aportaciones sobre el arte de todas las grandes culturas que se desarrollaron en Mesoamérica: olmeca, maya, zapoteca, mixteca, teotihuacana, tolteca y azteca. Es incuestionable que la monumental *Pintura mural prehispánica* es una de las obras más ambiciosas y mejor logradas de la historiografía mexicana de los últimos veinte años.¹

En términos temáticos y cronológicos, sus obras y mis intereses no son sólo distantes sino antagónicos. Ella se dedicó a la historia antigua de México; yo, en cambio, a la más reciente. Ella, a un aspecto hermoso de nuestro pasado: el espléndido arte prehispánico; yo, a la Revolución mexicana,

¹ Para una semblanza más completa, véanse: María Teresa Uriarte y Leticia Staines Cicero, editoras, *Acercarse y mirar. Homenaje a Beatriz de la Fuente*, México, UNAM, 2004 (en especial los ensayos que componen la primera sección, pp. 7-47, de Miguel León Portilla, Sergio Raúl Arroyo, María Elena Ruiz Gallut y María Teresa Uriarte, así como el firmado colectivamente por el Seminario “La pintura mural prehispánica de México”); Ma. Teresa Uriarte y Verónica Hernández, “Beatriz de la Fuente. Una vida al servicio de la comprensión del arte prehispánico”, en *Ciencia y tecnología en México en el siglo xx. Biografías de personajes ilustres*, México, Academia Mexicana de Ciencias, 2006, vol. V, pp. 167-187, y Eduardo Matos Moctezuma, *Flor de cuatro pétalos (homenaje a Beatriz de la Fuente)*, México, El Colegio Nacional, 2007. Para leer directamente sus escritos, consultense los cuatro volúmenes hasta ahora aparecidos de sus *Obras completas*, publicados por El Colegio Nacional, institución a la que ingresó en 1985.

etapa llena de horrores y violencias.² A pesar de tan obvias diferencias, con Beatriz de la Fuente tuve ligas viejas y profundas. Explico: mi padre fue discípulo del suyo, el psiquiatra don Samuel Ramírez Moreno. En mi casa, su nombre siempre fue pronunciado con enorme admiración y gratitud. Más aún, mi padre y su marido, don Ramón de la Fuente, fueron condiscípulos y amigos. Permitanme compartir una última confidencia familiar: en un ya lejano septiembre de 1951, el día 5, para ser preciso, mi madre y Beatriz coincidieron como parturientas. Su hijo Juan Ramón y yo nacimos el mismo día, en el mismo hospital y con el mismo ginecólogo. Tan sólo un par de horas nos separaron. En la sala de espera, los colegas intercambiaron abrazos e ilusiones. Seguramente por todo esto, cuando muchos años después me encontraba con Beatriz —ella ya consumada maestra, yo apenas incipiente historiador—, me trataba siempre con el cariño que se tiene, como coloquialmente decimos en México, a todo niño al que se conoce ‘desde recién nacido’. En nuestro caso, la frase no era metafórica.

Señores académicos: haberme asignado ustedes la silla 12, la de Beatriz de la Fuente, me emociona íntima y profundamente. Si estuve cerca de mí el día en que nací, el resto de mi vida agradeceré esta muestra postrera de su generosidad. Por cierto, elegancia, generosidad y sabiduría fueron siempre sus principales virtudes. Ojalá yo las heredara junto con la silla.

Permítanme referirme ahora a otro destacado miembro de esta corporación, don Luis González, en particular a sus ironías dirigidas contra la historiografía que se desarrolla alrededor de los aniversarios y las festividades.³

² Esto no permite suponer que Beatriz de la Fuente haya sido una persona distante de la Revolución mexicana. De hecho, su abuelo materno fue el distinguido revolucionario Adrián Aguirre Benavides, paisano y pariente de Francisco I. Madero.

³ Luis González la llama historia de homenaje, pragmático-política o reverencial, y le asigna como objetivos atender los acontecimientos que se celebran en las fiestas patrias y celebran a los héroes nacionales. Para él, este tipo de historia fue la preferida de los “mandamases” de México en el siglo xix, aunque bien puede prolongarse a los del siglo xx. Cfr. Luis González. *El oficio de historiar*. México. El Colegio de Michoacán, 1988, pp. 224-226.

Coincido con él en que los historiadores no debemos limitarnos a enriquecer, con erudición aparente, los calendarios cívicos. Sin embargo, matizaría lo anterior señalando que es peor un historiador olvidadizo que uno efemerístico. Por lo tanto, elegí como tema para mi discurso de ingreso a esta Academia la entrevista que Porfirio Díaz concedió al periodista James Creelman, publicada hace un siglo, a principios de 1908.

Pensar en ésta me hace recordar a Pandora y a su desdichada caja, la que inundó de males la Tierra luego de haber sido imprudentemente abierta. Algo parecido sucedió con la entrevista Creelman, decisiva para el estallido de la Revolución mexicana. Fue tal su importancia, que resulta comprensible su omnipresencia en nuestra historiografía, si bien don Daniel Cosío Villegas aseguró, en su estilo sentencioso, que de la entrevista Creelman se había escrito “mucho” pero “con poco acierto”.⁴

Paso ahora a exponer a ustedes los resultados de mi estudio, deseando desmentir tan contundente juicio. Comenzaré analizando su naturaleza y carácter; luego revisaré los procedimientos mediante los cuales se acordó la entrevista, así como el contexto sociopolítico en el que se realizó. Acaso lo más relevante sea el análisis de los diversos objetivos que tenía Díaz, partiendo del supuesto de que eran varios, pues ningún político acomete una acción con apenas un escenario en mente. Igual de significativo es el análisis de las recepciones que los diferentes grupos políticos de entonces dieron a la entrevista. Sobre todo, deben analizarse sus efectos reales, para sólo así intentar una evaluación final de la entrevista.

Naturaleza doble

La llamada ‘entrevista Creelman’ fue en realidad un largo reportaje titulado “El presidente Díaz. Héroe de las Américas”. Casi alcanzaba las cincuenta

⁴ Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Segunda parte*, México, Editorial Hermes, 1972, p. 761.

páginas, aunque generosamente ilustradas, y apareció a principios de 1908 en una revista estadunidense que disponía de un enorme número de lectores de clase media y alta, con cultura general.⁵ Su amplia circulación obligaba a los políticos a leerla.

El reportaje tiene dos partes claramente distinguibles. La primera mitad está dedicada a los mensajes políticos de don Porfirio. Además de justificar su régimen, fueron tres sus principales declaraciones políticas: que estaba resuelto a dejar el poder en 1910, sin importar lo que dijeran sus “amigos y partidarios”; que muchos compatriotas ya estaban “preparados para escoger a sus gobernantes sin peligro de revoluciones”; que aplaudiría la creación de un partido opositora que no buscara la destrucción del país.⁶

La segunda parte del reportaje no incluye declaraciones de Díaz, sino que conjuga una breve biografía de éste, abiertamente laudatoria, con una breve síntesis de la historia nacional, en la que don Porfirio es considerado el más importante personaje de la segunda mitad del siglo xix, incluso superior a Juárez, pues si éste “inició” la Reforma, fue Díaz quien la completó. Al analizar la batalla del 5 de mayo de 1862 contra las tropas francesas, Creelman minimiza los méritos del general Zaragoza al asegurar que don Porfirio —segundo en el mando— fue “la más arrojada y heroica figura en la lucha de ese día”. Los elogios mayores, sin embargo, no los dirige al gran militar sino al futuro gobernante, al afirmar que “el soldado se convirtió en estadista”.

Los últimos párrafos del reportaje expresan claramente uno de los objetivos de Díaz: mejorar su imagen ante la clase política, el sector

⁵ Su ficha técnica podría ser: James Creelman. “President Díaz. Hero of the Americas”, en *Pearson’s Magazine*, marzo de 1908, vol. xix, núm. 3, pp. 230-277.

⁶ Para un análisis completo de la entrevista, debe consultarse el texto *Entrevista Díaz-Creelman*, prólogo de José Ma. Luján, y traducción de Mario Julio del Campo, México, UNAM, 1963. [2a. ed., 2008] Esta edición incluye un facsímile de la versión original de la revista.

empresarial y la opinión pública estadunidenses. Sin embargo, no se limitaba a mejorar dicha imagen en Estados Unidos ni a destacar las buenas relaciones entre ambas naciones. También incluía un velado mensaje para favorecer al presidente de ese país, Theodore Roosevelt. Habría elecciones a finales de ese 1908 y Roosevelt deseaba un tercer periodo presidencial, poco usual en la historia de la nación vecina aunque todavía no prohibido por su legislación.⁷ Seguramente esto explica el reiterado argumento de Creelman, partidario del Partido Republicano, de que el gobierno de don Porfirio había sido ciertamente prolongado pero también notoriamente provechoso para México. Era obvio que Díaz se confesaba partidario del principio reelecciónista, sin ponerle más cortapisas que el deseo de la mayoría de los ciudadanos. Incurriendo en una imprudente intromisión, se permitió decir que, “sin la menor duda”, una nueva reelección de Roosevelt fortalecería a Estados Unidos. No fue ésta su única imprudencia. Había más, varias más, muchas más.

El revés de la trama

¿De quién fue la idea? ¿Se buscó la entrevista? ¿Le fue propuesta a Díaz? ¿Por qué la aceptó? ¿Por qué James Creelman? ¿Por qué en ese preciso momento? ¿Cómo se planeó? ¿Cuáles fueron los preparativos? ¿Quiénes fueron los encargados de organizarla? Por la dimensión del reportaje, la influencia de la revista, el prestigio del periodista y el rango del entrevistado, debe suponerse que fue una entrevista cuidadosamente preparada. Es más, debió ser organizada en ambos países, de allí que sus supuestas imprudencias y fallas tengan que ser analizadas con seriedad.

⁷ En realidad, Roosevelt no habría tenido una segunda reelección, pues su llegada al poder se debió a que era el vicepresidente de William McKinley, asesinado en 1901, por lo que al principio únicamente completó el periodo para el cual había sido electo dicho presidente; una vez concluido éste, Roosevelt fue electo en 1904. En resumen, de haber sido reelegido en 1909, hubiera sido su tercer periodo pero con una sola reelección. Por otra parte, Franklin D. Roosevelt fue presidente durante cuatro periodos (1933-1945); después de su muerte se legisló sobre el asunto mediante la Enmienda 22, que prohíbe ser presidente por más de dos periodos.

De forma sorprendente, se llegó a negar la autenticidad de la entrevista. Según el político e ideólogo Francisco Bulnes, ésta nunca tuvo lugar y fue más bien un “falso marco” a una “especie de manifiesto político” hecho por Díaz “para impresionar a las dos naciones”, y se atrevió a decir que don Porfirio lo había escrito “con el asentimiento” de Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores.⁸ Tan provocador como intuitivo, Bulnes había acertado parcialmente en su diagnóstico. Contra lo que afirmaba, la entrevista era auténtica; como lo supuso, en su contratación estuvo inmiscuida la cancillería mexicana.⁹ Sin embargo, no fue el secretario Mariscal el involucrado, sino el embajador mexicano en Washington, Enrique Creel. Para convencer a Díaz, éste le aseguró que quien lo entrevistaría era un periodista “conocido en todo el mundo” como corresponsal de guerra y por sus entrevistas a personalidades como León XIII o Tolstoi. Por si su argumento resultaba insuficiente, le aseguró que gozaba de las confianzas del presidente Roosevelt y del secretario de Estado William Howard Taft.¹⁰ También intervino en su favor el embajador estadunidense en México.

⁸ Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*. México, Editor Eusebio Gómez de la Puente, 1920, p. 385. El autor asegura que “probablemente” a Mariscal se lo sugirió Manuel Calero. Hubo otros que también consideraron falsa la entrevista, por ejemplo, el periodista católico Eduardo J. Correa, para quien “ni por su tono ni por su finalidad parecían auténticas” las declaraciones atribuidas a Díaz. Cfr. Correa, *El Partido Católico Nacional y sus directores. Explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades*, México, FCE, 1991, p. 29.

⁹ Sorprende que un alto funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores la considerara una *interview* “inconsulta”. Cfr. Federico Gamboa, *Mi diario*, segunda serie, vol. II, México, Ediciones Botas, 1938, p. 110.

¹⁰ Carta de John Barrett a Porfirio Díaz, 31 octubre 1907, en Colección Porfirio Díaz, legajo XXXII, núm. 7995, documento 014643 (en adelante CPD). Creel, gobernador interino de Chihuahua desde 1904, fue nombrado embajador en Washington el 8 de diciembre de 1906. En octubre del siguiente año, asumió la gubernatura constitucional de Chihuahua, alternando, hasta agosto de 1908, las tareas de la embajada con las de gobernador. En abril de 1910, ocupó el cargo de secretario de Relaciones Exteriores. Cosío Villegas confirma esta versión y cita la correspondencia entre Creel y Díaz al respecto. Cfr., p. 767.

A las virtudes del periodista¹¹ se agregaban las de la revista donde publicaba. La *Pearson's Magazine* era muy leída, pues incluía temas de arte, literatura y política; también era una revista de entretenimiento, a la que se le adjudicaba la publicación del primer crucigrama. Si Díaz estaba satisfecho del periodista, pocos reparos podía poner a la muy difundida *Pearson's Magazine*.¹²

Así se explica que haya aceptado inmediatamente la entrevista. La redacción y publicación del reportaje no tomaron mucho tiempo. Los primeros reclamos tampoco. Para comenzar, se aseguró que la entrevista era superficial, pues Creelman apenas había estado "unas cuantas semanas en México", por lo que sus conocimientos de los aspectos históricos, económicos y políticos de México eran "incompletos"; se afirmó también que la entrevista era parcial, pues su única fuente de información eran "los labios" de don Porfirio; peor aún, alguien lo rebajó a mero escritor sensacionalista y se dijo

¹¹ Consultese la autobiografía del propio Creelman. *On the Great Highway. The Wanderings and Adventures of a special Correspondent*, Boston. Lothrop Publishing Company, 1901. Véanse también F. Lauriston Bullar, *Famous war correspondents*, Boston, Little, Brown and Company, 1914, pp. 336-350, y Alice Fleming. *Reporters at war*, New York. Cowles Book. Inc., 1970, pp. 66-78. En México se dijo que había entrevistado a "testas coronadas y a magnates de todos los países". A esto se atribuyó la confianza con que le habló Díaz. Cfr. *El Diario del Hogar*, 23 mayo 1908.

¹² La versión inglesa se publicó hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la neoyorquina sobrevivió hasta 1925. Sin precisar bien sus 'fuentes', en una conocida obra de consulta se asegura que la *Pearson's Magazine* era propiedad del inglés Weetman Pearson —Lord Cowdray—, quien la utilizaba para fomentar sus empresas, una de las cuales era la compañía petrolera El Águila, que operaba en México. Cfr. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, México, INEHRM, tomo VIII, 1994, p. 306. Acaso se basa en Andrés Molina Enríquez, quien así lo afirma. Cfr. Su obra *La revolución agraria de México*, México. Talleres Gráficos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, libro 4, 1934, p. 159. Esta afirmación, además de falsa, resulta inconexa: ¿por qué en Estados Unidos se habría de recomendar que se hiciera una entrevista para publicarse en un medio propiedad de quien era, precisamente, su principal rival en los negocios con México?

que era inmoral, pues Creelman era “un agente asalariado de la prensa”.¹³ Para colmo, también fue acusado de haber cometido un plagio. Un último reclamo tenía que ver con el nacionalismo de buen número de los políticos e intelectuales de entonces, los que cuestionaron a Díaz por haber dado tan importantes revelaciones a un periodista extranjero.¹⁴

Los objetivos deseados

Una vez conocido el contenido doble del reportaje, y sabida la mecánica mediante la que se concertó, conviene indagar sobre los objetivos de Díaz al aceptar la entrevista y al elaborar sus respuestas. Dado que se trata de una entrevista puntualmente organizada y de la que se tenían grandes expectativas, seguramente hubo un cuestionario previo, o cuando menos algunos lineamientos. ¿Dónde quedó dicho cuestionario? ¿Dónde los bocetos de las respuestas? ¿Alguien ayudó a don Porfirio a elaborarlas?

Si bien no es posible determinar quiénes aconsejaron a Díaz sobre el tipo y contenido de sus respuestas,¹⁵ el tenor de éstas permite hacer algunas deducciones. Consecuente con la estructura doble del reportaje, don Porfirio

¹³ Carlo de Fornaro, *México tal cual es*, Philadelphia, International Publishing Co., 1909, pp. 11 y 15. Un intelectual interesado en los asuntos latinoamericanos aseguró años después que la entrevista se escribió “a trasmano, mediante la suma de cincuenta mil pesos”. Cfr. Carleton Beals, *Porfirio Díaz*, México, Editorial Domes, 1982, p. 418. Beals cita a Luis Manuel Rojas, *La culpa de Henry Lane Wilson en el gran desastre de México*, México, Compañía Editora “La Verdad”, 1928, quien a su vez aseguró que Creelman “no se retiró [de México] con las manos vacías”.

¹⁴ [Luis Cabrera], *Obras políticas del Lic. Blas Urrea*, México, Imprenta Nacional, 1960, p. 304. Toribio Esquivel Obregón, igualmente crítico de los ‘científicos’, también reclamó el ‘malinchismo’ de don Porfirio: “¿qué motivos tenía el general Díaz para ser más comunicativo con un periodista extranjero, que lo que ha sido con ningún mexicano?”. Cfr. *El Tiempo*, 26 abril 1908.

¹⁵ Sólo conozco un caso en el que sin titubeos se asigna la responsabilidad de las respuestas a alguien: según el senador Esteban Maqueo Castellanos, su autor fue el ex ministro de Justicia Joaquín Baranda, hombre de “talento” y “vasta ilustración”. Véase *El Universal*,

tenía dos objetivos, uno nacional y otro internacional.¹⁶ Por lo que se refiere a este último, Bulnes creía que lo primero era agradar y engañar al presidente Roosevelt; por su parte, Emilio Rabasa aseguró que parecía que Díaz intentaba justificar ante Washington “su larga permanencia en el poder y la manera de ejercerlo”.¹⁷ Unos consideraban satisfactorias las relaciones entre ambos países y creyeron que sólo se pretendía mejorar la imagen de México, como país ya democrático, pues eso le traería mayores créditos e inversiones foráneas. Otros, en cambio, estaban alarmados por el deterioro de las relaciones y aseguraron que la entrevista buscaba convencer a los políticos estadunidenses, quienes comenzaban a mostrarse reacios a don Porfirio.

Algunos críticos y opositores detectaron también el objetivo internacionalista: uno de los principales periodistas católicos percibió la inquietud de los inversionistas estadunidenses debido a la edad de Díaz, así como su enojo por los favores que otorgaba a los europeos. Por su parte, un cercano colaborador de Madero señaló que don Porfirio buscaba legitimar

5 agosto 1926. Juan Sánchez Azcona, quien poco después de la entrevista fundara el periódico *Méjico Nuevo*, opinó que Baranda pudo haber sido el “redactor material” de las declaraciones de Díaz, pero asegura que no fue él ni “el sugeridor ni el promotor” de la entrevista. Cfr. *Ibid.*, 16 agosto 1926. Me parece difícil de sostener esta hipótesis, pues las relaciones entre don Porfirio y Baranda se habían deteriorado. Además, de ser Creel y Limantour los promotores de la entrevista, ¿por qué habría de responder a ella alguien contrario a su grupo político, el de los ‘científicos’?

¹⁶ Entre los contemporáneos, Toribio Esquivel Obregón fue el más explícito al señalar que la entrevista tenía dos objetivos: externos y para “usos domésticos”. Cfr. *El Tiempo*, 26 abril 1908. Entre los colegas, el más enfático al señalar los dos destinos geográficos de la entrevista es Enrique Krauze. *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, México, Tusquets Editores, 1994, p. 324.

¹⁷ Para Bulnes, el riesgo era grave: ganarse “la enemistad personal” del nuevo presidente estadunidense en el caso de que fallara el nuevo intento reeleccionista de Roosevelt. Bulnes, pp. 381-382. Véase también Emilio Rabasa, *La evolución histórica de México*, México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1920, p. 192.

ante el extranjero su nueva reelección.¹⁸ Posiciones extremas alegaban que las declaraciones de Díaz fueron producto de “la presión” de Washington, que urgía que se satisficiera “la incertidumbre de los capitalistas”. En su calidad de mensaje tranquilizador para Estados Unidos, el reportaje de Creelman insistía en la buena salud de don Porfirio y en la gran calidad de sus colaboradores. Otras versiones igualmente radicales sostienen que la presión se debía a que el gobierno estadunidense deseaba comprometer a don Porfirio con la aceptación de un cambio ordenado que implicara la llegada al poder de un hombre más joven y democrático; o bien porque quería conocer la actitud de Díaz respecto al siguiente periodo gubernamental.¹⁹ Todas estas apreciaciones coinciden en que la entrevista había sido formulada “exclusivamente para el extranjero”, que era “un artículo de exportación”. Falso: don Porfirio nunca hubiera intentado engañar a Estados Unidos, ofreciendo retirarse para luego permanecer en el puesto. A mi modo de ver, el problema fue que Díaz no calculó que el doble contenido del reportaje tendría, consecuentemente, dos tipos de lecturas: las frases que buscaban apaciguar a la clase política, al empresariado y a la opinión pública estadunidenses tendrían en México el efecto contrario: generarían ansiedades y agitación.²⁰

¹⁸ Eduardo J. Correa, p. 30; Roque Estrada, *La Revolución Mexicana y Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapas*, Guadalajara, Talleres de la Imprenta Americana, 1912, pp. 36-38, y José López Portillo y Rojas. *Elevación y caída de Porfirio Díaz*, México, Librería Española, 1921, pp. 361-362, 370-371. Era tan obvio el contenido internacional del reportaje, que tanto López Portillo como Bulnes aseguran que ello era prueba de la intervención del “experto” –ironía de Bulnes– Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores.

¹⁹ Luis Lara Pardo, *De Porfirio Díaz a Madero. La sucesión dictatorial de 1911*, Nueva York, Polyglot Publishing and Comercial Co., 1912, pp. 126-127, y Luis Manuel Rojas, pp. 17-18. Véanse también Cosío Villegas, p. 762, y Jean Meyer, *La Revolución Mexicana, 1910-1940*, España, DOPESA, 1973, pp. 26-27.

²⁰ Nemesio García Naranjo, *Porfirio Díaz*, San Antonio, Texas, Casa Editorial Lozano, 1930, pp. 272-273, y López Portillo y Rojas, p. 381. Un ejemplo de los dos mensajes y las dos lecturas: “en Washington la entrevista fue leída con un moderado optimismo. En México causó un revuelo inmenso”. Cfr. Krauze, p. 324.

Más sorprendente es que Díaz sólo esperara resultados benéficos de la difusión de la entrevista en México. Tal parece que nunca se imaginó que pudiera tener efectos negativos. Aventuro una primera explicación: hacia 1903 se había diseñado una mecánica sucesoria sustentada en el re establecimiento del cargo de vicepresidente; así, quien lo ocupara sería el compañero de fórmula electoral escogido por el propio presidente, y su sucesor en caso de fallecimiento.²¹ Con las declaraciones hechas por don Porfirio se revertía la estrategia sucesoria: si bien el establecimiento de la Vicepresidencia ocultaba que la Presidencia de Díaz se había hecho vitalicia, con las nuevas propuestas del mandatario se invitaba a buscar libremente a un sucesor. Varios lo percibieron así, tanto en el campo de la oposición como en los círculos porfiristas; más aún, todos coincidieron en las causas: el vicepresidente Ramón Corral había mostrado notables incapacidades. Cansado “de no encontrar” a su alrededor quién pudiera sucederlo, don Porfirio buscó provocar “un movimiento de la opinión pública con la esperanza de que brotaran nombres prestigiados apoyados por grupos serios y numerosos”.²² De ser cierta esta versión, los ‘científicos’, grupo al que

²¹ En la Constitución de 1824 se señalaba que la Vicepresidencia la ocuparía quien obtuviera el segundo lugar en las elecciones presidenciales; en la Constitución de 1857 desapareció dicho cargo, pero a partir del decreto del 6 de mayo de 1904, se restableció debido a la preocupación que motivaba la avanzada edad del presidente Díaz. Como es obvio, la Vicepresidencia de la primera mitad del siglo XIX resultó ser un órgano generador de inestabilidad, pues el vicepresidente tenía que colaborar con quien lo había vencido en los comicios. En cambio, para 1904 se buscó que fueran dos compañeros del mismo grupo político. Es indudable que su re establecimiento buscaba garantizar el orden sociopolítico en caso de que Díaz muriera; también sirvió para legitimar la reelección de don Porfirio en 1904, pues ya contaba con 74 años. Véase Querido Moheno, *¿Hacia dónde vamos? Bosquejo de un cuadro de instituciones políticas adecuadas al pueblo mexicano*, México, Talleres de I. Lara, 1908, pp. 24-25. Si bien era una estrategia para conservar la estabilidad, no era una solución democrática, pues implícitamente se anunciaría que el gobierno de Díaz sería vitalicio. También puede ser vista esta restauración como un intento de complacer, y de tranquilizar, al gobierno estadunidense.

²² Según Eduardo J. Correa, Díaz buscaba otras opciones, pues “la iniciativa de la vicepresidencia no dio el resultado apetecido porque el sucesor designado no tuvo talla para príncipe heredero”. Cfr., p. 30. Según Jorge Vera Estañol, el vicepresidente Corral

pertenecía Corral, debieron molestarse con Díaz. Contra estas afirmaciones, una lectura atenta del reportaje completo permite afirmar lo contrario: Díaz intentaba presentar y respaldar al grupo de los 'científicos' como idóneo para sucederlo, pues resulta revelador que en la edición original aparezcan sendas fotos de Limantour, Corral y Creel, con comentarios elogiosos para los tres. En cambio, a los anticientíficos Mariscal²³ y Reyes no se les menciona.

También hubo quienes, conociendo las estrategias y tácticas de Díaz, le atribuyeron objetivos acordes con sus reputados estilos y procedimientos. Por eso se dijo que lo que se proponía era "poner a prueba a sus partidarios". Igualmente, se afirmó que lo que realmente buscaba era engañar "a sus rivales", fomentando sus aspiraciones al puesto, lo que puede entenderse como un sueño tendido al general Reyes; peor aún, se insinuó que las declaraciones eran "una trampa" para "descubrir a sus enemigos": quienes se movilizaran confiados en sus "perversas" declaraciones, encontrarían persecución y violencia.²⁴

era un hombre "sin prestigio, sin historia, desconocido cuando no impopular". Véase su *Revolución mexicana. Orígenes y resultados*. México, Editorial Porrúa, 1957, p. 93. El joven diputado Querido Moheno reconocía que Corral se caracterizaba "por la más absoluta y tozuda pasividad", p. 25. A su vez, Ramón Prida, quien siempre ha sido visto como un vocero de Rosendo Pineda, uno de los jefes políticos del grupo 'científico', aseguró que Díaz "hipócritamente" hablaba de "la impopularidad" de Corral. Cfr. Prida, *¡De la dictadura a la anarquía!*, México, Ediciones Botas, 1958, p. 172. Por último, véase también José Yves Limantour, *Apuntes sobre mi vida pública*. México, Editorial Porrúa, 1965, pp. 156-159.

²³ Contrario a que la entrevista Creelman no produjera cambio alguno y permaneciera el 'científico' Corral en la Vicepresidencia, Mariscal se mostró partidario de que se organizaran nuevas instituciones y hubiera elecciones libres en 1910. Cfr. *El Diario del Hogar*, 31 octubre 1908.

²⁴ Ricardo García Granados, *Por qué y cómo cayó Porfirio Díaz*, México, Andrés Botas e Hijo, 1928, pp. 48 y 53. López Portillo y Rojas aseguró que "cuando la parte del pueblo que se interesa por los negocios públicos entró en acción..., la cólera de Díaz hizo explosión y dio lugar a violencias inauditas". Cfr., pp. 373-376.

Otro objetivo que seguramente estuvo en las intenciones de Díaz era un procedimiento recurrente en él: la llamada ‘comedia del ruego’; es decir, amenazar con retirarse de la política, seguro de que sus colaboradores y partidarios le solicitarían que permaneciera en la Presidencia, legitimando así su reelección. Don Porfirio creyó que en 1908 podría recurrir al consabido procedimiento, seguro de que los interesados en la continuación de su gobierno se movilizarían “para retenerle en el puesto”. El problema es que la reelección de 1910 tenía características muy particulares: para comenzar, Díaz tendría ochenta años y su salud comenzaba a declinar; además, las amenazas de retiro no habían sido hechas, como hasta entonces, a sus amigos y colaboradores más cercanos, sino a la opinión pública mexicana y a la clase política y empresarial estadunidenses.²⁵ Por tener dos destinatarios, sus promesas resultaron contradictorias y antagónicas: mientras los mexicanos debían aprestarse a una nueva representación de la ‘comedia del ruego’, en Estados Unidos debían considerar verídica su tardía conversión democrática. Es indudable que a Díaz le hubiera convenido “no abrir la boca” y desarrollar su estrategia “a puerta cerrada”, como lo había hecho en las anteriores reelecciones.²⁶

Don Porfirio tuvo otros objetivos: uno, mundano y humano: pareciera que simplemente llegó a la edad en que el individuo se somete al instinto que nos manda hacer balances y dar consejos.²⁷ Otro, propio de los políticos: dejar testamentos para la patria, no para sus familiares, en los que se anuncie lo que no pudieron realizar durante su mandato. Por último, acaso tuvo otro fin igualmente humano pero no tan mundano: tal vez quiso pasar a la historia

²⁵ Mateo Podán, que presumía de ser un biógrafo de Díaz considerablemente balanceado y ecuánime, subraya las diferencias entre las estrategias para promover la reelección de don Porfirio en 1910 y todas las anteriores, desde 1884. Cfr. Mateo Podán. *Porfirio Díaz. Debe y haber. Estado del activo y del pasivo históricos del famoso estadista y caudillo mexicano*, México, Ediciones Botas, 1944, p. 322.

²⁶ García Granados, p. 48, y López Portillo y Rojas, pp. 377-380.

²⁷ Así lo explica el siempre atinado Luis González, p. 693.

como un demócrata. Dado que no podía alegar que sus gobiernos habían sido democráticos, aspiraba a que se le viera como el estadista que había puesto las condiciones para que el país pudiera acceder a un sistema político democrático. Una de las principales aseveraciones de Díaz fue que el país finalmente había madurado lo suficiente para arribar, sin riesgos, a la etapa de la libre competencia política. Lo que pretendía era que se le considerara el responsable de “poner al país en situación de realizar ese cambio”, y que se reconociera que durante su largo mandato el pueblo había madurado mediante la educación, el trabajo y la estabilidad política, conformándose así una apreciable clase media, única creadora de la “forma democrática de gobierno”. Si ya se le consideraba ‘héroe de la guerra y de la paz’; si ya se le veía como el constructor del México de ‘orden y progreso’, ahora aspiraba a que se le atribuyera también la modernización política. El elogio sería rotundo: “caudillo hasta ayer de la paz, desde ahora paladín de la democracia futura”.

La aspiración de Díaz de trascender como heraldo de la democracia fue rápidamente cuestionada. Se rechazó que el país estuviera ya en condiciones de alcanzar la democracia, y se afirmó que el culpable era él mismo, pues nunca se había “preocupado por preparar al pueblo” para que accediera al ejercicio de sus derechos. Al contrario, “jamás” lo había permitido, por lo que se dudó de “que sinceramente desease preparar el paso de su gobierno personal y de larga duración a otro más ajustado a la ley”. Considérese, por último, otro argumento: si deseaba un futuro democrático para el país, ¿por qué no empezó a prepararlo en las elecciones municipales, estatales y legislativas? Recuérdese que los comicios locales de su último periodo presidencial, los de 1909, se desarrollaron “según las prácticas antiguas” y nada se hizo para modificarlas,²⁸ desmintiendo así lo prometido un año antes.

²⁸ Limantour, pp. 156, 158 y 160-161, y López Portillo y Rojas, pp. 372-373, 380. Limantour no tenía dudas al respecto: “la educación cívica de un pueblo sólo da resultado al través de varias generaciones”. Creelman, que prácticamente no hizo planteamientos críticos contra Díaz, se permitió decir que fue “un error continuar su mandato tanto tiempo sin intentar mejorar las habilidades cívicas de su pueblo”. Cfr. James Creelman,

Recepción y lectores

La hipótesis de que el reportaje estaba dirigido a dos públicos se confirma por su estrategia editorial. En México se publicó parcialmente en *El Imparcial*, periódico de todas las confianzas de don Porfirio, que sólo tradujo la primera parte. El carácter oficialista de la publicación permite afirmar que fue decisión de Díaz compartir con algunos mexicanos sus reflexiones sobre la coyuntura política.

¿Cuál fue el impacto del reportaje de Creelman entre los mexicanos? ¿Qué recepciones tuvo? ¿Qué percepciones generó? Obviamente, en un país con un enorme número de analfabetos y en el que la mayor parte de la población habitaba en el medio rural o en poblaciones pequeñas,²⁹ el acceso al reportaje fue reducido. Aun así, uno de los mayores errores de Díaz fue creer que la entrevista sería poco leída. Don Porfirio no entendió que el crecimiento de la clase media, generado por ‘el orden y el progreso’, implicaba un aumento del sector politizado del país. Tampoco percibió que las críticas de los magonistas, los pleitos entre ‘científicos’ y reyistas, así como las represiones de Cananea y Río Blanco, habían multiplicado el interés por la política. Por último, Díaz no comprendió la paradoja de que si sus anteriores reelecciones habían dado lugar a la despolitización, la de 1910, por su edad, produjo el efecto contrario. Asimismo, el carácter novedoso de la entrevista motivó a amplios sectores de la clase media a leerla.³⁰

“Underlying causes of the Mexican Revolution”, en *The North American Review*, 31 marzo 1911, en Archivo Histórico Diplomático Mexicano (en adelante AHDM), Grupo RM, L.E. 661, legajo 93, ff. 54-61; también en L.E. 652, legajo 76, ff. 507-513. Véase también carta de Madero a Porfirio Díaz, 2 febrero 1909, en Francisco I. Madero, *Epistolario (1900-1909)*, Agustín Yáñez y Catalina Sierra, editores, México, SHCP, 1963, p. 317.

²⁹ *Estadísticas sociales del Porfiriato, 1877-1910*, Moisés González Navarro (preámbulo), México, Secretaría de Economía, 1956, pp. 10-11, y *Estadísticas históricas de México*, t. I, México, INEGI, 1985, p. 90.

³⁰ Un político e intelectual tan perceptivo como Emilio Rabasa se dio cuenta de que las declaraciones de Díaz fueron repetidas, ampliadas y glosadas generosamente, hasta llegar

En principio, las diferentes posturas que el escrito de Creelman generó pueden ser agrupadas en progobiernistas y opositoras, si bien dentro de estos grandes apartados hubo varias tendencias. Para comenzar, los políticos más cercanos a Díaz, como algunos miembros de su gabinete, inmediatamente buscaron convencerlo de volver a reelegirse y de no alentar la creación de un partido oposicionista, sino de construir uno gobiernista. De hecho, algunos ‘científicos’ creyeron que la recomendación de que se organizaran partidos políticos iba dirigida a ellos, para que alcanzaran el poder con absoluta legitimidad y no como una simple herencia.

Los gobernadores también solicitaron que don Porfirio revocara su amenaza de no reelegirse en 1910. Según los mandatarios de Coahuila y Nuevo León, no sólo sus estados sino “toda la frontera” norte estaba en desacuerdo “con semejante determinación”, lo que sabían por una “consulta” hecha en sus estados. A su vez, el gobernador de Guanajuato aseguró que no había que hacer cambios, puesto que la situación era satisfactoria, y Teodoro Dehesa, de Veracruz, se refirió a Díaz como “insustituible”, asegurando que “su merecida apoteosis” era morir en la Presidencia.³¹

a ser un elemento propio “de la propaganda popular”. Cfr., p. 198. Esta idea la confirma la siguiente aseveración: que las revelaciones de Creelman se discutieron “con calor y con interés en todas partes”, incluso por quienes no son políticos, pero ven que es un asunto que afectará “el porvenir de la República”. Cfr. *El Tiempo*, 9 mayo 1908.

³¹ Consultese Archivo Rafael Chousal, Secretaría Particular, caja 31, expediente 246, ff. 8-8v. Véase carta de Joaquín Obregón González, gobernador de Guanajuato, a Ramón Corral, 21 febrero 1909, en José C. Valadés, *La Revolución y los revolucionarios, Tomo I. Parte I. La crisis del Porfirismo*, México, INEHRM, 2006, capítulo “El Archivo de Don Ramón Corral”, p. 457. *El Diario*, 12 y 18 marzo 1908. Una espléndida reconstrucción y análisis de la estrategia de los gobernadores, en Cosío Villegas, pp. 769-773. En síntesis, la estrategia consistiría en manipular a la prensa local para que creara “un ambiente propicio a la reelección”. Al mismo tiempo, con ‘jefes políticos’ y presidentes municipales deberían constituirse ‘clubes’, los que organizarían primero convenciones estatales “y al final la gran convención nacional”. Según Cosío Villegas, el propósito no sería sólo proponer su candidatura, como se había hecho siempre antes, sino “rogarle que, contrariando el propósito expresado a Creelman, aceptara seguir presidiendo los destinos del país”.

En cuanto al movimiento reyista, éste padecía una grave dualidad: por un lado estaba Bernardo Reyes, gobiernista; por el otro, los reyistas, parcial y crecientemente opositores. Si el primero se pronunció por la permanencia de Díaz en el poder, los segundos percibieron que se modificaban radicalmente sus expectativas políticas, después que, desde la postulación del ‘científico’ Corral a la Vicepresidencia en 1904 muchos habían decidido alejarse de los asuntos electorales. Pero ahora, los anuncios hechos a través de Creelman los “hicieron volver al campo político”. En efecto, muchos reyistas creyeron que las revelaciones de Creelman eran una velada recomendación para que se organizaran y asumieran actitudes propositivas; pensaron también que don Porfirio estaba reconociendo una supuesta equivocación en sus preferencias de 1904.

Los católicos politizados, si bien no eran críticos contumaces de Díaz, tampoco formaban parte de su aparato gubernamental, lo que no los hacía partidarios de su permanencia en el puesto. Impedidos legalmente de tener una institución política, y por lo mismo candidato propio para suceder a Díaz, su desinterés fue comprensible: todo el asunto les pareció una “comedia”. Los católicos aprovecharon el pretexto para expresar su nacionalismo cultural, mostrándose molestos de que la entrevista se hubiera conocido primero “en yanquilandia”.

El antirreelecciónismo todavía no existía como movimiento organizado. Sin embargo, Madero y quienes luego serían los principales dirigentes ya habían comenzado a militar en la política opositora. Para éstos, con sus declaraciones Díaz sólo buscaba “legitimarse” en Estados Unidos, pero

Blanquel explica con toda claridad la unánime postura reelecciónista de los gobernadores: de cumplir Díaz sus ofrecimientos, ellos también tendrían que dejar el poder. Cfr. Eduardo Blanquel, “Setenta años de la entrevista Díaz-Creelman”, en *Vuelta*, núm. 17, abril 1978, pp. 28-33.

reconocían que las mismas servirían para “despertar” a muchos mexicanos.³² Fue Madero quien con mayor claridad entendió los límites y potencialidades del contenido del reportaje de Creelman. Como lo dijo a varios de sus correligionarios, no debía creerse en ellas, pues Díaz mentía; no obstante, había que aprovechar la oferta de construir partidos políticos. Madero fue claro en su recomendación: “explotar” la entrevista para “levantar el espíritu público y causar mayor efervescencia”.³³

En el movimiento magonista, el más consolidado y radical de todos los grupos opositores, no hubo eco a las confesiones de Díaz a Creelman. Su situación concreta y el radicalismo que estaba asumiendo esta corriente explican su silencio. Durante el año de 1908 Ricardo Flores Magón estuvo encarcelado en la prisión del condado de Los Ángeles y su periódico *Regeneración* no pudo publicarse. De sus casi treinta cartas de ese año que se conservan, más de la mitad fueron para su compañera y el resto para sus camaradas. En ninguna hace alusión al reportaje.³⁴ Es casi seguro

³² La idea sobre el despertar de la conciencia cívica la compartieron los futuros maderistas y muchos porfiristas. Entre los primeros, pueden ser mencionados Diego Arenas Guzmán y Alberto J. Pani: para Arenas, las declaraciones dieron lugar a “un amanecer”; para el segundo, convocaron a “todos los espíritus”. Cfr. Diego Arenas Guzmán. *El periodismo en la Revolución mexicana. T. II (de 1908 a 1917)*, México, INEHRM, 1967, p. 23, y Alberto J. Pani, *Apuntes autobiográficos*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1950, p. 63. Sobre todo, para uno de ellos las revelaciones de Creelman fueron “un rayo de esperanza [...] para los eternamente oprimidos”. Cfr. Lara Pardo, p. 128. Entre los porfiristas, Jorge Vera Estañol asegura que las declaraciones “operaron una transformación fundamental en la conciencia pública”, al grado de que deben ser consideradas como “el origen psicológico de la Revolución”. Cfr. Vera Estañol, p. 93.

³³ Véanse carta de Francisco I. Madero a Cruz Cepeda Flores (Saltillo), 9 marzo 1908, en *Epistolario*, pp. 207-208; carta de Francisco I. Madero a Victoriano Agüeros, 5 agosto 1908, *ibid.*, p. 223, y carta de Francisco I. Madero a Félix F. Palavicini, 16 agosto 1909, *ibid.*, p. 391. Cfr. Estrada, pp. 38-42, y Pani, p. 63.

³⁴ Ricardo Flores Magón, *Obras completas. Correspondencia 1 (1899-1918)*, vol. I, Jacinto Barrera Bassols, editor, México, CONACULTA, 2000. En las cartas de 1908 destacan la organización de la rebelión y sus intentos por obtener su libertad; con su esposa trataba asuntos cotidianos.

que tuvo conocimiento de él, pero para entonces el magonismo rechazaba las contiendas electorales y ya sólo confiaba en los grandes cambios sociopolíticos obtenidos mediante la violencia. De hecho, ese año tenía programada una insurrección.³⁵ La entrevista Creelman no podía motivar a los radicales; no estaba dirigida a ellos. Esto explica que, al principio, los más interesados fueran los diferentes grupos que rodeaban a Díaz, tanto los que aspiraban a heredarlo ahora que supuestamente se disponía a retirarse, como los que requerían de su presencia para mantenerse en el aparato gubernamental.

Las diferentes percepciones

Una vez analizadas las posiciones asumidas por los diferentes grupos políticos, conviene recuperar algunas de las reacciones que provocó la entrevista. En términos generales, no fue bien recibida cuando se le conoció en México. Claro está que algunos intelectuales jóvenes la aplaudieron porque se refería al futuro y que los periódicos porfiristas le hicieron grandes elogios,³⁶ como el que aseguró que “era un rayo de esperanza”. Ciento es también que muchos mexicanos confiaron en la entrevista, a pesar de que Díaz había llegado al poder, treinta años antes, mediante la promesa incumplida del antireelecciónismo.³⁷ Esto se debió a que el trabajo periodístico de Creelman tenía elementos que lo hacían parcialmente verosímil. Por ejemplo, comprometerse internacionalmente a dejar el poder dio a sus promesas “un valor diferente”; además, en esta ocasión la ‘comedia del ruego’ no había

³⁵ Un estudioso del magonismo, pero también abierto simpatizante del mismo, está convencido de que la entrevista Creelman fue pensada para hacer un “ajuste político” que ayudara a “evitar una revuelta de los de abajo”. Cfr. James Cockcroft, *Precursoros intelectuales de la Revolución mexicana*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1968, p. 54.

³⁶ Para *El Imparcial* —3, 7 y 13 marzo 1908—, el reportaje era “notable” por su “elegancia” y por su “fondo”, pues contenía ideas de “otro orden” por su “alcance y trascendencia”. Más exagerado en sus elogios fue *El Popular* —4 de marzo de 1908—, para el que era menos una noticia que “una enseñanza admirable y una lección grandiosa”.

³⁷ En el Plan de Tuxtepec, de 1876, Díaz propuso, en el artículo segundo, el principio de la no reelección, mismo que luego elevaría a rango constitucional, para eliminarlo en 1884.

sido una estrategia cupular; por último, la avanzada edad de don Porfirio justificó que muchos acreditaran “sinceridad” en su aparente deseo de descansar. Que en 1908 sus ofrecimientos parecieran “verídicos” y esperanzadores fue lo que los convirtió en decisivos.

También fueron numerosos los que consideraron erróneas e imprudentes sus declaraciones. Lo primero, por dar oportunidad a los descontentos de manifestar abiertamente sus reclamos, pues ello correspondía al líder de un movimiento social, no al jefe del Estado. Era igualmente equívoco generar expectativas: después de lo dicho a Creelman iba a ser casi imposible reelegirse. Lo era también porque las declaraciones del presidente partían de un diagnóstico excesivamente optimista y notoriamente desatinado: Díaz creyó que eran muchos los que apoyaban su gobierno e insignificante el número de sus oponentes. Por último, eran desacertadas porque se equivocó de escenario: apelar a declaraciones estruendosas a través de medios amplios de comunicación era ‘norteamericanizar’ la política mexicana. Sobre todo, cambió intempestiva e ilógicamente de personalidad política: frente a Creelman, don Porfirio se atrevió a contradecir “los viejos principios de su política”. El promotor del lema “poca política y mucha administración” alborotaba ahora a su “caballada”;³⁸ el discreto se tornó locuaz; en otras palabras, la esfinge se convirtió en oráculo.

Además de errónea, la entrevista era contraria a la naturaleza y temporalidad del sistema político porfirista. Éste descansaba en la centralidad y permanencia del caudillo; era típicamente decimonónico; en cambio, lo que Díaz prometió en su charla con Creelman era un sistema político moderno, de siglo xx. El error fue no haber liquidado al primero ni preparado el nacimiento del segundo. A su vez, la actividad política de entonces era

³⁸ Según Luis González, hacia 1908 don Porfirio empezó “a perder el aplomo”: le preocupa el “qué dirán” de los extranjeros y se asustaba ante la posibilidad de una muerte cercana. Cfr. “El liberalismo triunfante”, en *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2000, p. 693.

absolutamente predecible, pero con sus promesas don Porfirio reintrodujo la ya superada incertidumbre, la que trajo la participación política de buena parte de la población. Para colmo, la entrevista era contradictoria con la propia biografía del mandatario y evidenció un total “desacuerdo con su modo de pensar y de proceder”: era obvio e indiscutible que sus declaraciones “contrariaban de una manera flagrante muchos hechos capitales de su vida”. Contradecía también su supuesta personalidad, pues el férreo mandatario daba la impresión de haber envejecido y de haberse convertido en un hombre inseguro. Además de errónea y contradictoria, fue extemporánea, porque a diferencia de sus reelecciones anteriores, las que organizó en plazos muy reducidos, ahora la adelantó más de dos años, lo que permitió una contienda política prolongada. Por último, también fue irresponsable, pues después de treinta años de gobierno, Díaz se disponía a dejar el poder sin contar con un sucesor que lo satisficiera: en efecto, nadie hubiera podido imaginar que el esforzado don Porfirio dejara a quince millones de mexicanos en la incertidumbre con un simple “me voy”.³⁹

Entre los críticos y opositores predominaron dos percepciones no necesariamente contradictorias entre sí: por un lado, había incredulidad y desconfianza; por otro, muchos consideraron que las promesas de Díaz legitimaban su movilización política. En un gobernante que era visto como el responsable final de las duras presiones contra la prensa crítica, de las persecuciones a los magonistas y de las matanzas de Cananea y Río Blanco, sus declaraciones a Creelman se consideraron un compromiso de no reprimir; por eso, muchos usaron el término “salvoconducto”.⁴⁰

³⁹ Véanse Correa, p. 30; García Granados, p. 51; García Naranjo, pp. 272-274 y 283; Limantour, pp. 155-163; López Portillo y Rojas, pp. 370 y 377-380, y Rabasa, p. 192.

⁴⁰ *La Iberia*, 15 marzo 1908. Consultense Correa, pp. 29-30; García Granados, p. 50, y García Naranjo, p. 282. Véanse también carta de Francisco I. Madero a Francisco de P. Senties, 17 julio 1908, en *Epistolario*, p. 216; carta de Madero a Francisco Martínez Ortiz (director del periódico *Nuevo Mundo*, de Torreón), 18 julio 1908, en *ibid.*, p. 216; carta de Madero a Filomeno Mata, 24 octubre 1908, en *ibid.*, p. 241, y carta de Madero a Félix F. Palavicini, 16 agosto 1909, en *ibid.*, p. 391.

El recuento de todos estos argumentos es incontrovertible: la percepción final sobre las revelaciones a Creelman fue negativa. Para ratificarlo basta constatar la coincidencia de grupos y personajes claramente antagónicos: para un periodista abiertamente favorable a Díaz, como Nemesio García Naranjo, la entrevista fue “lamentable”; para uno de oposición como Carlo de Fornaro, fue “pérflida”. Si para uno de los mayores jefes del grupo ‘científico’, como Limantour, fue “imprudente”, para uno de los principales líderes del reyismo, como José López Portillo y Rojas, fue “funestísima”, hasta “suicida”. Los epítetos pueden multiplicarse: para Victoriano Salado Álvarez, literato y diplomático cercano a Enrique Creel, fue “malhadada”; para Ramón Prida, un político y periodista cercano a Rosendo Pineda, fue un “*lapsus*”; para Mateo Podán, militar y periodista, un “disparate inconcebible”, un “búcaro de rosas ocultando un petardo de dinamita”. Por último, para Francisco Bulnes, intelectual en ocasiones útil pero siempre incómodo, la entrevista fue simplemente “fatídica e imbécil”.⁴¹

Efectos y respuestas

Hubo dos respuestas concretas al anuncio de Díaz de que no contendería por la Presidencia en 1910: la primera sostuvo que no había quien pudiera y quisiera asumir ese reto; la segunda fue su obvia y previsible consecuencia: ante la ausencia de sustitutos capaces, se generalizó la solicitud de que Díaz permaneciera en su puesto. Elegir potenciales candidatos era un

⁴¹ Bulnes, p. 381; Fornaro, p. 131; García Naranjo, p. 273; Limantour, p. 157; López Portillo y Rojas, p. 373; Podán, *Don Porfirio y sus tiempos*, t. I, México, “La Prensa”, Editora de Periódicos, 1940, p. 84, y Prida, p. 170. Salado Álvarez en *Diario de Yucatán* (Mérida), 13 septiembre 1931. Bulnes también consideró que Díaz se suicidó “volándose la tapa de los sesos en la Conferencia Creelman”. Cfr. Bulnes, *Rectificaciones y aclaraciones a las Memorias del general Porfirio Díaz* (notas de Guillermo Vigil y Robles), México, Biblioteca Histórica de *El Universal*, 1922, p. 109. Blanquel, como Prida, también la consideró un *lapsus*. Mateo Podán era seudónimo del militar y periodista veracruzano Octavio Guzmán. Debe haber sido un historiador amateur presuntuoso, pues también utilizó el seudónimo de “Lucas Alamán”.

problema complicado. El país se había acostumbrado a tenerlo en la Presidencia. Esta actitud obstaculizó el natural proceso de maduración de la clase política y explica la afirmación de que del Río Bravo al Suchiate no se pudiera encontrar un solo hombre capaz de sustituir a don Porfirio.⁴²

La imposibilidad de encontrar a alguien con la capacidad suficiente para ser presidente incluía al propio Díaz. Aparentemente insatisfecho con su vicepresidente, mediante sus declaraciones a Creelman abrió la competencia sucesoria, rectificando su propia decisión de 1904 en favor de Corral, primera víctima del reportaje.⁴³ Menos lo satisfacía Reyes, de quien se había distanciado desde entonces. Atendiendo la instrucción de don Porfirio de que se le buscaran sustitutos, tibiamente se empezaron a mencionar algunos nombres. Sin embargo, tan pronto aparecían, los propios mencionados se descartaban a sí mismos, como notoriamente lo hicieron Creel y Reyes,⁴⁴ o eran rápidamente pulverizados por la crítica. Incluso se señaló que Díaz promovía este tipo de respuestas para propiciar que se le propusiera una nueva reelección.

⁴² Manuel Calero, *Cuestiones electorales*, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1908, p. 15. En una aseveración tan hiperbólica como ésta, se dijo que si Diógenes se paseara "con su famosa linterna de uno a otro confín del territorio nacional", no encontraría a un hombre capaz de ser presidente. Cfr. *El Tiempo*, 13 mayo 1908, y *El País*, 30 junio 1908.

⁴³ Cabrera, p. 300, y Limantour, pp. 154, 157-158. Véase también Moheno, pp. 9-10. Este autor aseguraba que no había quien reuniera las cualidades y la experiencia requeridas.

⁴⁴ Respecto a Creel, consultese CPD, legajo xxxiii, núm. 4095-4099. Respecto a Reyes, en una muy leída y comentada entrevista concedida por éste a un periodista de su confianza, Heriberto Barrón, se descartó como candidato para 1910, pues estaba convencido de que todavía se requería a Díaz en la Presidencia. Cfr. *El Imparcial*, 4 agosto 1908. En realidad, desde abril Reyes había desautorizado la primera mención que se hizo de su nombre. Cfr. *El Diario*, 18 abril 1908. Para una perspectiva más amplia, considérese lo dicho por un reputado analista: "todos rechazaban" ser propuestos, en buena medida por la sospecha de que "la verdadera intención" de don Porfirio era "descubrir a sus rivales". Cfr. García Granados, p. 53.

Ante la ausencia de un sucesor plausible, surgió un clamor que pedía la permanencia de Díaz. En todo caso, habría que dilucidar si tal cadena de súplicas estaba organizada de antemano, o si fue promovida luego de constatar don Porfirio la incapacidad o el desgano de sus posibles sucesores. También existe la posibilidad de que diversos políticos presionaran para que permaneciera en el puesto porque así convenía a sus intereses. Piénsese en los gobernadores: en el caso de que Díaz abdicara, ellos tendrían que seguir su ejemplo. Además, los grupos políticos gubernamentales necesitaban a don Porfirio porque éste era el único que tenía la capacidad de cohesionarlos. Por último, no estaban dispuestos a competir por el poder: deseaban heredarlo.

¿Mintió en realidad Díaz, pues era falso que estuviera dispuesto a separarse de la Presidencia? ¿Fue hasta que vio las primeras muestras de respaldo que aceptó “sondear” el tema entre una clase política de la que sabía de antemano que lo respaldaría? ¿Es cierto que se desilusionó de sus principales colaboradores? ¿Decidió mantenerse en el puesto ante la movilización política que comenzó a desarrollarse después de publicado en español el reportaje?⁴⁵ Al respecto, recuérdese que don Porfirio había condicionado su retiro del poder en 1910 a que la oposición que se desarrollara fuera constructiva y propositiva, no destructiva. Como quiera que haya sido, dos o tres meses después de conocida la entrevista comenzaron a practicarse dos estrategias convergentes: por un lado, el aparato gubernamental solicitó al unísono la reelección de Díaz; por otro, éste tuvo que negarse a comentar el reportaje, para evitar confirmarlo o desmentirlo, limitándose a afirmar que había recibido “numerosas solicitudes pidiéndole su aquiescencia para lanzar de nuevo su candidatura”. Sin embargo, revertir sus notorias declaraciones motivó un enojo generalizado. No sólo se reelegiría él en 1910, sino que después de haber generado tantas expectativas con sus promesas, al final no permitió cambio alguno, reelegiéndose también el impopular vicepresidente Corral.

⁴⁵ Miguel Alessio Robles, “La conferencia Creelman”, en *El Universal*, 26 enero 1929. Consultense Cabrera, pp. 300, 303-306 y 308, y López Portillo y Rojas, pp. 372-373 y 399.

Si Díaz traicionó en poco tiempo su no solicitado compromiso de abandonar el poder, ¿qué sucedió con su promesa de que apoyaría la creación de un partido político de oposición? Este tema también provocó respuestas diversas. Hubo muchos pesimistas, convencidos de que Díaz no cumpliría esta promesa, sino que obstaculizaría la creación de tales instituciones, como lo había hecho a lo largo de treinta años.⁴⁶ Ante esta vieja postura de don Porfirio, nadie había pretendido organizarse en un partido político. Ni siquiera los ‘científicos’, tan cercanos a él, habían aceptado ser un grupo formal.⁴⁷ Tampoco habrían de hacerlo ahora. Ellos argumentaban que era a Díaz a quien le correspondía construir y encabezar el partido gobiernista, obviamente porque necesitaban su popularidad y capacidad política.

Parecía que se impondría el desinterés por organizar auténticos partidos políticos, pues se aceptó que como primera condición se requería de una amplia clase media con cierta cultura política. A pesar de las dificultades, hubo quienes se decidieron a organizar las primeras instituciones partidistas. Los primeros que le tomaron la palabra a Díaz fueron los jóvenes que se lanzaron a crear el Partido Democrático. Todos ellos estaban vinculados al gobierno y algunos tenían apellidos notables.⁴⁸ Contrarios al grupo ‘científico’, se apresuraron a organizarse mientras éstos sospechaban haber perdido la confianza de don Porfirio, tanto por la crisis económica que enfrentaba el país⁴⁹ como por la impopularidad de Corral. Sin embargo, más que oponerse

⁴⁶ *Renacimiento* (Monterrey), 15 marzo 1908, en CPD, legajo XXXIII, núm. 8094, documento 003089-A. Consultese también Correa, p. 29.

⁴⁷ *El Tiempo*, 7 y 27 marzo 1908. García Granados, p. 51.

⁴⁸ Entre los primeros promotores del Partido Democrático estaban Benito Juárez Maza y Carlos Trejo y Lerdo de Tejada, así como Manuel Calero, Diódoro Batalla, Jesús Urueta, José Peón del Valle y Francisco de P. Sentíes, entre otros. Véanse Calero, p. 64; Estrada, pp. 40-42; García Granados, p. 56, y Alessio Robles, *Historia política de la Revolución mexicana*. México, Ediciones Botas, 1938, p. 10.

⁴⁹ El subcapítulo en el que Luis González hace referencia a la entrevista Díaz-Creelman se titula, precisamente, “Crisis de 1908”; véase “El liberalismo triunfante”, pp. 692-693. Véase también Moisés González Navarro, *Cinco crisis mexicanas*, México, El Colegio de México, 1983.

a Díaz, los jóvenes del Partido Democrático pensaban en un relevo generacional y en un cambio en la Vicepresidencia.

Además de éstos estaba el movimiento reyista, limitado por su grave dualidad: el general Reyes confiaba en que don Porfirio se terminaría de desilusionar de Corral y de los ‘científicos’ y que lo invitaría a él a la Vicepresidencia.⁵⁰ Se quedó esperando. Igual que Díaz, Reyes seguía ubicándose en un México decimonónico, de caudillos. Parece no haberse dado cuenta de que ya había iniciado el siglo xx. Los reyistas, en cambio, estaban más sintonizados con su tiempo, por lo que pretendieron hacer una gran movilización nacional para demostrar a don Porfirio que Reyes era mejor compañero que Corral. Aunque crearon numerosos clubes y agrupaciones y protagonizaron muchos mítines y manifestaciones, nunca lo convencieron. Para colmo, padecieron la descalificación de su propio caudillo.⁵¹

Sin embargo, pronto surgió otra opción, con hombres “más enérgicos y resueltos”.⁵² Su líder sería Francisco I. Madero, quien tan pronto leyó la entrevista Creelman, a pesar de desconfiar profundamente de ella comenzó

⁵⁰ Según el propio hijo del general Reyes, quien además era su mayor partidario, Bernardo Reyes estaba convencido de que Díaz debía permanecer en el puesto por ser “conveniente para el país”; asegura también que su padre aceptaba que era el propio don Porfirio quien debía escoger a su vicepresidente “entre las personas que lo rodean, cuentan con su confianza y están en sus secretos de Estado”. Cfr. Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas, tomo I (1899-1913)*, España, Biblioteca Nueva, 1929, pp. 72-73. Para una versión más autónoma de Reyes frente a Díaz, véase Arenas Guzmán, p. 23.

⁵¹ El periodista Rafael de Zayas Enríquez propuso a Reyes que se lanzara a la lucha electoral, amparado en las declaraciones de Díaz a Creelman. Sin embargo, Reyes se autodescartó públicamente en una difundida entrevista concedida a Heriberto Barrón. Para dejar bien clara su situación, Reyes le respondió a Zayas Enríquez, a finales de agosto, que sus afirmaciones ante Barrón no permitían otra interpretación “que la literal”, lo que significaba que no competiría contra Díaz por la silla presidencial, pero que sí le interesaba la vicepresidencia. Cfr. Archivo Bernardo Reyes, carpeta 38, legajo 7588 (en adelante ABR).

⁵² García Naranjo, p. 276, y Prida, p. 172.

a escribir un libro que le sirviera de guía y justificación para la creación de un partido político.⁵³ Fue precisamente en el momento en que don Porfirio revirtió sus promesas y decidió reelegirse otra vez cuando este movimiento adquirió nombre y objetivo: antirreelecciónismo.

Para mediados de 1908 la estrategia de Madero era clara: “explotar” las declaraciones pero no sólo como “salvoconducto” para organizar un partido político. Lo que pretendía era obligar a Díaz a que declarara otra vez sobre el año 1910 para no dejar que los compromisos se olvidaran. Para ello alentó a Filomeno Mata, el conocido director de *El Diario del Hogar*, a que solicitara a don Porfirio una entrevista como representante de varios periódicos mexicanos. De negarse, se confirmaría que se había privilegiado a un periodista extranjero. De concederla, Díaz tendría dos opciones: si ratificaba sus promesas, sería difícil que sus partidarios insistieran en su petición de que permaneciera en el puesto; si las enmendaba, fortalecería al naciente antirreelecciónismo.⁵⁴ Así sucedió: don Porfirio negó la entrevista a Mata y en cambio le dirigió una carta en la que le decía que sus declaraciones a Creelman reflejaban tan sólo “un simple deseo personal”.⁵⁵

⁵³ Madero era espiritista, y en unos ‘cuadernos’ que usaba para registrar lo sucedido durante las sesiones espirítas en las que participaba y para transcribir los ‘mensajes’ que le enviaban sus ‘hermanos’, asentó el inmediato impacto que le hizo la aparición de la entrevista. Cfr. Francisco I. Madero, *Obras completas de Francisco Ignacio Madero. Cuadernos espiritas, 1900-1908*, tomo VI, prólogo de Alejandro Rosas. México, Clío, 2000, p. 208. Para el vínculo entre la entrevista y la redacción de su libro véase la carta de Madero a Porfirio Díaz, 2 febrero 1909, en *Epistolario*, p. 317. Véanse también Rabasa, p. 206, y Stanley Ross, *Francisco I. Madero, apóstol de la democracia mexicana*, México, Editorial Grijalbo, 1959, pp. 56-57.

⁵⁴ Cartas de Madero a Francisco de P. Sentíes, Santiago Roel, Francisco Martínez Ortiz, Filomeno Mata y Victoriano Agüeros. 17, 18 y 19 julio, 5 y 28 agosto, 24 octubre y 4 y 7 noviembre 1908, en *Epistolario*, pp. 216-218, 223, 227, 241 y 245-247. Consultense Bulnes, p. 385; García Granados, p. 56, y Madero, *La sucesión presidencial en 1910. El Partido Nacional Democrático*, México, s/e, 1908, pp. 18-19.

⁵⁵ *El Diario del Hogar*, 27 octubre 1908. Filomeno Mata fundó *El Diario del Hogar* en 1881, que fue uno de los periódicos más perseguidos por el gobierno de Díaz.

El mensaje era claro: no había ningún compromiso oficial y la petición de cualquier institución política tendría más peso que su voluntad personal. Esta actitud provocó que el movimiento opositor creciera y se radicalizara.

Vidas cruzadas

La entrevista Creelman es un ejemplo perfecto de una estratagema fallida. Díaz fue derrocado tres años después de publicada, sin pasar a la historia como el gobernante que en sus últimos tiempos habría propiciado el arribo de la democracia al país. Tampoco se cumplieron los pronósticos de ambos, pues don Porfirio y Creelman habían vaticinado felices años para México. Sin embargo, sus biografías se mantuvieron entrecruzadas. Las relaciones entre el mandatario y el reportero no se limitaron a las conversaciones de finales de 1907. Desde entonces, Díaz pensó en él para otros encargos, pues estaba satisfecho del resultado de la entrevista, al menos en su aspecto internacional.⁵⁶ A finales de 1909, dos años después de su primera visita, Creelman estuvo de nuevo en México, por una estancia que se prolongó

⁵⁶ La publicación del reportaje gustó tanto a Roosevelt que se permitió felicitar a Creelman y elogiar a Díaz, quien seguramente vio en ello el éxito de la maniobra. Cfr. Carta de James Creelman a Porfirio Díaz, 11 marzo 1908, en CPD, legajo XXXIII, documento 003994, que incluye carta de Theodore Roosevelt a Creelman, 7 marzo 1908, en *ibid.*, documento 003996. Ambas cartas fueron luego publicadas en *El Imparcial*, 7 agosto 1908, con el título de “El más grande hombre de Estado es nuestro Presidente”. Véase *Méjico Nuevo*, 10 noviembre 1909. Incluso un enemigo personal de Creelman reconoció su éxito profesional, al aceptar que el reportaje ayudó a Díaz a mejorar su imagen en Estados Unidos. Cfr. John Kenneth Turner, *Méjico bárbaro*, capítulo xvi, p. 143. De este libro “clásico” hay varias ediciones. A mi gusto la mejor es la publicada por la revista *Problemas agrícolas e industriales de Méjico*, vol. VII, núm. 2, 1955, por estar enriquecida con noticias hemerográficas y con críticas y comentarios de estudiosos mexicanos. Para una biografía de Turner, véase el prólogo de Eugenia Meyer, “El encuentro, los encuentros”, en su libro *John Kenneth Turner, periodista de Méjico*, Méjico, Ediciones ERA/UNAM, 2005, pp. 9-108.

durante más de dos meses.⁵⁷ ¿Vino acaso a hacer una nueva entrevista para justificar el inicio de la campaña reelecciónista? ¿Se pensó en otro reportaje para explicar a la clase política y a la opinión pública estadunidenses los motivos de don Porfirio para incumplir su promesa de retiro? Si bien en esta segunda estancia no hubo nuevas revelaciones presidenciales, Creelman aprovechó la ocasión para justificar que las promesas no se hubieran cumplido. Según él, lo expresado por Díaz había sido un deseo, no un compromiso, pues los hombres de Estado genuinos —como lo era don Porfirio— ajustan su conducta “a las necesidades públicas del momento”, ya que lo que hoy puede ser conveniente mañana puede no serlo.⁵⁸

¿Qué proyecto los volvió a unir? La respuesta seguramente está relacionada con una biografía sobre Díaz escrita por Creelman. Tal parece que se le encargó que escribiera una biografía para contrarrestar la pésima imagen que de don Porfirio habían dejado en Estados Unidos los escritos de John Kenneth Turner, agrupados luego en el libro *México bárbaro*, en el que lo acusaba de ser un odioso dictador, culpable de que en México hubiera esclavitud.⁵⁹ Las discrepancias entre Creelman y Turner parten de sus claras

⁵⁷ *El Imparcial*, 10 noviembre 1909. *Méjico Nuevo*, 10 noviembre 1909. *La Patria*, 10 noviembre 1909. *El Diario del Hogar*, 11 noviembre 1909. *El Tiempo*, 11 y 28 noviembre 1909. Gamboa, p. 77. De Ramón López Velarde véase su artículo “Creelman”, publicado en la sección ‘Lo que se ve en la vida’ del periódico *El Regional* (Guadalajara), 20 noviembre 1909, reproducido en Ramón López Velarde, *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles (1905-1913)*, editado por Guillermo Sheridan. México, FCE, 1991, p. 237. Éste le advirtió que en su segunda visita no se habría “de divertir otra vez con la porción crédula de los mexicanos”, p. 238. Tan pronto llegó al país, Creelman hizo sendas visitas de cortesía al embajador Thompson y al secretario de Hacienda Limantour. Procedía de Turquía, donde había estado investigando las matanzas de armenios.

⁵⁸ *El Tiempo*, 11 noviembre 1909.

⁵⁹ El libro se titula *Díaz. Master of Mexico*, y fue editado por D. Appleton and Co. Todo parece indicar que el libro circuló en 1911, aunque seguramente se buscó publicarlo en 1910, año electoral y, sobre todo, año en que se festejaría el centenario de la Independencia, conmemoración en la que Díaz buscó tener un lugar protagónico. La muerte de Díaz en 1915, y el proceso mismo de la Revolución mexicana, justificaron una reimpresión en

diferencias ideológicas. El primero se refiere a los escritos de Turner como “sensacionalistas y falsos”. Para responder a Turner, Creelman pasó un tiempo en Yucatán, lo que le permitió decir que sus afirmaciones contenían “tremendas inexactitudes”. A fin de preparar la biografía de Díaz, también pasó un tiempo en Oaxaca.⁶⁰

Además, Creelman asesoró a la embajada mexicana en Washington durante la lucha maderista, aconsejándole que al margen de sus negociaciones con las autoridades estadunidenses, contrataran directamente a *rangers* que pudieran hacer una efectiva vigilancia fronteriza. También escribió artículos periodísticos contra la lucha armada, muy probablemente a cambio de algunos emolumentos. En estos nuevos escritos, siguió elogiando a Díaz. En cambio, a los alzados los llamó “guerrilleros irresponsables” y a Madero lo consideró un “agitador” de ideas “socialistas”, originario... ¡de Sinaloa! En cuanto a las causas de la lucha, Creelman aseguraba que las masas mexicanas estaban incapacitadas racialmente para vivir democráticamente, lo que atribuye a que sus ancestros eran “pueblos orientales”; afirmaba también que las masas mexicanas tenían “una tendencia natural” hacia las “excitaciones revolucionarias”. En un sorprendente reclamo

1916. Muy pocos autores hacen referencia a este libro. Sólo he encontrado referencias a él en Krauze, p. 323; en Claudio Lomnitz, “The Transnational Production of a Dystopic Nation: Chronotopes from Late Porfirian Mexico”, en Land, Politics and Revolution. A Conference in Honor of Friedrich Katz. The University of Chicago, September 28-29, 2007, pp. 20-40, y en Eugenia Meyer, *Conciencia histórica norteamericana sobre la Revolución de 1910*, México, INAH, 1970, pp. 36-37. Esta autora señala que el libro fue publicado en 1911, “inmediatamente después de la caída de Porfirio Díaz”. En tanto “elogio descarado” a don Porfirio, se pregunta hasta qué grado pretendía justificar al gobernante caído.

⁶⁰ *El Imparcial*, 10 diciembre 1909 y 22 febrero 1910. Mientras Creelman hizo su viaje contratado y apoyado por sectores populares, el de Turner fue organizado por simpatizantes del magonismo. Sin embargo, un crítico de ambos señaló que los dos escribían sobre México “superficialmente”, y que ambos nos veían “bajo el mismo prisma engañoso del desdén”. Cfr. *El Tiempo*, 11 noviembre 1909.

a Díaz, Creelman aceptó que también influyó en el estallido revolucionario “el desencanto político” provocado a últimas fechas por don Porfirio.⁶¹ ¿Se referiría a las promesas incumplidas hechas mediante su conducto tres años antes?

Sus destinos se habían entrelazado. Ambos morirían pronto, en 1915. La entrevista los había unido inexorablemente, aunque de desigual manera: además de sus ingresos económicos, gracias a Díaz acrecentó Creelman su prestigio de entrevistador de personalidades, lo que le permitió conversar con el káiser Guillermo II al inicio de la Primera Guerra Mundial. Don Porfirio, en cambio, inició con ella su derrumbe final. Por esto es que Creelman fue llamado periodista “agorero” o, más directa y simplemente, “ave de mal agüero”⁶²

Florilegio de epílogos

La conclusión biográfica es el recurso más constantemente usado por los historiadores. Permítaseme proponer otras posibilidades. Volviendo al inicio de mi discurso, las similitudes entre el mito de Pandora y la entrevista Creelman no deben exagerarse. Recuérdese que mientras Zeus sabía plenamente que la caja contenía innumerables males que habrían de esparcirse por el mundo, don Porfirio creía que sus promesas sólo traerían beneficios al país. Para entender sus declaraciones y la agitación provocada por éstas, acaso resulte más útil apelar a otro mito. Pienso ahora en Paul Dukas y en su poema sinfónico, basado en Goethe, sobre el “aprendiz de brujo”: como éste, Díaz no pudo controlar los elementos que desató, si bien no se trató de cubetadas de agua sino de la movilización de las clases me-

⁶¹ Telegrama de Carlos Pereyra, Embajada en Washington, al secretario de Relaciones Exteriores, 9 abril 1911, en AHDM, Grupo RM, L.E. 648, legajo 69, ff. 91-92. Véase el artículo de Creelman “Underlying causes...”, abril 1911, en *ibid.*, L.E. 652, legajo 76, ff. 507-513 y L.E. 661, legajo 93, ff. 54-61.

⁶² Gamboa, p. 77; Moheno, p. 5, y Podán, p. 90.

días; prometió algunos cambios políticos y terminó siendo ‘barrido’ por una revolución.

Este mito tampoco resulta apropiado, pues don Porfirio rebasaba con creces la edad de los aprendices. Al contrario, era ya un anciano cuando fue entrevistado. Su vejez y su sorpresiva y no solicitada abdicación hacen recordar al rey Lear, quien todavía vivo decidió heredar su puesto y dominios a sus hijas y yernos. La decisión resultó fatídica: como Díaz, Lear fue primero elogiado y luego rechazado; como Lear, Díaz nunca aceptó su error; ambos murieron destronados luego de padecer crueles desengaños. La diferencia es que don Porfirio no era rey ni padeció traiciones familiares. La historia del rey Lear es una tragedia. Pensemos en un Shakespeare gracioso, en el de *La comedia de las equivocaciones*: en el México de entonces no vivían dos pares de gemelos permanentemente confundidos por la gente, pero en 1908 el autócrata se vistió de demócrata, el periodista de hagiógrafo y el empresario de político. Sobre todo, un anciano que estaba próximo de pasar a la historia intentó apropiarse del futuro.

Utilizar a Shakespeare me obliga, por nacionalismo lingüístico, a acudir a Cervantes, a partir del cual intentaré una explicación paremiológica de la entrevista Creelman. Recuérdese que don Quijote reprendía a Sancho Panza por usar tantos refranes, los que llegó a ensartar “de dos en dos”, pues no sabía “decir razón sin refrán”; pero rememórese también que el mismo don Quijote aceptaba que no había refrán que no fuera verdadero, por ser “sentencias sacadas de la experiencia”. Los testimonios históricos nos dicen que don Porfirio, con más experiencias que estudios, también era hombre de refranes. Siendo así, sorprende que un hombre de setenta y ocho años, la mayor parte de los cuales había pasado luchando y gobernando, acumulando experiencias inigualables, olvidara que “es mejor no prometer, que prometer y no hacer”. En otras palabras, que es inadmisible “cacarear y no poner huevos”. Ahora bien, si Díaz había hecho honestamente sus ofertas democratizadoras y luego cambió de opinión y decidió no cumplirlas, olvidó el refrán que dice “nunca prometas de lo que te arrepientas”. En el

caso de que lo dicho a Creelman fueran más mentiras que promesas incumplidas, debió considerar que “la mentira no vive larga vida”. Sobre todo, debió saber que “mentir y comer pescado, requiere cuidado”.

Seguramente a muchos sorprendió que don Porfirio reflexionara sobre abdicación, democracia y oposición en términos doctrinarios, cuando toda su larga vida había sido un político práctico, olvidando que “loro viejo ya no aprende a hablar”. Seguramente sorprendió oír esos términos renovadores en quien encabezaba un gobierno que se había prolongado durante poco más de treinta años y que se caracterizaba por su severidad. Ciento es que muchos concedieron que “mudan los tiempos y con ellos los pensamientos”, pero la palabra democracia en boca de don Porfirio obligaba a sospechar que “cuando el diablo reza, engañar quiere”.

Éste fue el mayor problema de todo el proceso: el pueblo se sintió burlado. No hago un reclamo a los mexicanos de entonces. Sé que “las bellas palabras, a necios y a cuerdos engañan”. En todo caso, el resultado fue que Díaz tuvo que aprender, tardía y dolorosamente, que “lo prometido que no es dado, suele ser tomado”. Para colmo, don Porfirio menospreció a sus opositores y consideró imberbes a quienes deseaban la implantación de la democracia en México, olvidando que “hoy son caballos los que ayer eran potros”. Todos estos errores explican por qué don Porfirio “empezó cantando y acabó llorando”. En resumen, en el caso de la entrevista Creelman, a Díaz “le salió el tiro por la culata”. Ensartemos otro refrán cinegético: “al mejor cazador se le va la liebre”. Medida por sus resultados, la entrevista Creelman fue absolutamente fallida: obvio, “lo bien pensado nunca sale errado”.

Cada vez que el Quijote reprendió a Sancho por el desmedido uso de refranes, éste prometió enmendarse, lo que nunca pudo cumplir. Yo sí: no quiero que se arrepientan los miembros de esta Academia y me desconozcan por acudir a procedimientos ajenos a la disciplina del historiador profesional. Por lo tanto, propongo un último final, usando el método “contrafactual”:

¿qué hubiera pasado de no haber habido entrevista Creelman? ¿Hubiera habido Revolución mexicana? ¿Hubiera roto el reyismo con don Porfirio? ¿Habrían surgido Madero y el antirreelecciónismo? Como todos ustedes saben, al método “contrafactual” le interesa plantear las preguntas, no responderlas. Sabe que las interrogantes pueden ser incontables y que suelen llevarnos al problema de los orígenes de los procesos históricos. Así, ¿hubiera habido entrevista Creelman sin crisis económica previa? ¿La hubiera habido sin problemas diplomáticos entre México y Estados Unidos? ¿Habría sido necesaria sin la campaña de desprestigio en contra de Díaz sustentada por los magonistas exiliados en Norteamérica? ¿Y si don Porfirio no hubiera tenido necesidad de suavizar su imagen, luego de las represiones en Cananea y Río Blanco? No sigo: el problema de los orígenes de los procesos históricos no tiene límite. Así lo entendió Jorge Luis Borges, quien se preguntó:

¿Qué Dios / detrás de Dios / la trama empieza?

Al principio de esta lectura advertí que Daniel Cosío Villegas había dicho que la entrevista Creelman había provocado muchos escritos, desgraciadamente poco útiles. Confío en que mi estudio lo hubiera complacido. Me preocupa también de Beatriz de la Fuente, denigrar su silla. Por cierto, en su discurso de ingreso a esta Academia, leído en 1999, citó al maestro Jorge Alberto Manrique al decir que “la historia del arte es, primero, historia, y sólo después, del arte”. Ahora yo parafraseo a ambos: la historia política es historia, pero también es política. El historiador de la política suele ubicarse en tres tiempos: pasado, presente y futuro. Así, hoy podríamos preguntarnos por las similitudes y diferencias entre nuestro México y el de hace cien años, así como por las enseñanzas de la entrevista Creelman: ¿contamos hoy con políticos dispuestos a reconocer que su ciclo histórico ha concluido? ¿Tiene la sociedad mexicana la cultura política adecuada para sustentar un régimen democrático? Si bien contamos ya con partidos políticos, ¿no lastiman éstos el progreso del país? ¿No merecerían volver a ser fundados? ¿Son distintos los periodistas de hoy al mercenario y sensacionalista James Creelman? ¿Son mejores nuestros medios de difusión

que el oficioso *Imparcial*? Por último, ¿contamos hoy con una sociedad dispuesta a organizarse y a movilizarse pacíficamente de constatar que los políticos nos engañan?

Basta. He vuelto a alejarme de la historia. Espero que los miembros de esta Academia no se arrepientan de haberme abierto sus puertas. Por lo menos pueden estar seguros de que mi amor por la Historia es tan grande como su generosidad. ¿Por qué amo la Historia? Porque es un conocimiento hermoso y útil, pero también porque me ha enseñado que los procesos históricos como los biográficos, son diversos y complejos, que unos son prolongados y otros son breves; que al interrumpirse, como algunas vidas humanas, el proceso histórico toma otro curso. Los procesos históricos nunca se detienen, aunque muchas veces evolucionan por derroteros distintos a los iniciales. El conocimiento de la historia me ha permitido entender esto. Para el conocimiento histórico no hay etapas truncas ni desviadas; todas forman parte del proceso histórico. El conocimiento histórico me ha ayudado a entender mi proceso biográfico, con mis etapas truncas y mis reorientaciones. Me ha enseñado que el pasado nunca se olvida, y que es decisivo en la construcción del efímero presente y del inescrutable e ineluctable futuro. Por eso amo la Historia, y por eso dedico este discurso a mis ausencias y a mis presencias.

BIENVENIDA A JAVIER GARCIA DIEGO

*Por Enrique Krauze
Academia Mexicana de la Historia*

La Academia Mexicana de la Historia se complace hoy en dar la bienvenida a uno de los historiadores más serios de este país: el Doctor Javier Garciadiego Dantán. En la larga tradición, más o menos democrática, de nuestra Academia, no creo que hayan sido muchos los casos que, como el de Javier, hayan contado no sólo con una votación unánime sino absolutamente unánime. El Doctor Garciadiego ganó, como en los viejos tiempos, con “Carro completo”, pero su forma de ganar este sitio –nada menos que el que ocupaba la inolvidable Beatriz de la Fuente– fue con todas las de la ley, por sus altos méritos, por el trabajo esforzado y tenaz que ha desplegado a lo largo ya de 25 años en los variados ámbitos de la vida académica.

El texto que acabamos de escuchar es buen ejemplo de su seriedad. Garciadiego ejerce la historia, en principio, como se ejercía antes; como siempre –me parece– debió ejercerse: como un llamado cívico. Así se entiende la elección de su tema. Hablar de la entrevista Díaz-Creelman hoy es un acto cívico, un modo de conmemorar su centenario y cuidar la memoria. Un país demasiado fijo en su pasado –en las discordias de su pasado– puede incurrir en desvaríos y limitar las opciones del presente; pero un país que descuida su memoria puede desvariar también, por falta de identidad. Garciadiego sabe que el recuerdo de esa entrevista, en la que Díaz fingió (o fingió que fingía) su voluntad de abrir paso a la democracia, es una pieza esencial de nuestra memoria y ha hecho bien en recrearla de

modo tan cabal. Pero sabe también que aquellos temas políticos que Díaz y Creelman abordaron en los pasillos y miradores de Chapultepec son tan vigentes ahora como entonces: el poder, la libertad, la democracia. Y no podemos fingir (ni fingir que fingimos) haberlos resuelto.

El texto revela las preferencias vocacionales de Javier. Desde hace mucho tiempo se ha dedicado primordialmente a la historia política de la Revolución, enseguida a la historia cultural y también a la intersección de ambas. Como experto en esos temas, es natural que desembocara –como muchos de nosotros, más de una vez– en la célebre “entrevista Díaz-Creelman” para preguntarse por su sentido. La entrevista, como muestra Garciadiego, fue una especie de terremoto político –inesperado, como todos– que no sólo cimbró a la gerontocracia gobernante sino a toda la clase política.

Daniel Cosío Villegas decía que sobre la entrevista Díaz-Creelman se había “escrito mucho pero con poco acierto”. Garciadiego puede estar satisfecho: escribe sobre ella con indudable acierto. El trabajo que hemos escuchado aborda exhaustivamente en el contenido político de la entrevista. (No es el único, por cierto, que la entrevista admite. A mí me ha parecido siempre más valiosa la parte biográfica en la que Díaz –cosa rarísima en él– se explaya en reflexiones sobre los indios, la Iglesia, la huella de España y hasta las corridas de toros: es casi la única vez que podemos “escuchar” a Porfirio.) Pero desde el ángulo que legítimamente le interesa, Javier recorre casi todos los aspectos posibles: la naturaleza del texto (la descripción somera de su estructura y contenido, del medio que lo publicó y del que lo reprodujo), los interesantes pormenores sobre el modo en que se pactó y negoció, el perfil del entrevistador James Creelman (al que sólo faltó agregar sus increíbles peripecias en la Guerra del 98 entre Estados Unidos y España). Luego de describir el contexto, Garciadiego –como un

Sherlock Holmes acucioso y retrospectivo— se concentra en el enigma que desveló a los contemporáneos: ¿Por qué la Esfinge —como le decía Federico Gamboa— salió de su proverbial silencio, y habló? ¿Por qué “alborotó a la caballada”?

Garcíadiego desmenuza los posibles objetivos internos y externos y calibra finamente el grado en que, por lo menos en México, no fueron alcanzados. Quizá lo más instructivo es el sistemático levantamiento (basado en una bibliografía impresionante) sobre la confusa recepción de la entrevista. Ahí están, con todo detalle, las alarmas de sus allegados, las lamentaciones de sus simpatizantes, las albricias de sus opositores. La entrevista resultó contraproducente. La pregunta, como es natural, queda en el aire, entre otras cosas porque la Esfinge no confiaba sus motivos ni a su almohada. ¿Por qué habló el oráculo y desató el pandemonio? Acaso ni el propio Porfirio Díaz —con toda su solidez— sabía la respuesta.

Lo que nosotros sí sabemos es que Javier Garcíadiego tiene méritos más que suficientes para estar aquí, con nosotros, y que su presencia ayudará mucho a esta Academia. Ha escrito libros sólidos. Su filiación universitaria se engarzó con su amor por la Revolución y dio pie a una síntesis feliz, su tesis doctoral en Chicago: el interesante estudio de la Universidad en la Revolución y de la Revolución en la Universidad, que se publicó en 1996 con el título —idiosincrático, digamos— de *Rudos contra científicos*. En esas dos vertientes —la cultura y la política, la Universidad y la Revolución, ha caminado su trabajo académico y su obra.

En los años ochenta, Javier se desempeñó como Secretario Académico del Centro de Estudios sobre la Universidad. Allí alentó y realizó él mismo investigaciones culturales sobre la Universidad y los universitarios que han visto la luz como libros, folletos, artículos o conferencias. Justo Sierra,

Henríquez Ureña, Vasconcelos, Gómez Morín han sido para Javier personajes de cabecera. De esa misma raíz proviene su libro sobre Alfonso Reyes.

Javier fue también Director del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. Allí realizó una labor de gran mérito: editó libros clásicos que estaban en el olvido, organizó la compilación de utilísimos diccionarios, organizó coloquios y concursos, dio becas. Convirtió un pesado elefante en una gacela. Su exitosa labor no pasó inadvertida a las autoridades de El Colegio de México, de cuyo Centro de Investigaciones Históricas formaba parte. Esa labor fue una razón más, entre muchas, para llevarlo a la Presidencia de esa entrañable institución.

Suplico a ustedes excusarme la impertinencia de no hacer la reseña (ni siquiera somera) de las fructíferas actividades académicas de Javier que constan en su currículo: docencia, dirección de tesis, participación en cientos de seminarios, conferencias, congresos, comités, consejos etc... Prefiero hablar de sus esfuerzos como promotor del trabajo en equipo y poner de relieve, por ejemplo, una obra que se anuncia como de próxima publicación sobre los "Exiliados de la Revolución". La espero con ansia. Me atrevo a mencionar también una deuda que Javier y su grupo tienen con la cultura de México y con ese hombre que la sirvió tanto, con José Luis Martínez: me refiero al *Diario* de Alfonso Reyes. Ojalá lo terminen bien, y ojalá lo terminen pronto.

Conocí a Garciadiego a principio de los ochenta y no olvido las circunstancias. Trabajaba yo en mis biografías y necesitaba con desesperación un acceso rápido a libros de toda índole. Javier me invitó a la biblioteca que tenía –si no me equivoco– en la casa de sus padres en la

colonia San José Insurgentes. Recuerdo los estantes de metal y el orden perfecto. Todo lo que yo necesitaba estaba allí, sobre todo lo relativo a la etapa que a Javier le interesaba más, el carrancismo. Javier admiraba a Carranza por razones que en ese momento se me escapaban pero que (gracias en parte a nuestras charlas) comprendí: Carranza, el menos brillante de los caudillos, había sido el más sabio, también el más complejo y trágico. Aquel día salí cargado de libros y folletos que me fueron de inmensa utilidad. Con su hermosa letra “palmer” y su decencia característica, en una hoja blanca Javier me mandó la lista de los libros. Creo —*mea maxima culpa*— que hasta la fecha le debo algunos.

Esa estampa retrata a Javier Garciadiego. Ese amigo cuatro años menor que yo (pero ya perteneciente a otra generación) amaba la historia de un modo genuino que me emocionó. ¿Cuál fue el origen de su vocación? De su maestro Gastón García Cantú —ahora olvidado— había aprendido la emoción de la historia y la noción de las fuerzas personales que inciden en su azaroso destino. De su maestro el admirable Federico Katz aprendería el rigor científico, la noción de las fuerzas impersonales que hasta cierto punto condicionan ese destino. Pero más allá de esa síntesis vocacional, lo que caracterizaba desde entonces a Garciadiego era su actitud, infrecuente —créanme ustedes— en este gremio. Esa actitud tiene tres nombres. Se llama generosidad, se llama humildad, se llama caballerosidad.

La obra escrita, la obra docente y la obra de promoción cultural de Garciadiego ha sido muy apreciable y lo será más. Pero hay una obra suya que ya es redonda y plena. Nada hay que agregarle: es su persona.

ICONOGRAFÍA IMPERIAL DE MAXIMILIANO Y CARLOTA

*Aurelio de los Reyes
Instituto de Investigaciones Estéticas. UNAM
Seminario de Cultura Mexicana*

Maximiliano y Carlota tenían una gran afición por colecciónar fotografías. Maximiliano tenía cerca de trescientos álbumes fotográficos en su biblioteca. Carlota constantemente compraba o las pedía a sus amistades para guardarlas en álbumes. Ambos compartían el gusto por retratarse.

En 1861 se inició el acercamiento de José María Gutiérrez de Estrada a Maximiliano para ofrecerle el trono de México. Con ello comenzó un proceso de búsqueda de la imagen imperial, de la que hubo varios intentos antes de llegar a la solución definitiva en el retrato de Maximiliano pintado por Santiago Rebull en 1866 y en el de Carlota pintado por Albert Graefle en 1865. Fue más problemático encontrar la imagen del emperador que la de la emperatriz. Ésta, salvo la capa imperial, se mantuvo casi inamovible desde el primer intento hasta la propuesta de Graefle.

En tanto no surjan otras imágenes de la pareja, a mi juicio el primer intento corresponde a los retratos comenzados por el pintor Eduard Heinrich en 1861, en que recibe el pago, y terminados en 1863, según la fecha que anotó. Ninguno de los dos retratos poseen elementos de mexicanidad. Maximiliano porta una indumentaria roja, color exclusivo de los emperadores con el cual Maximiliano comenzó a jugar apenas le sugirieron interesarse en la corona de México, de la que se sentía seguro por contar con la aprobación de Francisco José, y el apoyo de los cañones de Francia, España e Inglaterra. La capa, terciada, no muestra el armiño blanco. De su cuello se desprende el toisón de oro y la orden de María Teresa, en su pecho luce

dos condecoraciones. Lejos estaba de crear la orden del Águila Mexicana, de revivir la Orden de Guadalupe, creada por Iturbide, de cuyo imperio se consideró continuador, y de crear sus propias condecoraciones. Proyecta la imagen de un emperador austro-húngaro, no de un emperador mexicano.

Carlota, por su parte, muestra la corona y la capa de armiño, con las colas de éstos prendidas de la misma cuyo significado desconozco. Una fotografía tomada en París por Charler y Jacotin sirve de modelo, para este y los futuros intentos, con modificaciones, como la supresión de la capa y de la corona e invertir la posición de la cara en lugar de ver hacia la derecha, mira a la izquierda. Desde este punto de vista, su imagen sufrió una degradación en el retrato de Graefle donde no porta la capa.

El siguiente intento corresponde a la imagen de la pareja difundida en París cuando en México proclamaron a Maximiliano emperador de México el 10 de julio de 1864, enviada por José María Gutiérrez de Estrada, por lo que debió ser conocida en México entre julio y septiembre de dicho año. Es la misma imagen de Carlota, copiada literalmente del retrato, dirigiendo su mirada hacia la derecha. Maximiliano viste de almirante de la armada austriaca, representada por la banda que cruza su pecho, de bordes verdes y el centro en blanco. El verde era el color de la Lombardía, de donde había sido gobernador hasta abril de 1859, pero él, enamorado de ambos cargos, mantendrá la banda. Esta imagen tuvo una amplísima difusión en Europa y en París, donde se exhibió en las calles y en los escaparates, de acuerdo a un plan publicitario orquestado por Napoleón III para encontrar apoyo de los franceses para su aventura mexicana, pues, como se sabe, él decidió continuar la intervención pese a que España e Inglaterra rompieron el pacto firmado en Londres por las tres potencias en octubre de 1861, con la firma de los tratados de la Soledad firmados con el gobierno de Benito Juárez.

En México, dicho 10 de julio, la Regencia distribuyó una medalla con la efigie de Maximiliano I, porque todavía no llegaban retratos de Maximiliano. Almonte, jefe de la Regencia, se entrevistó con el archiduque, sin embargo

no parece haberle dado ningún retrato porque las negociaciones se desarrollaron en la más absoluta confidencialidad, por lo que Maximiliano parece haber controlado la circulación de su imagen. Su primer retrato lo imprimió *El Pájaro Verde* en enero de 1864; enviado también por Gutiérrez de Estrada. José María Arroyo, encargado de los negocios eclesiásticos de la Regencia, le reclamó haber enviado esa fotografía de Maximiliano vestido como almirante, “pues todos los que lo conocen me dicen que no se parece mucho”¹ a como en realidad era Maximiliano. El primer retrato de Carlota lo publicó también dicho diario los primeros días de junio de 1864, cuando la pareja se encontraba en camino de Veracruz a México.

Los retratos que Maximiliano y Carlota consideraron oficiales, junto con el diseño del escudo, del manto imperial, de la numismática, de la filatelia, de la medallística, debieron llegar en un álbum enviado por Maximiliano y recibido por Almonte en febrero de 1864, dos meses antes de la partida de la pareja para México. Debieron ser los retratos que el fotógrafo Malovich de Trieste les tomó en 1863, quizás después del ofrecimiento formal de la corona por la diputación mexicana el 3 de octubre de dicho año. De cuerpo entero, él con el uniforme de almirante de la marina austriaca y ella como la esposa del almirante y gobernador con amplio vestido blanco y una corona de flores, no como emperadores. Esta fotografía de Maximiliano sirvió de modelo para su estatua hecha por el escultor alemán Schilling que en su honor financiaron los triestinos, actualmente en Miramar.

Ambas fotografías circularon en varios formatos, de cuerpo entero, de medio cuerpo y de busto. También circuló una fotografía que se tomó Maximiliano en 1860 en traje de almirante y gobernador con características muy similares, la diferencia la hace el físico, al lucir Maximiliano unos kilos de más. Estas fotografías circularon en México como fotografías oficiales de los emperadores de México, a pesar de vestir el uniforme de almirante.

¹ Haus-Hoff Staatsarchiv Haussarchiv Kaiser Maximilian Von Mexiko, caja 4, Elench 1051-1100, f. 320.

El siguiente experimento de la imagen imperial corresponde, me parece, al ofrecimiento formal de la corona por la diputación mexicana el 3 de octubre de 1863 en Miramar. Al retrato anterior Maximiliano sustituyó el blanco de la banda por rojo, el color imperial, mantuvo el verde de la Lombardía. De su cuello pende el toison de oro sin el collar. De Carlota no conozco propuesta. A mi juicio debió ser la misma que la primera. Es importante el marco, rematado por la corona diseñada por Maximiliano en cuyo extremo luce una cruz sobre una piña, su obsesivo emblema. Ni duda que Maximiliano logró mayor dignidad en la proyección de su propia imagen. El rostro infantil ganó en madurez, aunque todavía no deja crecer la barba en la forma que lo caracterizará. El óleo se hizo a partir de una fotografía tomada seguramente antes de 1860, porque en este año cambió radicalmente su imagen al dejar crecer la barba y peinarla de una manera diferente a la que luce en el primer ensayo.

El siguiente experimento corresponde a una fecha próxima a su salida a México, según un par de fotografías obsequio de la pareja al barón de Morpurgo. De su retrato, Maximiliano ordenó hacer una pintura, exhibida en el museo en Hardegg dedicado a su recuerdo, con la banda totalmente en rojo, sin los extremos en verde; porta el manto imperial. De su cuello pende el toison de oro, y en su pecho luce la cruz de Malta y dos condecoraciones. Todavía no se retrató con sus propias condecoraciones aunque ya las había diseñado. Sigue de cerca su propia imagen como admirante de la armada austriaca y gobernador de la región lombardo-véneta, según fotografías que se tomó en 1860, al parecer su predilecta, misma que circulará ampliamente en México. Se las tomó en tres posiciones, mirando hacia la derecha, al frente y hacia la izquierda, como al parecer era su costumbre.

Carlota podríamos decir que sufrió una degradación mayor al suprimirle, además de la capa, la corona metálica y sustituir ésta por una corona de flores.

En París Maximiliano ordenó dos retratos al pintor Franz Xaver Winterhalter. El suyo no tiene nada que ver con los experimentos anteriores. Es totalmente nuevo. En cambio Carlota porta una corona. Veo más a éste como ensayo de una imagen imperial, que el de Maximiliano.

Albert Graefel pintó a Maximiliano en 1865, en el que conserva casi íntegro el uniforme de almirante, con el pantalón con alamares en los costados. El retrato pintado por Santiago Rebull al año siguiente, refleja la imagen que Maximiliano concibió para sí mismo como emperador, la cual sería el retrato oficial, la contraparte no fue terminada y solo se conserva el busto de Carlota. En cuanto al retrato de Carlota, de Albert Graefel, fue menos problemática la búsqueda de su imagen imperial porque su rostro se basó en el retrato de 1861, con la singularidad de la recuperación de la corona.

La corona

Maximiliano hizo saber a los pintores que trabajarían en Miramar a través del historiador Pietro Kandler, que sus obras debían inspirarse en el arte patrocinado por los Habsburgo, lo cual nos da en cierta medida claves para comprender el retrato hecho por Rebull. Esto es, se debe ir a la tradición retrástica de los Habsburgo para explicar algunos de sus elementos, y a Iturbide de cuyo imperio intenta ser continuador.

Es de recordar que en una de las entrevistas de Gutiérrez de Estrada con Maximiliano a principios de 1862 decidieron que el régimen de gobierno sería una monarquía constitucional moderada que recibiría el título de Imperio, sin duda por influencia de Gutiérrez de Estrada, quien lo puso en antecedentes sobre Iturbide y la creación de la Orden de Guadalupe. Ya en México, Maximiliano debió conocer los retratos de Iturbide.

En primer lugar en el retrato de Rebull domina el color rojo, el color de los emperadores, como en casi toda la galería de emperadores de los Habsburgo. De frente, con la mano derecha apoyada en una mesa sostiene

un cetro, con su corona en segundo plano. Es la posición tradicional, incluida la retratística de Iturbide. Mientras que en los retratos de Carlos VI y José II, entre otros, la corona sobre la mesa corresponde a la corona del Sacro Imperio Románico Germánico, obra artesanal alemana del siglo X, quizá como símbolo de la fundación de dicho imperio. Tres retratos de Francisco José, uno de joven, de mediana edad y maduro, rompieron la tradición al sustituir la corona del Sacro Imperio por libros u otros símbolos de la ilustración, tal vez porque Napoleón I suprimió el Sacro Imperio Romano Germánico en 1806 al crear el imperio austriaco. Maximiliano en octubre de 1864 comenzó a utilizar en la membresía de su correspondencia la corona creada por Rodolfo II, hasta un mes después imprimió la suya propia. En el retrato, Rebull, sin duda por orden de Maximiliano, colocó la corona en una posición tradicional, sin embargo es su corona, no la del Sacro Imperio ni la de Iturbide, con lo cual Maximiliano se considera a sí mismo fundador de una dinastía. Con ello retoma el modelo de Iturbide, el cual colocó su corona en una posición semejante aunque bastante diluida. Atado a la tradición, sin embargo Maximiliano rompió con la misma al colocar su propia corona al mismo tiempo continuó el modelo de Iturbide. Unió innovación y tradición. Innovación no en el sentido de Francisco José de sustituir la corona por símbolos de la ilustración, sino al colocar su propia corona, que lo une a la tradición de los Habsburgo y a la de Iturbide.

Es importante precisar que para Maximiliano había tres coronas emblemáticas, la del Sacro Imperio Romano usada por Rodolfo I, primero de los Habsburgo en ganar dicha corona, que había sido diseñada en la segunda mitad del siglo X para Otón I o su hijo Otón II. Esta corona la colocó en la base del árbol genealógico de los Habsburgo en su castillo de Miramar y la porta Rodolfo I en el mapa de la Alegoría de Carlos V en Miramar. No la he encontrado en México, lo cual no quiere decir que no la haya usado en objetos, como la corona archiducal, otra de sus coronas emblemáticas impresa en una de sus vajillas, ordenada por José II para coronarse emperador. Y la corona de Rodolfo II, usada por Francisco II para coronarse como emperador de Austria en 1804 en respuesta a Napoleón

I al coronarse emperador de Francia. Sin duda su significación por haber sido usadas por Rodolfo I, José II y Francisco II para coronarse emperadores, de la misma manera que él.

El cetro

Empuña el cetro obsequio del ayuntamiento del puerto de Veracruz a su llegada a México, obra del orfebre A. Rivera, fechado en 1863, ordenado sin duda por la Regencia. Cetro preferido que también empuña en el retrato pintado por Graefle y lo coloca en una de las garras del águila de su escudo imperial impreso en la vajilla de uso corriente. Para esta fecha ya se conocía más la personalidad de Maximiliano, sus gustos, sus intereses, sus lecturas, porque el cetro lo remata una piña, la emblemática figura de los Habsburgo símbolo de la botánica y de Maximiliano en particular como botánico y por razones sentimentales, pues es una fruta originaria del Brasil, país natal de María Amelia, hija del emperador Pedro I, el amor de su vida.

El traje, de almirante de la armada imperial y gobernador de la región lombardo-véneta, modificado por el pantalón, sin alamares, y las botas federaicas. Negro en su totalidad, uno de los colores de los Habsburgo (los otros, el verde y el amarillo), con la casaca abrochada hasta el cuello, sobre ella la banda como jefe de la armada austriaca, sustituyendo el blanco por el rojo, con las franjas extremas en verde, el color de la Lombardía. No es tricolor, como lo es a partir de Agustín de Iturbide. Su traje expresó los tres cargos desempeñados en su vida, primero almirante, luego gobernador y finalmente emperador. El uniforme de almirante, ligeramente modificado, lo elevó a categoría de traje imperial, con lo cual también muestra su libertad para crear dentro de la tradición. Para este retrato Rebull se basó en la fotografía tomada por Francois Aubert, considerada la fotografía oficial, aunque circuló menos que la fotografía como almirante tomada en 1860, de la cual parece haber estado enamorado.

De su cuello pende el toisón de oro, que deberían heredar sus sucesores; el collar del águila mexicana de su creación y al parecer su favorita; y una cruz, no identificada. En su pecho cuelga la cruz de Malta y dos condecoraciones no identificadas y que parecen no corresponder a la orden de Guadalupe ni a la medalla del mérito civil.

Varios monarcas diseñaron su propia versión del toisón de oro. Maximiliano utilizó el modelo creado por Felipe el Bueno, su creador y fundador de la orden, a partir de un collar heredado del Duque de Berry, su padre, al que le agregó el vellozino. Se basó en la leyenda de Jasón y los argonatus porque era su propósito que los caballeros formasen una hermandad fuertemente cohesionada por lazos de nobleza, para difundir y propagar la fe católica. El modelo creado por Carlos V llevaba los emblemas de los 50 caballeros de la orden vivos, más el suyo representado por el escudo de España con las columnas de Hércules. Existen retratos de Felipe el Bueno y Maximiliano I, por cuyo matrimonio con María de Borgoña, se anexó el ducado al imperio y por lo tanto el toisón, portándolo.

De la misma manera que ensayó su imagen imperial, ensayó su nombre. Fernando Maximiliano era su firma como almirante, como emperador suprimió el Fernando y agregó un dígito y una frase “Maximiliano I, por la gracia de Dios y por el voto de los mexicanos emperador de México”, suprimida casi inmediatamente para firmar como Maximiliano I al que pronto suprimió el dígito para quedar en Maximiliano, más familiar y menos protocolario. De la misma manera que Maximiliano I llevó el toisón de oro a Austria, él lo llevaría a México al fundar una dinastía.

Elementos de mexicanidad, sólo Chapultepec, pintado a un lado de la corona un poco más alto, y el cetro, obsequio del ayuntamiento de Veracruz, insertos más por sentimentalismo que por un significado patriótico. La silla, a su izquierda, casi diluida, la remata el escudo imperial. No está por demás decir que al parecer Benito Juárez, en un retrato que sigue de cerca al retrato de Maximiliano pintado por Rebull, sustituyó el escudo imperial de la

silla por el águila republicana, como diciendo a Maximiliano, “mira, me siento en tu imperio”.

El retrato de Maximiliano, una creación arbitraria hecha a la medida de su propio gusto, refleja un gran amor por sí mismo. Carlota, en cambio sufrió una degradación al privarla del manto imperial y, ocasionalmente, de la corona, o sustituir ésta por una corona de flores y al difundir su retrato fotográfico como esposa del almirante de la armada austriaca y gobernador de la región lombardo-véneta.

Por otra parte, Maximiliano, emperador de ideas liberales, como él mismo lo expresó a José María Hidalgo cuando éste lo visitó por primera vez; de espíritu republicano porque no hubo ceremonia de coronación, ni manto imperial, éste parece haberse quedado en el diseño, lo mismo que la corona, tal vez por falta de recursos, en los retratos son una fantasía, y su actuación correspondía al populismo característico de un déspota ilustrado, preocupado por conseguir “la felicidad de mi pueblo”. Su preocupación por la etiqueta, para mí, fue una concesión a los conservadores, quienes estaban más preocupados por la etiqueta y los cargos honorarios en la corte que el propio Maximiliano. Miramón, en París propuso una serie de nombres para damas de honor de Carlota apenas la regencia proclamó a Maximiliano emperador de México el 10 de julio de 1863, antes del ofrecimiento formal de la corona el 3 de octubre de ese mismo año. Juan N. Almonte y José María Hidalgo tenían sus respectivos candidatos para damas de honor, chambelanes, pajes, etcétera.

En la búsqueda de la imagen imperial de Maximiliano encontré seis intentos previos al retrato de Santiago Rebull, que reúne la experiencia plástica iniciada cinco años antes, basada en la tradición de la retratística de los Habsburgo, en 1861 cuando se comenzó a insinuar a Maximiliano la posibilidad de aceptar el trono de México, y en la retratística de Iturbide, con cuyo gobierno tendió un puente en un intento de continuar un sistema de gobierno para legitimarse, de ahí también el hecho de revivir la Orden de Guadalupe.



1. Varios monarcas se retrataron con las coronas emblemáticas de los Habsburgo colocadas lateralmente sobre una mesa. En este retrato José II colocó la de Rodolfo I, primer Habsburgo titular del Sacro Imperio Romano, heredada de sus predecesores. Se cree que es obra artesanal del siglo X hecha para los emperadores Otón I u Otón II.



2. El emperador Carlos VI (1685-1740), a pesar de haber perdido la guerra de sucesión española, cuando llegó a su fin la dinastía de los Habsburgo, como jefe de los Habsburgo llevó a Viena la Orden del Toisón de Oro, heredada por Carlos V a la rama española de los Habsburgo. Los Borbones, al ganar la guerra, se consideraron herederos legítimos de dicha Orden, con lo cual se crearon dos ramas: la vienesa y la francesa.



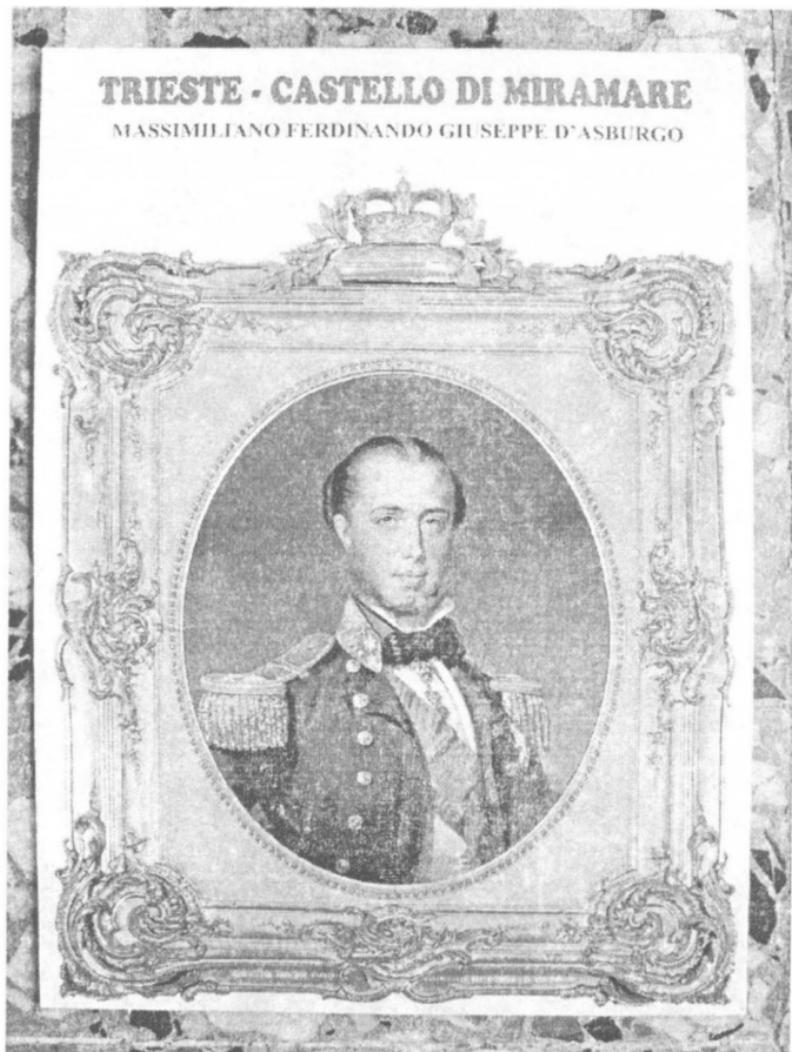
3. Francisco II (1768-1835) retratado con la indumentaria de Caballero de la Orden del Toisón de Oro. Sobre la mesa, la corona del Sacro Imperio Romano o de Rodolfo I.



4. Francisco José con la misma indumentaria rompió la tradición al sustituir sobre la mesa la corona emblemática por unos libros, símbolo de la Ilustración, porque Francisco II en 1806 disolvió el Sacro Imperio Romano por presión de Napoleón I.



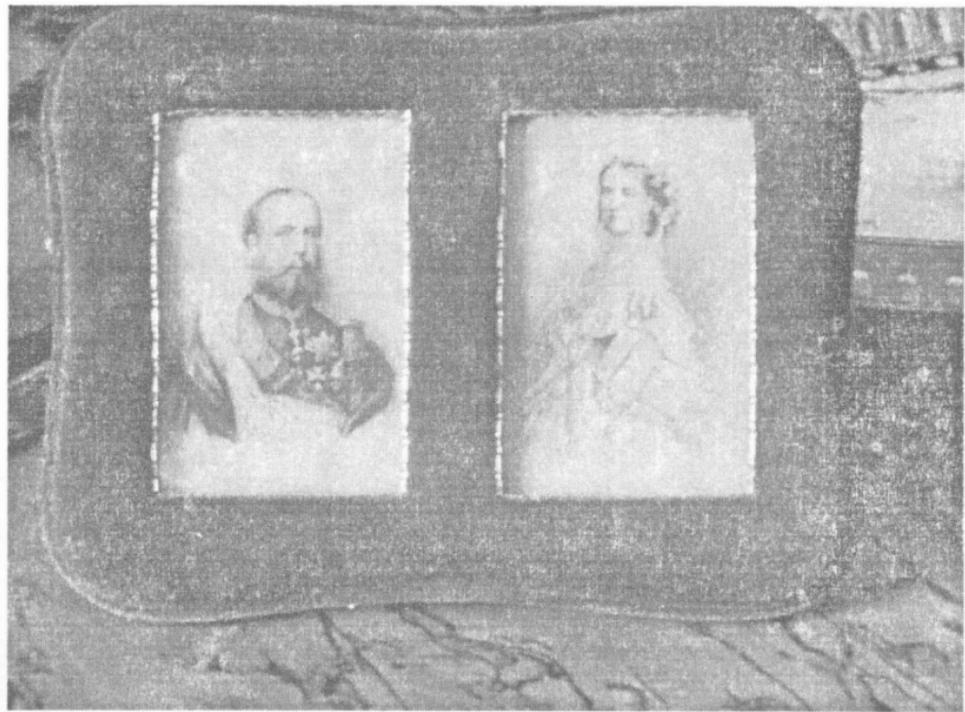
5. Maximiliano se retrató como Caballero de la Orden del Toisón de Oro entre 1861 y 1863 en cuanto comenzaron las pláticas sobre su candidatura al trono de México porque seguramente proyectó crear la tercera rama de dicha Orden en México por ser fundador de una dinastía. Inicio, por otra parte, de la búsqueda de su imagen imperial, pues el color rojo era de uso exclusivo de los emperadores. El retrato gemelo de Carlota se basó en un retrato fotográfico de Charler y Jacotín y sufrirá pocas modificaciones.



6. El segundo ensayo de la imagen imperial se basó en una fotografía retratado como jefe de la marina austriaca y gobernador de la Lombardía. En la banda militar sobre el pecho sustituyó el blanco por el rojo, color imperial, y mantuvo siempre el verde de la Lombardía.



7. Para el tercer ensayo utilizó una fotografía como jefe de la marina austriaca y gobernador de la Lombardia en el que la banda militar ordenó pintarla completamente de rojo, el color imperial.



8. Para el cuarto ensayo utilizó la misma fotografía, con la particularidad de colorear la banda militar de rojo al centro con los perfiles verdes, según se deduce al compararla con otras fotografías a color.



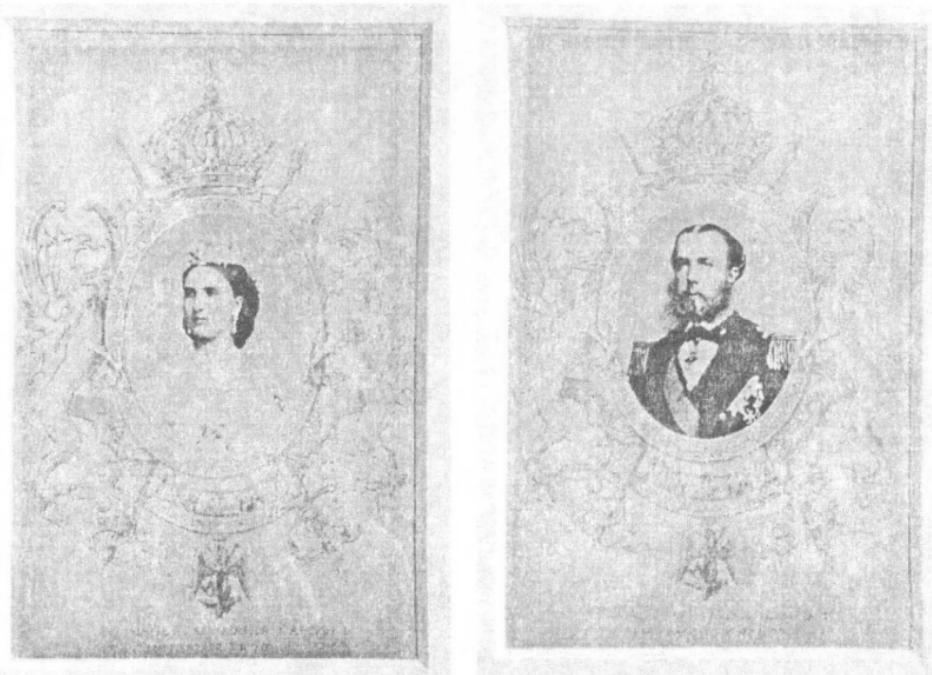
9. En el quinto ensayo, Carlota no presenta variantes en relación al retrato gemelo de Maximiliano de 1861-1863 como Caballero de la Orden del Toisón de Oro. En cambio el de Maximiliano se basó en la misma fotografía que sirvió para el segundo ensayo, con la particularidad de dejar los colores originales de la banda militar, blanco y verde. El volante difundió en México la primera imagen de Maximiliano, copia de un volante enviado seguramente por José María Gutiérrez de Estrada de los distribuidos en las calles parisinas en una campaña publicitaria orquestada por Napoleón III.



10. Retrato de Maximiliano tomado por Malovich en Trieste a fines de 1863, como jefe de la marina austriaca y gobernador de la Lombardía, a pesar de haber sido destituido del cargo en abril de 1859 y de haber renunciado a la marina.



11. Retrato de Carlota corresponde al de esposa de un funcionario. En relación al retrato de Charler y Jacotín, sufrió una degradación simbólica al suprimirle la capa imperial y al sustituir la corona metálica por una corona de flores. Estos retratos circularon en México como retratos oficiales a partir de abril de 1864, previamente a su arribo al mes siguiente



12. Retratos oficiales distribuidos masivamente para difundir su imagen hechos a partir de los anteriores, enmarcados por el escudo imperial. Es de notar la corona en la que Maximiliano sustituyó la cruz sobre el orbe del remate, símbolo del reinado de cristo en el mundo, por una piña y un ancla, símbolos para él de gran estima, reveladores de su aguda ironía y sentido del humor.



13. Graefel retrató en 1865 a Maximiliano con una corona sobre la mesa, en el sentido tradicional, a pesar de haber sido suprimida por Francisco José en la mayoría de sus retratos, tal vez porque se consideró a sí mismo fundador de una dinastía y deseaba que la reprodujeran sus sucesores, conforme a la tradición monárquica de los Habsburgo. Se hizo retratar con el pantalón de su uniforme como jefe de la armada austriaca y con la banda militar coloreada de verde al interior, símbolo de la Lombardía, y rojo, el color imperial, en los bordes. Alrededor del pecho, su orden del Águila Mexicana. Cortesía del Museo Nacional de Historia. Castillo de Chapultepec.



14. La imagen de Carlota no sufrió grandes cambios desde su primer ensayo de 1861. Recuperó la corona metálica pero la despojaron de la capa imperial. Cortesía del Museo Nacional de Historia. Castillo de Chapultepec.



15. Santiago Rebull retrató en 1866 a Maximiliano como Caballero de la Orden del Toisón de Oro Mexicana, de la cual luce el collar sobre el pecho, lo mismo que el collar de la orden del Águila Mexicana. Maximiliano siempre mantuvo su uniforme como jefe de la armada austriaca y gobernador de la Lombardía. En su retrato de Rebull lo diferenció al agregar botas militares federicas y abrochar la casaca hasta el cuello. No usó la banda militar con los colores verde, blanco y rojo, los colores nacionales. Dentro de la rigidez de la tradición se movió con una gran libertad.

RESPUESTA AL DISCURSO DE AURELIO DE LOS REYES

*Josefina Zoraida Vázquez
Academia Mexicana de la Historia*

No creo que haya mayor satisfacción para un académico que dar la bienvenida a uno de sus antiguos alumnos como nuevo miembro de número a la Academia Mexicana de la Historia. Me siento por lo tanto, privilegiada de hacerlo hoy con el doctor Aurelio de los Reyes García Rojas. Fue en aquella Facultad de Filosofía y Letras todavía no saturada, limpia de grafittis y tranquila en la que yo daba clase, me parece que en lo que entonces era el salón 201, cuando una tarde del ya lejano 1966 apareció en mi curso de Historia de los Estados Unidos Aurelio de los Reyes. Se distinguía de muchas maneras de sus compañeros. Su empeño por desafiar los convencionalismos contrastaba con su actitud atenta y cumplida que denotaba una gran vocación intelectual. Eso me hizo adivinar desde el primer contacto que sus prendas anuncian la brillante carrera en la historiografía que ha hecho.

La atmósfera de los años sesenta, llena de causas e inquietudes de rebeliones juveniles, lucha por los derechos civiles, de la resistencia de César Chávez y de la guerra de Vietnam e impregnada por el desbordante latinoamericanismo que había provocado la revolución cubana, me acercaba a los estudiantes, ya que algunas las había empezado a experimentar como estudiante en la Universidad de Harvard y me entusiasmaban, lo que sin duda fue un buen pasaporte de identificación con sus inquietudes. Aunque tengo fama de maestra dura y regañona, siempre he tenido buena relación con los estudiantes, aunque las afinidades electivas me han acercado más a algunos estudiantes que a otros, en parte porque en mis cursos y seminarios siempre ha habido un libre intercambio de ideas, lo que ha permitido que muchos de mis alumnos se conviertan en mis amigos. En ese tiempo, también

me acercó al grupo que compartía contacto con don Edmundo O’Gorman. Era natural que me acercara especialmente con aquellos estudiantes que se interesaban en el curso y que cumplían con la lista de lecturas, tarea que facilitaba el que ésta incluyera muchas novelas norteamericanas ya que a mi entender es la mejor forma de facilitar la comprensión de cambios importantes en la historia de Estados Unidos. Aurelio no sólo las leía, sino que siempre tenía comentarios interesantes.

En este grupo con el que tuve mayor contacto estuve Aurelio, de manera que no tardé en enterarme de su afición por el cine y de que ya había realizado algunos videos y de sus planes de hacer algunos sobre temas históricos. En las conversaciones me enteré de la difícil tarea de preservar las películas y de los repositorios importantes de películas que había localizado. Sus pláticas denotaban su gran pasión por el cine mudo, misma que todavía mantiene. Tenía ya conocimientos de historia del cine y conocía los secretos de llevarlos a cabo, por eso no sorprende que uno de sus videos no tardara en merecer la Diosa de Plata que entonces concedía PECIME y que, más tarde, lograra un Ariel y también el reconocimiento de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood por sus contribuciones a la historia del cine mexicano.

Su inclinación a hurgar y analizar ilustraciones y de consultar hemerografía no tardaron en convertirlo en un experto ilustrador de libros de historia, de manera que cuando coordiné y redacté los libros de texto gratuitos de Ciencias Sociales, él se convirtió en un eficiente colaborador, como después lo sería de los volúmenes de la *Historia de la Revolución Mexicana* que publicó El Colegio de México, de la *Historia de la música popular mexicana* de Yolanda Moreno Rivas, de los 8 volúmenes de la *Biografía del Poder* de Enrique Krauze y de otros títulos así como de sus propios libros.

Su pasión por el cine no impedía que su curiosidad abarcara muchos otros temas y problemas que investigaba con dedicación. Recuerdo que

cuando me pidió que le dirigiera su tesis de licenciatura y discutimos el tema, todavía me mencionó que había acumulado mucho material sobre la Sierra Gorda, con ideas interesantes que nunca supe si llegó a desarrollar.

También era distintivo en Aurelio su empeño por conocer México y describir su querido terruño: Aguascalientes y Zacatecas. Lo hacía con tanto calor que no tardó en convencernos a su compañera Patricia Bueno y a mí de acompañarlo en una visita a Zacatecas, Jerez y Pinos. El viaje fue memorable, tanto por su conocimiento de los lugares y monumentos, como por la intensidad con que nos hizo conocerlos. Como los dos somos pata de perro, después compartimos visitas fuera de México con otros compañeros de la generación en Montreal, Nueva York, Washington. En aquella primera visita a Zacatecas no fue fácil mantenerle el paso y aunque satisfechas, Patricia y yo regresamos exhaustas. Ese viaje me generó un gran interés en Zacatecas hasta llegar a comprender que las regiones no coinciden con la división política. En ese viaje también empecé a comprender como la amplia zona que incluye Zacatecas y Aguascalientes se conecta históricamente con Jalisco, San Luis y los estados vecinos, ámbito que, por cierto, alberga sus raíces tan bien evocadas en su libro *¿No queda huella, ni memoria? Semblanza iconográfica de una familia*.

Algo que desde entonces distinguía a Aurelio de sus compañeros eran sus sorprendentes conocimientos pragmáticos. Éstos le eran útiles en mil formas y una de ellas fue no sufrir la devaluación de 1976 como todos nosotros, ya que se había preparado para el desastre y había convertido sus ahorros en oro. Esta faceta sin duda resultó de su experiencia de trabajo en una empresa en la que gracias a su esfuerzo, escaló desde su entrada como office-boy en 1957 a subgerente de compras al retirarse en 1971. Su jefe parece haberlo valorado y seguramente fue el que le inspiró la idea hacer estudios de Administración de Empresas en el ITAM. Por fortuna no tardó en comprender que su vocación iba por otro camino y después de un año decidió seguir su bachillerato y estudiar historia.

Vale la pena destacar el mérito que tuvo Aurelio en hacer los estudios universitarios ya que se veía obligado a desplazarse desde su empleo en el Norte de la ciudad hasta la Ciudad Universitaria, lo que no impedía que cumpliera religiosamente con las lecturas y los trabajos como ninguno. Así, una vez que aprobó los cursos requeridos, se concentró en la investigación hemerográfica para la redacción de su tesis sobre *Orígenes del cine en México, 1896-1900*. Tenía y tiene gran colmillo para localizar fuentes, lo que unido a sus conocimientos teóricos le han permitido estructurar textos interesantes y originales. Su tesis de licenciatura rebasó el tema de historia del cine, pues también logró algo que no es frecuente en los que hacen historia del cine; mostrar un retrato cabal de la atmósfera que vive la sociedad mexicana en ese momento, en el caso de los orígenes del cine, la de fines del siglo XIX. Marcó pues el principio del camino que recorrería para convertirse en el verdadero historiador del cine mexicano.

Una vez licenciado en historia, Aurelio de los Reyes probó sus alas en la docencia y se incorporó a la Universidad Veracruzana, donde además de profesor de tiempo completo, colaboró en la fundación del Instituto de Historia y se desempeñó como subdirector de difusión cultural. En dos años en la Veracruzana su desempeño fue ejemplar, pues además de contribuir a formar y dirigir cinco tesis de licenciatura en historia y preparar el *Indice de los archivos notariales de Jalapa y Orizaba* (publicado en 1974), desarrolló una impresionante tarea de difusión que comprendía programas de cine para campesinos y para niños, que llevaba a través del estado en una camioneta en donde cargaba con todos sus aparatos.

Su vocación exigió que abandonara Jalapa y volviera a la capital para incorporarse al doctorado en El Colegio de México. Durante los dos años de cursos publicó algunos artículos y presentó ponencias en reuniones académicas, siguió haciendo videos y fundó el Cine Club de El Colegio de México. En la Quinta Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos puso en apuros a un mexicanista australiano al detectar

que no había consultado un archivo que citaba, ya que cometía el mismo error hecho por una historiadora norteamericana en los años 30.

Para ese momento su formación le permitía aspirar a incorporarse como investigador de medio tiempo en el Instituto de Investigaciones Estéticas lo que hizo en 1977. Poco después, en 1979 presentó su examen profesional con un estudio que también asesoró y que, una vez revisado a fondo, se convirtió en el libro *Vivir de sueños*, el primer volumen de la serie de Cine y Sociedad en México, 1896-1920.

Pero sus ambiciones académicas no estaban satisfechas, de manera que poco después emprendió los estudios de un segundo doctorado, el de Letras en la Facultad de Filosofía que le daría nuevos instrumentos para sus estudios cinematográficos y estéticos. Convertido en investigador de tiempo completo en el Instituto, su ascenso fue constante como lo sería en el Sistema Nacional de Investigadores, pues su productividad ha sido apabullante y como además ha dado cursos y desempeñado la coordinación de Historia del Arte y de Posgrado en la Facultad, no es de extrañar que ascendiera por los niveles del Programa de Estímulos a la Productividad. Realmente su expediente académico es impresionante, no sólo por la cantidad de libros, artículos y capítulos de libros, sino porque ha dirigido, según mi cuenta, 31 tesinas de licenciatura, 14 tesis de maestría y 20 de doctorado, algunas de las cuales han obtenido el premio de la Academia Mexicana de Ciencias. Por eso no es de extrañar que haya merecido distinciones y premios y haya disfrutado de la beca Guggenheim y una estancia en el Centro Rockefeller en Bellagio.

Sin abandonar el tema de historia del cine, Aurelio lleva varios años consultado archivos en Trieste, Milán, Bruselas, París, Duvrovník y Viena tras las huellas de Maximiliano. Creo que va dibujando una historia del trágico Imperio diferente a la que nos han trasmítido hasta ahora. Dado su interés estético, el discurso que nos presenta versa sobre los símbolos utilizados por Max para que representaran a la dinastía que pensaba inaugurar.

Su diestro manejo iconográfico le ha permitido al doctor De los Reyes descubrir el origen de los símbolos elegidos por el Emperador. También ha estudiado su diseño de jardines. Tuve la suerte de visitar Trieste, Miramar y Dubrovnik bajo su guía y probó ser una experiencia única en la que sus comentarios hicieron revivir el pasado. Frente a Dubrovnik está la isla de Lokrum, residencia real de los archiduques, ya que Miramar la concluyó Francisco José después de la muerte de Maximiliano.

No es mucho lo que puedo comentar del discurso, dada mi total ignorancia acerca del tema, por lo demás, claramente presentado e ilustrado. Sin duda el discurso nos permite ver los conocimientos que ha adquirido interpretando símbolos. Después de escucharlo, seguramente nunca volveremos a ver el retrato de Maximiliano de Santiago Rebull como antes. El análisis de Aurelio nos hace notar detalles que pasábamos por alto. Quedan claros los seis pasos de Maximiliano para construir la imagen que quería plasmar en su retrato. Con la minuciosidad que acostumbra Aurelio y sus conocimientos de historia europea ha descubierto como Maximiliano mezcló la tradición retratística de los Habsburgo con los colores ostentados como contralmirante y comandante de la armada austriaca y gobernador del Lombardo-Veneto, a los que tenía gran apego, con algunos emblemas elegidos por Iturbide, del que se empeñaba en ser continuador. Su discurso me mostró un aspecto que había pasado por alto del impacto de Napoleón en Europa, el entierro del viejo Sacro Imperio Romano Germánico en 1806, que a pesar de que su existencia ya era casi virtual, significó un cambio en el mapa del continente y al nuevo Imperio Austriaco a renovar la simbología imperial. La presentación cuidadosa paso a paso hecha por el doctor de los Reyes, nos permite percarnos de la importancia de los símbolos y su sentido profundo cuando los sabemos leer.

En fin, después de oír un texto tan disfrutable, sólo me queda expresarle el gusto con que lo recibimos como Académico de número a la Academia Mexicana de la Historia.

PSICOMAQUIA INDIANA

DISCURSO DE INGRESO A LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

David Brading

I

En sus *Meditaciones sobre el criollismo* (1970), Edmundo O'Gorman argumentaba que la Nueva España no podía ser descrita simplemente como una colonia de España o como un mero antecedente de la nación mexicana. Poseía, más bien, su propio modo de ser, una conciencia histórica distinta, cuya mejor expresión se encuentra en la cultura barroca del siglo XVII. Dicho modo de ser podría describirse como “criollismo”. En el corazón de aquella “patria criolla” se encontraba, por supuesto, el culto a Nuestra Señora de Guadalupe. Sin embargo O'Gorman decidió caracterizar la cultura de este periodo con una serie de sorprendentes contrastes:

Pero estamos también en una época en la que el arrobo de una monja, la milagrosa curación de un agonizante, el arrepentimiento de un penitenciado o los vaticinios de una beata son más noticia que el alza en el precio de los oficios o la imposición de una alcabala; de una época en que son de más momento los viajes al interior del alma que las expediciones a las Californias o a Filipinas; de una época, en fin, para la cual el paso del régimen de la encomienda al del latifundio, resulta preocupación accidental frente al desvelo ontológico de conquistar un ser propio en la historia.

En una nota auxiliar, O’Gorman insistía en que no debíamos olvidar que el criollo, o novohispano, no era más un español pero tenía aún que convertirse en mexicano. Advirtió, además, que todo historiador del periodo colonial que decidiera ignorar su singular jerarquía de valores morales, sería capaz de escribir una narrativa bien documentada pero jamás encontraría la puerta a la “cámara secreta” de la conciencia que determinaba su realidad histórica.¹

II

El 5 de enero de 1688, en la ciudad imperial de Puebla de los Ángeles, Catarina de San Juan, una beata famosa por su santidad, murió a la edad aproximada de 82 años. A su funeral acudió una gran multitud, así como los personajes más importantes del ayuntamiento; el cabildo catedralicio y las órdenes religiosas se turnaron para llevar su ataúd a la iglesia jesuita del Espíritu Santo. Pero antes que sus restos pudieran ser inhumados en la capilla de los Santos Inocentes, hubo que usar soldados para proteger el cadáver de los celosos adoradores, que buscaban arrancar su mortaja y “cortar sus dedos y la carne de su cuerpo”, esperando así obtener reliquias imbuidas de su gracia. Tras el entierro, los dignatarios reunidos se dirigieron a Catedral, donde escucharon misa y la predica del sermón de Francisco de Aguilera, un jesuita que les aseguró que, aunque Catarina había sido traída a Puebla como esclava, ella era, en realidad, la nieta de un emperador de oriente. Más aún, a pesar de su humilde condición, pronto se había dado a conocer como la “hermana gemela” de la Madre María de Jesús, una renombrada monja fallecida en 1637. Tan grande era el poder espiritual de esta “china”, descrita en su testamento como originaria del “reino de Mogor

¹ Edmundo O’Gorman, *Meditaciones sobre el criollismo. Discurso de ingreso en la Academia Mexicana correspondiente de la Española*. Centro de Estudios de Historia de México, Condumex (México, 1970), pp. 27, 31. Este artículos fue reimpreso en *Historia y Palabra de Edmundo O’Gorman*, Centro de Estudios de Historia de México, Condumex (México, 2006), pp. 101-12.

en las Islas Filipinas”, que Aguilera afirmó que a través de sus rezos la beata había salvado muchas almas del purgatorio. Más aún, exclamó:

Lo mucho que le debe a la Christianidad, que ha tenido en las victorias que ha tenido del Turco en estos años, donde se ha hallado, animando con interiores y eficaces socorros al exercito Católico, y a el mismo tiempo describiendo aca el estado de la batalla y los progresos de sus victorias.

Que tales poderes pudieran atribuirse a esta ermitaña, que al parecer pasaba la mayor parte del día rezando en las iglesias, es muestra del extraordinario fervor espiritual que caracterizaba a la ciudad de Puebla en esta época.² Si semejante fervor se desbordaba a favor de la heterodoxia es una cuestión que los teólogos, antes que los historiadores, están mejor capacitados para responder.

En 1689 Alonso Ramos, un jesuita español nacido en “Santa Eulalia en la Vega de Saldaña, y Reinos de Castilla la Vieja”, que había profesado como director espiritual y confesor de Catarina desde 1673, publicó el primer volumen de *Los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia de la venerable sierva de Dios, Catharina de San Joan, natural del Gran Mogor*. La celeridad con la que Ramos escribió no tiene paralelo, pues la vida de la Madre María de Jesús se imprimió sólo hasta 1676, y la de la Madre Isabel de la Encarnación, una carmelita que murió en 1633,

² Francisco de Aguilera, *Sermón en que se da noticia de la vida admirable, virtudes heróicas y preciosa muerte de la venerable Catharina de San Joan...* (Puebla, 1688), reimpresso en Alonso Ramos. *Tercera parte de los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catharina de San Joan, natural del Gran Mogor* (México, 1692), pp. 95-113; para la cita ver p. 108. Nótese que los tres volúmenes de la obra de Alonso de Ramos (1689-92) fueron reimpresso en versión facsimilar por la Sociedad Mexicana de Bibliófilos, A.C., ciudad de México, en 2004, con una introducción de Manuel Ramos Medina.

apareció en 1675. Pero ambas obras, escritas por Francisco Pardo y Pedro Salmerón respectivamente, los dos pertenecientes al clero secular criollo, sentaron importantes precedentes para Ramos, pues retrataban a sus heroínas enfrascadas en batallas nocturnas espirituales en contra de los demonios que las atacaban, y quienes a través de rezos, sufrimiento y unión con Cristo, fueron capaces de rescatar miles de almas del Purgatorio.³ Estas doctrinas, como veremos, fueron asimiladas y elevadas a un nivel peculiar por Alonso Ramos.

En su introducción al primer volumen Ramos agradeció al obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, por su apoyo y por cubrir los costos de la publicación. Al texto lo preceden las aprobaciones de dos frailes dominicos, un franciscano, dos canónigos de la catedral y, por encima de todos, una “Carta y discurso preocupativo” escrito por el jesuita Antonio Núñez de Miranda, descrito como “uno de los principales confesores de esta Sierva de Dios”, y saludado por un colega teólogo como “Primario doctor y Maestro Universal deste Reyno”. De manera intensa, Núñez de Miranda se maravillaba de que:

en este nuestro dichoso siglo, dorado de verdad, con los extraordinarios favores, y peregrina sanctidad de tantas y tan singulares mujeres, como en el han floreado en todo virtud; tantas y tales; quantas y quales no se havian visto juntas en muchos siglos juntas; cuyas vidas anden en manos de muchos; ocupados todos sus ánimos con las extacticas y gustosas admiraciones de tan divinos Prodigios

Núñez de Miranda cita la vida de san Simón Estilita, escrita por un obispo contemporáneo, que rememora los hechos que parecían increíbles porque

³ Francisco Pardo, *Vida y virtudes de Madre María de Jesús* (Méjico, 1676), y Pedro Salmerón, *Vida de la venerable Madre Isabel de la Encarnación* (Méjico, 1675).

abordaban misterios divinos. Pero la vida y las virtudes de esta “pobre esclava China” ya habían sido públicamente aclamadas por los habitantes de Puebla desde que a su funeral habían acudido personas de toda clase social. Para encontrar un caso semejante cita las vidas de santa Catarina de Siena, santa Teresa de Ávila y santa Rosa de Lima y, en Puebla, las vidas de la Madre Isabel de la Encarnación y la Madre María de Jesús. Por todo ello, admitía que algunas “cabezas” bien podrían sentirse “enmarañadas en medio de un Océano de Prodigios: en un piélago, levantado de Visiones, Revelaciones, Profecías y favores extraordinarios de Dios”. Más aún, quedaba una enigmática cuestión: ¿Por qué Dios había escogido a esta ex esclava pagana para otorgarle semejantes honores? La respuesta que Núñez de Miranda ofreció fue sencilla y categórica. Invocó la “suposición” teológica de que casi desde su nacimiento Dios había escogido ciertas almas para ser santas y ciertas otras para ser condenadas, lo que es decir, adelantó una teoría de virtual predestinación que descansaba en la “elección gratuita” de Dios, a quien define como “Señor absoluto e independiente”. Por su parte, Alonso Ramos sostuvo que al escribir la vida de santa Catarina había consultado a Núñez de Miranda como “mi Padre y Maestro”, pero tuvo la precaución de prevenir a sus lectores de que ningún culto o rezo debía ofrecerse a Catarina hasta que Roma no reconociera oficialmente su santidad.⁴

En el primer volumen Ramos confiesa que fue Catarina quien en 1673 lo escogió para ser su director espiritual y su padre confesor y que, guiada por el cielo, le había dicho “Tú eres el Archivo de mis secretos... la máscara de Metáforas, Símbolos y Parabolas”.⁵ Pero en los últimos once años de

4 Alonso Ramos. *Primera parte de los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catharina de San Joan, natural de Gran Mogor* (Puebla, 1689). Las aprobaciones y la “carta y discurso preocupativo” de Antonio Núñez de Miranda no llevan página. Nótese que en su aprobación, Francisco de Ávila OFM se refiere al jesuita como “el padre espiritual de todos los virtuosos de la Corte Imperial de México, que lo aceptan como un oráculo”.

5 Ramos. *Primera parte*, pp. 2-4

su vida también confió en el bachiller José del Castillo Grajeda, clérigo criollo que en 1692, con el consentimiento de Ramos, publicó en Puebla un *Compendio de la vida y virtudes de la Catarina de San Juan*. Ahí describió el español de Catarina como “balbuciente”, el cual, más que un mero “tartamudeo”, indicaba que nunca aprendió a hablar correctamente el español. Incluye mucho de lo que ella dijo, pero proporcionando traducciones al correcto y formal español de su tiempo. Mucha de su información, además de otros detalles, puede encontrarse en los dos primeros volúmenes de Ramos. Su natural modestia, sin embargo, lo llevó a referir la autoridad de Ramos y a citar la visión particular de Catarina respecto de sus diferentes roles. Ella dijo:

Aunque Padris del Compañía Alonso Ramos llama para él,
confiesa para mí y es archivo que de tierras lejas mostró
Divina Majestad para mí y enseñó muy ben, y él es quien
ha de dar fin para mí, aunque revente Satanás, también
para con Vuesasted quiere Divine Majestad abra el boca.

Como puede observarse, Catarina hablaba una forma del español abreviada y poco gramatical, por lo que Castillo Grajeda proporcionó una traducción que en mejor español se leería como sigue:

Aunque el Padre Alonso Ramos me confiesa y es el
tesorero de mis secretos y el depósito de las gracias que
he recibido del Señor (que es lo que ella quiere decir con la
palabra “archivo”), y pues incluso antes de venir a este
reino se me había mostrado, haciéndome ver que tenía que
ser él quien me asistiría en el último tercio de mi vida, usted
sabe que su Divina Majestad también deseó que usted me
ayudara y liberara mi corazón y aliviara el dolor de mi alma.

En efecto, esta declaración define correctamente la diferencia entre los recuentos de Ramos y Castillo Grajeda y demuestra así hasta qué punto

Catarina de San Juan conscientemente escogió a sus biógrafos y distinguió qué clase de “revelación” les ofrecería.⁶

Para empezar, Ramos declaró que, como santa Catarina de Alejandría, Catarina era la hija o descendiente de los “Reyes del Oriente o Emperadores del Mogor”, es decir, que venía de la India, donde los mogoles entonces dominaban, de tal manera que podría haber sido la nieta de “Mahamet Zeladin Ecchabor o Achabar”, conocido en español moderno como el emperador Akbar. Asimismo señaló que toda persona que entraba a México desde las Filipinas era llamado *chino* y que en su acta de matrimonio era descrita como “China, India, Natural de la India”. En cualquier caso, fue capturada por los piratas portugueses a la edad de nueve o diez años y vendida como esclava en el puerto de Cochin, donde fue bautizada, y llevada luego hacia Manila. Entonces un mercader portugués la compró y la llevó consigo a Puebla, donde fue vendida a la edad de diez o doce años, en 1619, al capitán Miguel de Sosa, que la empleó en la cocina, donde aprendió a hacer chocolate y a leer y escribir. Desde el principio, según declaró ella después, fue muy dada a rezar y disciplinar su carne.⁷ Al morir su primer amo en 1624, la viuda entró a un convento, y Catarina fue vendida al sacerdote Pedro Suárez, quien el 1 de mayo de 1626 arregló el matrimonio de Catarina con otro esclavo, Domingo Suárez. Catarina, sin embargo, se rehusó a cualquier tipo de contacto físico con el “zafio y soez esclavo Domingo” y se aseguró de que sus camas estuvieran separadas por mantas blancas. En sus primeros años, afirma Ramos, aunque sin evidencia, Catarina era de “rara hermosura; su color más blanco que trigueño, el cabello más plateado que rubio, la frente espaciosa, los ojos vivos, y finalmente como fabricada del Altísimo...” También hace ver que nunca sonreía, era grave y severa en cualquier compañía y evitaba cualquier contacto humano. Pero el envejecer comenzó a parecerse más a “India avellanada de los muy tostados del Occidente,

6 José del Castillo Grajeda, *Compendio de la vida y virtudes de la venerable Catharina de San Juan* (Puebla, 1692), p. 2

7 Ramos, *Primera parte*, pp. 5-6, 11, 20-5, 31-4

que blanca, y hermosa oriental de los confines de la feliz Arabia". Por todo ello, Catarina declaró más tarde: "sepa que tengo muy buena sangre en estas venas; aunque paresco y me tienen por china".⁸

De acuerdo con Ramos, Catarina asistió al convento de la Inmaculada Concepción y ahí habló con "aquel oráculo de santidad en nuestros tiempos, singular blasón de este Nobilísima Ciudad de los Angeles su Patria: la Venerable Madre María de Jesús, hermana en espíritu de Catharina", quien le advirtió: "Ha Niña. Si supieras lo que has de padecer por Dios y por el mundo". Pero a pesar de que su amo, Pedro Suárez, era el padre confesor de esta celebrada monja, Catarina aún era una esclava casada cuando María de Jesús murió en 1637. Un poco más tarde, en la década de 1640, Ramos nos informa que el obispo Juan de Palafox y Mendoza la estimaba tanto que cada día le "embiaba desde su mesa, algún platillo, para que comiese esta pobrecita esclava". Al enterarse de que Catarina deseaba peregrinar al santuario de Nuestra Señora de Cosamaloapan, le dio una carta de recomendación y algo de dinero para ayudarle con sus gastos. Ella emprendió este peregrinaje en compañía de su esposo y pasó varios días en el santuario. En determinado momento, más tarde, ella y su esposo se separaron formalmente; él fue liberado y actuó como *demandante*, colector de limosnas, para el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, antes de convertirse en comerciante. Catarina, por su parte, fue también liberada y aceptada en casa del capitán Hipólito del Castillo y Altra, donde rechazó cualquier acomodo excepto una pequeña habitación en la planta baja, junto a un establo, que distaba sólo unos cuantos metros de la iglesia del Espíritu Santo.⁹ En qué momento de su vida ocurrió este cambio no lo sabemos, pues Ramos no ofrece ningún detalle y, en cualquier caso, toda esta información la obtuvo después de 1673. En efecto, sus presuntas relaciones con Palafox y María

8 *Ibid.*, pp. 97-8, 111, 123, 125-9

9 Alonso Ramos, *Segunda parte de la omnipotencia y los milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catharina de San Joan, natural del Gran Mogor* (México, 1960), p. 64; Ramos, *Primera parte*, pp. 78-80

de Jesús se basan en los propios recuentos de Catarina y sin ninguna evidencia que los corrobore.

Aunque su primer confesor fue fray Juan Bautista, un franciscano que le dio una hoja de palma y un fragmento de cuerno de unicornio que ella guardó por muchos años, desde entonces confió en los jesuitas, especialmente en “aquellas dos columnas de perfección el Padre Miguel Godinez y el Padre Juan de Sanguessa”, para que la guiaran y fueran sus primeros confesores. Mas lo que Ramos deja patente en este primer volumen es la gran devoción de Catarina hacia las sagradas imágenes de Cristo y María que entonces tanto figuraban en la devoción católica, y que la ayudaron protegiéndola de los asaltos de los demonios y sus tentaciones. En particular era devota de la imagen de Jesús Nazareno, es decir, de Cristo cargando la cruz, que Catarina adoraba en la parroquia de San José, donde rezaba y conversaba con su Salvador, escuchando su voz como un oráculo. Tenía incluso una pequeña estampa de esta imagen colgando de su cuello sobre el corazón, y en ocasiones escuchaba una voz que emanaba de ella quejándose de abandono. Pero las imágenes que más incitaban su devoción eran las de la Virgen María, cuyo lugar de honor ocupaba Nuestra Señora del Pueblo, imagen enviada a los jesuitas de México desde Roma por san Francisco de Borja. Asimismo rezaba a Nuestra Señora de Loreto, imagen de la Virgen y su hijo divino. Con estas imágenes mantenía las “más familiares y divinas conversaciones”.¹⁰

De la misma manera que Isabel de la Encarnación y María de Jesús, Catarina era asediada por las tentaciones de diversos demonios, por lo que se veía obligada a librar una batalla espiritual todos los días de su vida. Los diablos, por ejemplo, se le aparecían como “mancebos vizarros” y como “desenvueltas mujeres” que llevaban a cabo actos indescriptibles. Para disciplinar su carne usaba tres cilicios alrededor de sus costillas y cintura, y

¹⁰ Ramos, *Segunda parte*, p. 65 por Fray Juan Bautista; para Godinez ver la carta introductoria de Oddon, sin paginar.; para las imágenes ver *Primera parte*, pp. 66-72. 122.

diariamente se administraba una “disciplina” de treinta y nueve azotes y recitaba los quince misterios del rosario tres veces. Tal era el poder de sus rezos, según Ramos, que fue capaz de salvar a miles de almas del purgatorio. En cierta ocasión memorable, al sentirse martirizada por el asalto de los demonios, convocó a todas las imágenes de la Virgen, de las cuales era devota, para que la ayudaran, por lo que fue recompensada con una extraordinaria visión: “así también el Cielo concurría en las enfermedades graves de Catarina a su aposentillo con sus imágenes... iban todas estas Imágenes entrando como en procesión de lucidos astros”, y entre ellas la Virgen del Rosario como el sol entre los astros.¹¹ Entre sus sufrimientos, se le concedió una visión del cielo, que tomó la forma de una gran iglesia:

Describia aquella Magestuosa Basilica donde reside la Omnipotente Magestad de la Deidad Suprema; pintaba el orden de los Thronos de los Bienaventurados con la distinción de sus grados y coros; ponderaba la riqueza y belleza de las paredes y calles; contaba la solemnidad y modo, conque en aquella Corte y Patria feliz se festejaban las glorias de los santos en los días, que aca en la Iglesia Militante se solemniza, gozando ella algunas veces aun mismo tiempo de entrabbas fiestas; con la parte inferior del alma de la aca; con la superior de la de alla¹²

En todo esto había muy poco que sorprendiera o impresionara. Y en realidad la afirmación de que a través de sus rezos Catarina pudo rescatar almas del purgatorio ya había sido mencionada antes respecto de Isabel de la Encarnación y María de Jesús.

¹¹ Ramos, *Primera parte*, pp. 117-8 para las tentaciones; p. 78 para la procesión de imágenes; y para las prácticas ascéticas *Segunda parte*, pp.34-7, 75.

¹² Ramos, *Primera parte*, pp. 84.

III

Fue en el segundo volumen de los *Prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia* donde Ramos presentó las revelaciones más extraordinarias de Catarina de San Juan. El volumen se publicó en la ciudad de México e iba dedicado al virrey conde de Gálvez, que presumiblemente cubrió los costos. Ramos describe el linaje aristocrático del conde en detalle y con considerable goce, y recuerda que entre los miembros de este noble clan se encontraba doña Beatriz de Sylva, fundadora de la congregación de monjas de la Purísima Concepción, y su hermano, Juan de Meneses Sylva, mejor conocido como el *Beato Amadeo*, fundador de una congregación reformada de franciscanos en Italia y autor del profético *Nuevo Apocalypsis*, una obra condenada en Roma pero defendida por los franciscanos reformados españoles y sus contrapartes en México. El volumen, asimismo, contenía la aprobación de José Vidal de Figueroa, un jesuita mexicano que sólo iba detrás de Núñez de Miranda en prestigio, y quien alabó a Catarina como una mujer que, en su humildad y obediencia a sus confesores, siguió el ejemplo de Santa Teresa de Ávila.

Finalmente, había una carta digna de mención de un antiguo confesor de Catarina, Ambrosio Oddon, provincial de los jesuitas mexicanos, que afirmó que en su humildad Catarina había exclamado una vez “Que solo era una perrita en la Casa de San Ignacio”. Sin embargo tenía hambre de sufrimiento y siempre lucía exhausta después de sus batallas nocturnas con los demonios, y especialmente porque experimentaba “desamparo y sequedades... desamparo terrible”. Al mismo tiempo encomia la “infalibilidad de sus revelaciones”, notando que predijo con exactitud la muerte del duque de Veragua y su reemplazo como virrey por el arzobispo de México. Finalmente, Oddon notó que Catarina había confiado enteramente en sus confesores jesuitas para dirigirla y aconsejarla.¹³ En efecto, como el texto de Ramos

¹³ Ramos, *Segunda parte*, introducción sin folio.

indica, ella aceptó la revelación de san Francisco de Borja de que, por trescientos años, todos los jesuitas que perseveraran en su vocación serían salvados. Pero en sus visiones encontró que muchos jesuitas tenían que pasar algún tiempo en el purgatorio antes de entrar al cielo. Por contraste, se entusiasma de “la buena suerte del Padre Miguel Godinez, cuya alma vio volar, en el instante de su muerte, en forma de paloma, de resplandeciente candor, desde la cama al Cielo”.¹⁴

El tema principal que ahora emerge de la narrativa de Ramos es que de diez a doce años, Catarina moró en “sequedades, obscuridad y toda desolación”. Esta “Sierva de Dios” se encontró inmersa en una “noche obscura”, experimentando “esta soledad de su Amado”, es decir la Pasión de Cristo. Sus anteriores consuelos y gracias parecían ahora ilusiones y fantasías, que la hacían temer que había perdido la bendición de Dios. “El día era una obscura noche y la noche era un infierno de multiplicadas aflicciones y a de hallarse sin Dios”. En efecto, llegó a sentir “que toda su vida fue un continuo tormento, una pesada cruz, y un largo e intolerable martyrio”.¹⁵ Más aún, sus confesores tenían opiniones divididas acerca del verdadero valor de “sus visiones y revelaciones”, algunos condenándolas como ilusiones. Sus confesores diferían, en particular, acerca de la práctica de la comunión frecuente, y algunos querían limitarla a una por cada ocho días a fin de que no rivalizara con la práctica sacerdotal. En una ocasión, cuando tomó la comunión por error y sin consentimiento de su confesor, fue severamente reprendida y se le prohibió tomar la comunión por “mucho tiempo”. No obstante, el 15 de febrero de 1679, Inocencio XI había lanzado un decreto recomendando la comunión frecuente, aunque sujeta a una preparación individual y a la recomendación del confesor. Y aún así, como Ramos nota, de acuerdo con san Vicente Ferrer, una comunión era igual a cientos de misas y cientos de sermones.¹⁶

¹⁴ *Ibid.*, pp. 13-9.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 20, 66.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 52-4, 85-90.

Fue durante esta época que tuvo una visión de la Sagrada Trinidad, en la que el Padre la trató como a una hija, el Hijo como a una divina amante, y el Espíritu Santo como a una esposa. Y ella continúa:

También he visto, todas las tres Personas juntas y unidas en unión de identidad con el mismo ser de Dios. Trino y Uno, y no se como explicartelo; sino es valiéndome de la comun pintura de un cuerpo con tres rostros en todo iguales. Fuera de esto, he visto un ojo grande y resplandeciente, mas que el Sol, que nos alumbría, el qual me acompañó por mucho tiempo continuando, y me andaba siempre mirando y entendía yo, que la misma Divinidad y ser incomprendible de Dios.¹⁷

Debe decirse que la representación de la Trinidad como tres rostros en una monstruosa cabeza fue posteriormente condenada por Roma como impropia.

Desde la niñez, Catarina había sufrido el ataque de los demonios, de tal modo que más tarde declararía haber experimentado setenta años de martirio. En su caso, el dragón de siete cabezas del Apocalipsis se expresaba en siete demonios principales, que guiaban el ataque sobre ella. Aunque protegida en parte por los ángeles, “esta varonil Amazona de Jesús” se encontraba siempre rodeada de “aspides, basiliscos, vivoras y culebras, lagartos y esuerzos asquerosos”, para no mencionar ratas, chinches y pulgas. Aún cuando no era perseguida dentro de la iglesia, al entrar a su habitación peleaba grandes batallas nocturnas con los siete demonios, y usaba como defensa agua bendita, la cruz, relicarios, y como último recurso, pedía la intervención de huestes celestiales y de su “valeroso Capitán y Caudillo San Miguel”. Por momentos los diablos la llevaban a los cerros a fin de golpearla y azotarla. En otra ocasión fue llevada a las profundas cavernas

¹⁷ *Ibid.*, para la imagen de la Trinidad, pp. 96-7.

del infierno, donde los “infelices habitadores de aquel eterno cautiverio” sufrían tormento perpetuo. El 1 de mayo de 1679 supo, a través de una “soberana luz”, que una gran reunión de demonios había planeado un complot contra ella y “contra todas las criaturas redimidas por la sangre de Christo”. Mas gracias al rezo y a la ayuda de Dios, Catarina triunfó sobre estos “conciliabulos infernales”, y, como el profeta Elías, tenía el poder de expulsar demonios, no sólo de su propio cuarto, sino también de las casas y de las personas de toda la ciudad.¹⁸

Cuando Ramos describe la entrada de su heroína al infierno, añade: “No digo que Catarina descendió al infierno en cuerpo” sino más bien que experimentó en su espíritu todos los tormentos de esa zona. Tras describir sus batallas, Ramos comenta que los lectores no expertos en “los caminos y ocultas sendas del espíritu” podrían no entender que:

el alma de Catarina se apartasse del cuerpo, para batallar con las bestias fieras; ni que se valiese de sus corporeos y materiales brazos, para forcejear y probar las fuerzas de su valor con los agigantados y males ángeles: porque las almas conteinplativas obran y sustentan estos y semejantes combates en idea; valiéndose (aun quando sus cuerpos estan inmóviles e impedidos) de sus proprias facultades como si real y verdaderamente les ayudaron sus materiales y corporeos miembros.¹⁹

Aquí, Ramos abraza la doctrina de la levitación espiritual en la que el alma vuela libre de ataduras terrestres de la carne y, como una “águila real”, puede elevarse sobre las nubes y a través del mundo. Más aún, insiste que, incluso al soñar:

¹⁸ *Ibid.*, pp. 99-108

¹⁹ *Ibid.*, pp. 108

no cesa de obrar el alma; ella medita, razona, habla, negocia, pelea y venze: sin partarse del cuerpo, se va bolando por tierras y mares, para buscar a un amigo, con quien consolarse o a un enemigo, con quien esprimir esforzando sus armas: ella se regocija, se apresara, se empeña en negocios y empressas arduas, y no pudiendo ussar de los miembros de su cuerpo, se vale de sus proprias potencias, para conseguir sus deseos, y en el campo de su idea lo obra todo, como si realmente passara, o como si el mismo cuerpo le ayudara

Durante todo este tiempo, afirma Ramos, Catarina hablaba con Dios, “dormida y despierta” y en sus “arrobamientos y extasis” experimentaba “soberanas abstracciones, por participación los atributos de aquel divino Señor”.²⁰

La doctrina de la levitación y la traslocación místicas, que retrata el alma como una entidad liberada de los confines del cuerpo, tenía implicaciones políticas. En 1678, Catarina se reunió con la Virgen María para ayudar a salvar a los españoles de un huracán caribeño que, con demoníaco ímpetu, intentaba destruir sus naves. En una visión vio a Felipe IV como un gran águila atacada por halcones, y alabó la Casa de Austria como “escogida de Dios en la Ley de Gracia, como la de Abraham en la escrita”. En 1672-73, rezó por los ejércitos de la “Católica monarquía” en su campaña contra las fuerzas francesas en Flandes. Pero Catarina lamentaba abiertamente la pereza y la insensibilidad de los españoles de entonces, pues habían permitido que piratas extranjeros dominaran el Caribe y causaran estragos en los puertos costeros de la región. Actuaba, según Ramos, como un “Ángel Universal” en las aguas del sur de Nueva España, ayudando a los españoles a vencer a los piratas ingleses y franceses.²¹ En 1674, se internó en Asia, China, las Filipinas, Japón y Mogor, con la esperanza de difundir la fe católica, y en 1678 vio un cometa sobre Japón y le pareció que significaba que el

²⁰ *Ibid.*, pp. 110-12

²¹ *Ibid.*, pp. 116-24

Emperador se convertiría al catolicismo y en un aliado del Rey de España. Más cerca de casa, en 1680, previó la rebelión de Nuevo México y el martirio de los misioneros franciscanos en aquella provincia. Asimismo, entró en correspondencia con los misioneros jesuitas en California y entre los tarahumaras. En pocas palabras, Ramos describe a Catarina como un águila real y compara sus visiones con aquellas encontradas en los libros del Apocalipsis y del profeta Ezequiel.²²

IV

En 1692, Alonso de Ramos publicó el tercer volumen de *Los prodigios* en la ciudad de México y lo dedicó a la “muy noble y cesarea imperial ciudad de la Puebla de los Angeles en esta Nueva España”. La obra fue aprobada por Alonso de Quiros, el capellán jesuita del virrey Conde de Gálvez; por José Vidal, el famoso predicador jesuita, y por el provincial jesuita Ambrosio Oddon. En su prefacio Ramos agradece al ayuntamiento de la ciudad por cubrir los costos de la publicación y recuerda que en 1681, en vísperas de la fiesta de Corpus Christi, Catarina tuvo la visión de una imperial corona dorada cernida sobre Puebla, y que había sido testigo de incontables ángeles y santos, todos vestidos como para una fiesta de boda, que entraban a la ciudad, donde se reunieron con ella y sus padres confesores y benefactores. Este volumen fue más breve que sus predecesores e incluía el texto del sermón del funeral de Aguilera. El antiguo énfasis en los sufrimientos fue reemplazado por la gozosa afirmación de que Catarina había logrado la unión con la divinidad, y enfatizó su determinación de liberar tantas almas como fuera posible de los sufrimientos del purgatorio.²³

Ramos ya había descrito el extasiado amor que por momentos envolvía a Catarina, causándole, casi en embriagadora dicha, que se arrojara a “besarle los pies, después las sagradas llagas, y abrazándose ultimante con el divino

²² *Ibid.*, pp. 157, 162, 173-6

²³ Ramos, *Tercera parte*, introducción sin folio y pp. 46-7

cuerpo experimentó un abismo de gozos y consuelos inexplicables".²⁴ Pero ahora Catarina se sentía capaz de expresar su confianza en la salvación, exclamando que "he hallado a mi divino Amante" y que nunca lo dejaría, y que si él la condenara a sufrir en el Purgatorio, tenía confianza en su amor, por lo que dijo a Cristo: "Ya Señor, te cogí, ahora no te tengo que dejar". Y agregó:

Muchas veces me veo obligada a pedir y clamar al Señor suspenda el raudal copioso de mis misericordias, porque se reconoce mi espíritu anegado en un océano de júbilos y celestiales deleites".

Una vez más, en octubre y noviembre de 1673, Catarina vivía constantemente en un "profundo mar de dulces aguas y un cielo de gloria", un tiempo en que pidió a Cristo: "desampara mi corazón y vete a alumbrar el mundo y a encender en llamas de amor todas las otras almas escogidas". De esa manera sentía que estaba unida con Cristo como niño, como hombre, en el sacramento y que, además, era una unión con su creador y salvador. En junio de 1672, Catarina tuvo una misteriosa visión de tres muchachos. Ramos se muestra confundido respecto de su significado, pero deduce que representa la Sagrada Trinidad, especialmente porque uno de los niños se convierte en un ave blanca, el símbolo del Espíritu Santo. Catarina misma concluye que, aunque sus sentidos y su cuerpo seguían sufriendo miseria y dolor, su alma experimentó "la unión estrecha, que tienen mis potencias con estas tres divinas Personas, y que me representa pequeños niños". Por todo ello, Catarina, obedientemente, dice: "Soy un gusanillo y soy la peor del mundo".²⁵

En sus últimos años, Catarina atrajo muchas donaciones, por lo que le fue posible ayudar a sacerdotes pobres y a otros que igualmente sufrían de

²⁴ Ramos, *Segunda parte*, pp. 21-2. Nótese que ella bebe leche del pecho de la Virgen María.

²⁵ Ramos, *Tercera parte*, pp. 13-6, 19-24.

pobreza. También usó este dinero para liberar al menos a cuatro esclavos, y posiblemente más, de los obrajes, los talleres textiles que servían de prisión para malhechores, esclavos y para los sumidos en la pobreza. Al mismo tiempo, según afirmación de Ramos, en 1677 Catarina tuvo una visión de las almas sufriendo en el purgatorio y suplicó a Cristo por su rescate. En respuesta, Cristo dijo: "Saca sangre de mis llagas y espárcela por el mundo, pues te ha hecho dispensera de mi sangre". En cumplimiento de este mandamiento, viajó por el mundo en compañía de su ángel guardián, la Virgen María y San Miguel, dispensando la sagrada sangre de la salvación. También visitó el purgatorio y triunfó en salvar "innumerables almas", entre ellas algunas nativas de China y Japón, por no mencionar a papas, reyes, obispos, religiosos de todas las órdenes y soldados. Cuando, el 15 de septiembre de 1680, Cristo le preguntó si estaba lista o no para entrar al cielo, ella contestó que deseaba permanecer en la tierra a fin de salvar más almas, y cuando él preguntó cuántas deseaba ella salvar del purgatorio, Catarina respondió: "millones".²⁶

Al menos una vez, Catarina fue llevada al infierno, donde encontró las almas de los condenados sufriendo dolorosos tormentos. Pero en esa ocasión se le dijo: "No te canses en pedir, que es mal sin remedio". La manera en que la ruda justicia se llevaba a cabo aparece en la siguiente escena:

En la muerte de un hombre rico se la representó el alma del difunto en forma de un gusano muy grande, gordo y blanco pero muerto, al qual iban arrastrando con facilidad muchas hormigas pequeñas para arrojarle en un horno encendido. Entendió por las hormigas los demonios y por el gusano al dicho difunto gordo en el caudal

Alrededor de esta época Catarina se sintió preocupada por el destino de su hermano menor, que languidecía en el limbo, sin duda por haber muerto

²⁶ *Ibid.*, pp. 27-9: sobre la sangre de Cristo pp. 34-6, 41, 51, 60-4

como un infante y sin recibir el bautismo. Cuando ella preguntó a Cristo si su hermano podría entrar al cielo, él contestó: “Pues no soy poderoso para llevarle a mi Reyno?” Y cuando ella objetó, él dijo: “Por qué no rezas conmigo por él?”, a lo que ella contestó que sus confesores le habían enseñado que estaba mal rezar por infantes no bautizados, puesto que, sin el sacramento, el pecado original no podía ser borrado ni tampoco podían obtenerse gracias divinas. En este momento Cristo respondió que ella debería consultar a su padre confesor. De acuerdo con Ramos, él entonces formuló la respuesta a un grupo de teólogos eruditos, presumiblemente compañeros jesuitas, que concluyeron que, puesto que Dios es omnipotente y todopoderoso, entonces por gracia extraordinaria podría intervenir y llevar al cielo al hermano de Catarina. En efecto, estos jesuitas mexicanos del siglo XVII concebían a Dios como un monarca poderoso, el origen y el ejecutor de la ley divina quien, sin embargo, como absoluto soberano detentaba el derecho a suspender sus operaciones en casos extraordinarios.²⁷

Ramos concluye su recuento insistiendo en que Catarina había adquirido un nivel muy alto de contemplación mística, y cita al autor clásico, John Cassian, a efecto de que “la divina contemplación y oración quieta, que nos une con Dios, es el fin de los exercicios religiosos”. Afirma luego que Miguel Godínez, autor de la *Práctica de la teología mística* había dado a Catarina “un librito” de meditaciones y práctica de la presencia de Dios, que lleva a entablar una conversación familiar con Dios. Y cita la propia descripción que Catarina ofrece de su contemplación, aunque sin duda corrigiendo su dicción:

de aquella presencia continua del Señor, que ya tengo explicada en otras ocasiones, me viene una soberana luz, que se apodera de mi suerte, que bañada y penetrada mi alma de este extraordinario Don vee, o sele representa si forma, imagen ni figura el Divino con sus atributos.

²⁷ *Ibid.*, p. 52

perfecciones, misterios, verdades de nuestra Santa Fe, y otras cosas divinas reveladas al alma, con un modo tan realzado y extraordinario, que conturba a toda la naturaleza, e inmuta con suavidad y gozo a todas las superiores potencias del espíritu

Ramos explica que en el funeral de Catarina su protector, el capitán Hipólito del Castillo y Altra, había deseado vestirla con un hábito franciscano, puesto que ella había usado siempre el escapulario de la Tercera Orden, pero Ramos y su confesor prefirieron enterrarla con “el habitó y vestido comun de viuda, en que había vivido”.²⁸ Ramos agrega que todos los gastos del funeral fueron cubiertos por Cristóbal del Castillo.

A pesar de la aclamación universal en Puebla y del poderoso apoyo de la Compañía de Jesús en la Nueva España, el 24 de diciembre de 1696 la inquisición mexicana expidió un edicto en el cual condenaba la *Primera parte de los prodigios de la omnipotencia* por contener “revelaciones, visiones y apariciones inútiles, inverosímiles, llenas de contradicciones y comparaciones impropias, indecentes y temerarias [...] y con doctrinas temerarias y contrarias al sentir de los doctores y practica de la Iglesia Universal”. Por ese entonces algunos reportes habían llegado al Jesuita General en Roma de que Alonso de Ramos, que había sido premiado con la nominación a rector del colegio jesuita en Puebla, tenía un grave problema de alcoholismo. Ramos fue removido de su oficina y confinado en una celda, de la que, en 1698, escapó y luego intentó matar a su sucesor como rector. La última noticia que tenemos de él data de 1708, cuando todavía permanecía confinado a causa de su locura. Su enorme libro fue confiscado y nunca más reimpresso, al grado que fue difícil conseguir una copia. La modesta y cautelosa biografía de Castillo Grajeda se convirtió, por lo tanto, en la fuente por antonomasia acerca de Catarina de San Juan.²⁹

²⁸ *Ibid.*, pp. 56-9

²⁹ Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan* (Méjico, 1971); nueva edición con prólogo de Elisa Vargaslugo (Méjico, 1990), pp. 114-9

V

El propósito de este artículo ha sido demostrar la exactitud con que O'Gorman capturó la extraordinaria mentalidad religiosa de la época barroca en Nueva España. Al mismo tiempo, he tratado de mostrar implícitamente el problema central que implica interpretar la vida y las revelaciones de Catarina de San Juan: que es el grado en que Alonso de Ramos reescribió sus vida temprana y mejoró su lenguaje más allá de cualquier reconocimiento. Hasta qué punto se enfrascó en una descarada invención nunca podrá saberse.

Una extraordinaria característica de toda esta historia es el grado en que la reputación de Catarina de San Juan fue una creación deliberada de la Compañía de Jesús. Los dos jesuitas criollos más prominentes, Antonio Núñez de Miranda y José Vidal de Figueroa, el primero director espiritual de monjas, y el segundo fundador de las misiones de penitencia entre los de fe, se encontraban entre sus numerosos patronos y animaron la publicación de *Los prodigios de la omnipotencia*. En la esfera doctrinal la suposición más significativa ofrecida por Ramos fue que el alma o el espíritu humano podía operar libre de ataduras del cuerpo y elevarse a los cielos, y ahí combatir a los demonios o rescatar a los pecadores del purgatorio. Ni que decir tiene que su doctrina estaba fuertemente aliada con una visión temerosa o despectiva de la carne. Lo que queda por establecer es el grado en que Ramos se inspiró de las vidas de Isabel de la Encarnación o María de Jesús, publicadas dos o tres años después de que él emprendiera la dirección espiritual de Catarina de San Juan.

Para contrastar y comparar y, por tanto, demostrar la jerarquía de la cultura barroca en la Nueva España, vale la pena considerar brevemente un complejo poema que fue publicado el mismo año que Alonso de Ramos completó *Los prodigios de la omnipotencia*. En 1692, aparece en el segundo volumen de sus *Obras*, impresas en Madrid, el *Primero Sueño*, de Sor Juana

Inés de la Cruz.³⁰ En esa sublime exploración sor Juana describe el vuelo nocturno de su alma, liberada de las ataduras de la carne. El poema abre con la noche cayendo sobre el mundo y con los tranquilizantes efectos del sueño sobre los principales órganos del cuerpo. Cierra con el sol que asciende, con la reanimación del mundo natural y el despertar de las demandas físicas del cuerpo. Durante dicho vuelo, el alma observa dos grandes pirámides en Memphis, sus altos picos formando el símbolo homérico de la torre mental del alma y su quemante deseo de ascender hacia la Primera Causa de la creación. Pero la vertiginosa euforia de esta visión desde las alturas, cuando el alma se concibe a sí misma momentáneamente como la soberana de un mundo sublunar, se colapsa en la confusión y la desesperación al confrontarse con su incapacidad para comprender la inmensa multiplicidad del universo. Confundida por el fuego luminoso del sol, símbolo perenne del Supremo Ser, el alma se desploma como otro Ícaro, expulsado de las brillantes luces de las constelaciones. Pero, todavía atormentada por su deseo de comprender la variada complejidad del mundo natural, sigue luchando como una nave en aguas procelosas, para encontrar refugio en la seguridad de las categorías lógicas de Aristóteles. Con ayuda de ellas, examina poco a poco la gran Cadena del Ser, moviéndose desde los minerales inanimados hacia las plantas y los animales y luego de los hombres hacia las estrellas. En este vasto universo, el hombre figura como el microcosmos, y es la bestia y el ángel, tan capaz como el profeta Isaías o san Juan el Divino de atravesar los cielos en una visión profética, pero al mismo tiempo como la estatua de Nabucodonosor, dotada de una cabeza y un pecho de oro y plata, pero con pies de arcilla, lista para derrumbarse. La tarea de comprender la Naturaleza era digna de Hércules, pero suficientemente dificultosa como para intimidar al más valiente espíritu, y una empresa que admitiría el destino de Faetón, cuya audacia al cabalgar el carro del sol llevó a Júpiter a destruirlo. Mientras el amanecer se aproxima, el alma vuelve al cuerpo y la conciencia regresa.

³⁰ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras Completas*, ed. Alfonso Méndez Plancarte y Alberto G. Salceda, 4 tomos (Méjico, 1951-57), I, 216-359. Véase el comentario al poema de Alfonso Méndez Plancarte (ed.) en Sor Juana Inés de la Cruz, *El sueño* (Méjico, 1989), *passim*.

RESPUESTA AL DISCURSO
DE INGRESO DE DAVID BRADING
COMO MIEMBRO CORRESPONSAL
DE LA ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA,
CORRESPONDIENTE DE LA
DE MADRID QUE LLEVA
POR TÍTULO "PSYCHOMACHIA
INDIANA: CATARINA
DE SAN JUAN"

Gisela von Wobeser

David Brading ha dedicado la mayor parte de su vida al estudio de la historia de México y ha producido una serie de obras de incalculable valor, muchas de las cuales se han incorporado a nuestro patrimonio cultural y hoy día son de consulta obligada. Dichas obras se refieren principalmente a los siglos XVIII y XIX y comprenden distintas ramas de la historia: económica, social, política, eclesiástica, religiosa y de las ideas. A pesar de esta diversidad, su producción se articula en torno a una preocupación fundamental: analizar y reconstruir el proceso de formación del nacionalismo mexicano.

Inició sus investigaciones mediante el estudio de los criollos, aquel grupo que a partir de la cultura heredada de sus padres fincó algo propio, que con el tiempo se convirtió en lo mexicano. En un primer momento centró su atención en los mineros y comerciantes de Guanajuato del último tercio del siglo XVIII y principios del XIX. Estudió sus actividades, su situación

económica, su forma de vida, sus relaciones con el poder y sus vínculos familiares. En 1969 concluyó el libro *Mineros y comerciantes en el México borbónico 1763-1810*, que con el tiempo se convertiría en un clásico de nuestra historiografía.

Tres años después, en 1972, terminó *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, un extenso ensayo sobre el proceso de transformación del patriotismo criollo en un protonacionalismo, otra obra fundamental que se ha reeditado en numerosas ocasiones.

Continuó su indagación sobre los criollos al estudiar a los hacendados y rancheros del Bajío, quienes contribuyeron de manera importante en el forjamiento de la “patria criolla” y que participaron activamente en el movimiento independentista de 1810. En 1976 apareció la obra *Haciendas and Ranchos in the mexican Bajío. León, 1700-1860*, donde se refiere a los desafíos que presentaba la vida rural tanto para los hacendados y pequeños propietarios, como para una extensa masa de personas sin tierras. Dos años después editó una serie de conferencias bajo el título *Caudillo and peasant in the Mexican Revolution*.

Una vez más y sin abandonar su preocupación por rastrear el surgimiento de “lo mexicano”, publicó en 1981 *Mito y profecía en la historia de México*, obra en la que reunió tres conferencias sobre la construcción de la historia intelectual mexicana, en el marco del acontecer europeo y latinoamericano.

Los siguientes nueve años los dedicó a escribir *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, obra magna dedicada al proceso mediante el cual los españoles nacidos en América lograron construir una identidad propia y crear una tradición intelectual diferente al modelo europeo.

Entre 1991 y 1992 Brading estudió un nuevo grupo de criollos del centro del país, los clérigos de la diócesis de Michoacán, cuya participación en el

proceso de la guerra de independencia fue decisiva, a través de figuras como Miguel Hidalgo y Manuel Abad y Queipo. Con el libro *Una iglesia asediada. El obispado de Michoacán, 1749-1810* concluyó su trilogía sobre los criollos del siglo XVIII.

A partir de 1996 incursionó en el mundo de las ideas religiosas, al analizar paso a paso el proceso intelectual mediante el cual se generó el culto a la virgen de Guadalupe y el significado que éste tuvo en la construcción de la identidad mexicana. En 1999 apareció *La Virgen de Guadalupe. Imagen y iradicación*, misma que constituye una aportación importante dentro de los estudios guadalupanos y ha tenido una buena acogida entre los mexicanos.

Ahora Brading nos presenta una nueva veta de investigación con su discurso sobre la poblana Catarina de San Juan. El título *Psychomachia Indiana* alude a un poema alegórico escrito en el siglo IV por el poeta latino Aurelio Prudencio Clemente. Inspirado en la Eneida de Virgilio, este poema relata las cruentas batallas que algunas virtudes cristianas liberaron en contra de sus correspondientes vicios. Dada la intención proselitista de Prudencio, las virtudes resultan victoriosas en todas las contiendas y así la fe derrotó a la herejía y, en el momento que ésta cayó moribunda, la pisoteó y le arrancó los ojos (versos 1-39); la castidad venció a la lujuria cuando le vertió azufre caliente en la cara (versos 40-108); la paciencia logró que la ira se suicidara (versos 109-177) la humildad derrotó a la soberbia (versos 177-309); la sobriedad venció a la gula, en una lucha pacífica en la que empleó flores en vez de armas (versos 310- 453); la caridad venció a la avaricia (versos 456-664) y en la batalla final la concordia triunfó sobre la discordia (versos 665-687). El poema concluye con una alabanza a Jesucristo, a la vez que se refiere a las batallas internas que cada cristiano debe librar para vencer los pecados y obtener la gloria eterna (versos 888-915).¹

¹ Prudencio, *Obras*, tomo I, Luis Rivero García, traductor y editor, Madrid, Editorial Gredos, 1997, p. 360-412.

Ciertamente la biografía de Catarina de San Juan, escrita por Alonso Ramos, tiene tintes épicos y dramáticos que recuerdan al mencionado poema. Cual heroína ella se debatió entre el bien y el mal a lo largo de toda su vida y triunfó sobre los vicios y sobre el demonio gracias a sus innumerables virtudes. Para derrotar al paganismo realizó viajes místicos a la India y otras tierras de oriente, y junto con San Francisco Javier roció sangre de Jesucristo sobre la población, con el objeto de ganarla para la fe católica.² Para vencer a la soberbia se rebajaba y se consideraba una perra china, un gusanillo inmundo y una bestia.³ Su caridad se expresaba mediante dádivas a los pobres y necesitados, pero sobre todo, mediante los rezos y penitencias que hacía para liberar a miles de almas del purgatorio.⁴ Su modestia y sobriedad se manifestaban en la precaria covacha que ocupaba en la casa de su protector, en su sencilla vestimenta y en su frugal comida. Además castigaba su cuerpo con cilicios y disciplinas y practicaba constantes ayunos.

Para preservar su castidad, Catarina sostuvo cruentas batallas contra la lujuria, terreno donde se demostraba la verdadera santidad de una persona. Así despreció a un príncipe japonés, hijo del emperador y además cristiano, quien la cortejó en Manilia y hubiera podido liberarla de su condición de

² Ramos, Alonso, *Prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catharina de San Joan*. México, 3 vol., Centro de Estudios de Historia CONDUMEX -Sociedad Mexicana de Bibliófilos A.C., 2004, vol. 1, f. 21.

³ Como señala Antonio Rubial García a la par de estas muestras de humildad sus visiones son de una gran soberbia. En una de ellas Cristo la elige a ella, morena como es, en lugar de Santa Gertrudis y de Santa Inés, que son rubias. Otras veces los brazos de la esclava india son preferidos a los de la misma Virgen María. Frente a una sociedad racista, Catarina encontró un medio ideal para hacerse notable y respetada: se convirtió en la amiga íntima de las personas celestiales. Antonio Rubial García, “Los santos milagreros y malogrados de la Nueva España” en *Manifestaciones religiosas en el mundo colonial americano*”, Clara García Ayluardo y Manuel Ramos Medina, coordinadores, vol. 1, México, Instituto Nacional de Ramos Antropología e Historia, Universidad Iberoamericana y Centro de Estudios de Historia de México CONDUMEX, 1997, p. 103.

⁴ Ramos, *Prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia...*, p. 66.

esclava. Posteriormente, durante su matrimonio se mantuvo célibe como la virgen María, a pesar de las presiones y maltratos del marido, quien pretendió obligarla a cohabitar con él. Tampoco sucumbió a las tentaciones carnales que le puso el demonio en forma de jóvenes y atractivos mancebos⁵ e incluso desdeñó algunos cortejos del mismo Jesucristo. Cuando éste un día se le apareció desnudo, ella le dijo con determinación: “si no vienes decentemente vestido no te recibiré más.”⁶

El interés de Brading por Catarina de San Juan se relaciona con su ya mencionado afán por estudiar el surgimiento del nacionalismo mexicano. En el discurso que acabamos de escuchar sostiene que la “patria criolla” se origina en la “cultura barroca del siglo XVII”,⁷ momento en el que los novohispanos se preocuparon por dotar al virreinato de valores religiosos propios.⁸

Brading sostiene que la virgen de Guadalupe encabezó el proceso de construcción de esa “patria criolla”,⁹ pero admite que la promoción de santos

⁵ *Ibidem*, vol. 1, p. 28, 81v.

⁶ *Ibidem*, vol. 2, p. 36v.

⁷ Esta idea ya había sido esbozada anteriormente por Francisco de la Maza y por Edmundo O’Gorman y, en tiempos más recientes, por Antonio Rubial. Edmundo O’Gorman se refiere al “desvelo ontológico de conquistar un ser propio en la historia”. Presentación al libro Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan. Princesa de la India y visionaria de Puebla*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1971, s/p.

⁸ Antonio Rubial señala que para el siglo XVII “la Iglesia novohispana se veía a sí misma como una cristiandad elegida, como un pueblo que demostraba el designio divino por medio de los prodigios y de las reliquias que sacralizaban su territorio.” *La santidad controvertida. Hagiografía y conciencia criolla alrededor de los venerables no canonizados de Nueva España*, México, Universidad Nacional Autónoma de México y Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 61.

⁹ Miguel Sánchez, quien fue una pieza clave en la construcción del culto a la virgen de Guadalupe, por ejemplo, equipara su aparición con la visión que San Juan tuvo en la revelación del Apocalipsis, y compara al cerro de Tepeyac con el monte Sion y a la ciudad de México, con la Jerusalén celestial. Miguel Sánchez, “Imagen de la virgen María Madre

locales fue otra expresión del anhelo criollo por sacralizar el territorio novohispano y apropiarse del mismo.¹⁰

Catarina de San Juan fue una de las novohispanas promovidas para ser santa. Las tres biografías sobre su vida, escritas dentro de la tradición hagiográfica, tuvieron la intención de resaltar sus cualidades excepcionales y sobrenaturales y mostrar la presencia de lo divino en tierra americana. Este último propósito se destaca en el título que Ramos dio a su obra: *Los prodigios de la omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan*. Dichas biografías tenían además un fuerte sustento en un extenso culto que le tenía la sociedad poblana y al que ya se refirió el profesor Brading en su discurso.

La promoción de Catarina para la santidad fue obra de los jesuitas poblanos. Ellos la acogieron bajo su protección durante los últimos años de su vida y fueron sus guías intelectuales. Ellos la confesaron, escucharon durante horas sus visiones, revelaciones y sueños, y disiparon sus angustias, dudas y cuestionamientos. También fueron los jesuitas quienes fomentaron el culto que se le tenía. En la carrera por la santidad parece haber sido importante para la Compañía de Jesús contar con una santa vinculada a la orden.

Pero si cual psicomaquia, Catarina en vida había triunfado en todas las batallas contra el mal, después de muerta perdió la correspondiente a su santidad, en una derrota contundente y dramática para los novohispanos. A diferencia de los demás venerables poblanos Sebastián de Aparicio, Juan de Palafox y Mendoza, María de Jesús Tomelín e Isabel de la Encarnación,

de Dios de Guadalupe, milagrosamente aparecida en la ciudad de México, celebrada en su historia con la profecía del capítulo 12 de Apocalipsis" en *Testimonios históricos guadalupanos*. Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, editores. México, Fondo de Cultura Económica, 2004 . p. 157-158, 239, 181.

¹⁰ La canonización de Santa Rosa de Lima en 1671 constituyó un antecedente esperanzador para los novohispanos.

declarados “siervos de Dios” por Roma y cuyas causas fueron aceptadas por la Sagrada Congregación de Ritos del Vaticano,¹¹ el proceso de canonización de Catarina de San Juan no pudo siquiera iniciarse. En 1691, tan sólo tres años después de su muerte, la Inquisición se fijó en ella y prohibió unas estampas con su imagen que circulaban en Puebla, donde aparecía con halo de santidad, en algunas de ellas acompañada por el venerable Juan de Palafox. Pero esto sólo fue el comienzo de la tragedia, en 1696, a ocho años de su fallecimiento, la Inquisición condenó el primer tomo de la obra de Ramos por contener “revelaciones, visiones y apariciones inútiles, inverosímiles, llenas de contradicciones y comparaciones impropias, indecentes y temerarias, y que saben a blasfemias... sin más fundamento que la vana credibilidad del autor”.¹² Este fallo inquisitorial fue contundente.

A pesar de que no se condenaron los tomos segundo y tercero de la obra de Ramos y que no se abrió un proceso *post mortem* en contra de la propia Catarina de San Juan, se recogieron y quemaron todos los escritos, publicaciones y estampas que existían sobre ella, a la vez que se prohibió el culto que se le profesaba. Alonso Ramos acabó sus días alcohólico y solitario, recluido en una celda, y Catarina de San Juan pronto cayó en el olvido.

Francisco de la Maza atribuye esta derrota a los excesos de Ramos y piensa que sin ellos la beata se hubiera convertido en Santa Catarina de los Ángeles.¹³ Es probable que la abundante y florida retórica de Ramos, condenada por la Inquisición, hubiera dificultado el proceso de canonización, pero no parece haber sido éste el principal obstáculo. Teresa de Ávila, por ejemplo, fue canonizada en 1622, a pesar de que en sus escritos hay excesos comparables a los de Ramos. Sin duda pesaron otras causas como la represión por parte del Vaticano contra brotes de “santidad” no autorizados

¹¹ En 1790 fue beatificado Sebastián de Aparicio, los demás casos quedaron pendientes.

¹² Francisco de la Maza, *Catarina de San Juan, Princesa de la India y visionaria de Puebla*. México. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. 1991, p. 35.

¹³ De la Maza, *Catarina de San Juan...*, p. 118.

y el creciente control y aumento de las exigencias para aceptar procesos de venerables,¹⁴ como presentar un número determinado de milagros “comprobados” notarialmente. Además hubo una reducción de canonizaciones; durante el siglo XVIII sólo se dieron 27, de las cuales 5 correspondieron a españoles. Pocas posibilidades tenía una esclava hindú analfabeta de triunfar entre un grupo tan reducido. Nueva España sólo llegó a tener dos beatos san Felipe de Jesús y san Sebastián de Aparicio y ningún santo, triste resultado para el empeño que los novohispanos pusieron en ello.

Sacar a Catarina de San Juan de la oscuridad en la que había permanecido por siglos resulta importante y por ello quiero felicitar a David Brading. Su vida, las obras que se escribieron sobre ella, así como el culto que se le profesó forman parte de nuestra historia. Adentrarnos en ella nos permitirá conocer mejor al periodo novohispano y nos ayudará a comprender mucho de nuestra realidad presente. Los libros de Ramos constituyen además piezas de gran valor literario, filológico y costumbrista.

Bienvenido doctor Brading a esta Academia que se enriquece mediante su presencia.

Coyoacán, 15 de noviembre de 2008

¹⁴ Este control se intensificó a partir de 1623, durante el papado de Urbano VIII.

DOCUMENTO

EL ORIGEN DE NUESTRAS PÉRDIDAS TERRITORIALES

Capítulo III de la serie los grandes de la cultura mexicana: Arturo Arnaiz y Freg¹



Arturo Arnaiz y Freg durante su discurso de recepción en la Academia de Historia, junio 1961

Fernando Benítez

En *Mañana*, México, Distrito Federal, 25 diciembre 1948, pp. 45-49.

En 1823 perdimos Centroamérica por no haber sido suficientemente conservadores, y en 1835 perdimos Texas por no haber sido suficientemente liberales.

Si por su bigote recortado y sus brillantes ojos donde arde la llama maliciosa que ardió hasta el fin en los ojos de D. Luis González Obregón, alejan la idea de los oscuros archivos y de las horas gastadas en descifrar retorcidas letras de antiguos escribanos. Sin embargo, Arnaiz es uno de nuestros mejores historiadores y un acabado profesor de historia. Se ha especializado

¹ Arturo Arnaiz y Freg (1915-1982) fue un distinguido historiador y erudito mexicano, educador, periodista y profesor de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue miembro numerario de la Academia Mexicana de la Historia. La obra de Arnaiz y Freg incluye, entre otros: *Estudio biográfico del doctor José María Luis Mora*; *Biografía de Don Andrés Manuel del Río*; *Síntesis histórica de México*; *Madero y Pino Suárez en el cincuentenario de su sacrificio*; *Semblanza e ideario de Lucas Alamán*. En 1980 donó su soberbia colección de libros y arte a la "Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada" de la SHCP de México, resultando en una de las más importantes colecciones de historia y humanidades del país, formada por 35 mil volúmenes. La obra plástica incluye obras de Alfonso Sánchez Coello, Juan Cordero y Diego Rivera. Este texto se reproduce por cortesía del Mtro. Luis Arturo García Dávalos

en la historia de la ciencia mexicana y en las ideas políticas del siglo XIX, disciplinas de las que ha hecho un arte delicioso.

Como profesor y conferenciante, no he escuchado a nadie que lo iguale. Tiene la mano segura del retratista y sabe destacar el rango agudo y característico. En sus manos, la Historia revela sus vigencias. De un juicio sobre el pensamiento del XIX, puede derivarse una lección política, cargada de oportunos avisos, como veremos adelante.

Es el suyo, un arte de esencias, y por ello es un arte que resistirá las mordeduras del tiempo.

“Con fronteras que llegaban desde la Alta California hasta los límites de la Gran Colombia y más de cuatro millones de kilómetros cuadrados de territorio, nuestros antepasados se encontraron en medio de un dilema que, por desgracia no pudimos resolver. Fuimos incapaces de ofrecer a todas las porciones que por entonces integraban el país, un buen programa que realizar en el futuro... En 1823 perdimos Centroamérica por no haber sido suficientemente conservadores. En 1835 se nos separó la primera de nuestras antiguas provincias nórdicas, por no haber sabido ser suficientemente liberales”.

Arturo Arnaiz y Freg de quien son los conceptos anteriores, gusta el sabor de la Historia, por primera vez, oyendo a su madre. “Fue —me dice—, una excelente narradora. Recuerdo su noble cabeza inclinada sobre el libro de Historia que me leía”. “Después, la calidad de mis maestros afirmó mi vocación. Cada uno de ellos, —Francisco César Morales, Nicolás Rangel, Ramírez Cabañas, Núñez y Domínguez, Alfonso Teja Zabre—, dejó su huella. A todos he sucedido en sus clases. Soy, sin excepción, el heredero de sus cátedras; pero en realidad llegué a la Historia por el camino de las ciencias naturales. Pensé ser médico, me inscribí en la Facultad de Medicina y confío que en el archivo de la escuela se conserve mi expediente que siempre obtuvo las más altas calificaciones”.

Otro empujón fueron los certámenes. A los diecisésis años, en 1931 ganó con su biografía del doctor José María Luis Mora un premio en la Preparatoria. En 1935, ganó el primer premio con su biografía del sabio mineralogista don Andrés del Río. Yo asistí a la ceremonia. Resplandecía la capilla del viejo Palacio de Minería. La orquesta de la Universidad Nacional había tocado ya la obertura Leonora de Beethoven cuando el embajador de España prendió en la solapa de seda del smoking de un jovencito, una medalla de oro. Detrás se veía la piocha entrecana del historiador Vito Alessio Robles, académico de la Historia, que había ganado el segundo premio.

Si hiciéramos un poco de historia sobre los orígenes del historiador Arnaiz y Freg, encontraríamos que, para poder alcanzar originalidad su familia no le ha dejado otro camino que el de la contemplación. Es una familia que ha dado profesores de Educación Física, generales, toreros, toda una colección de seres inadaptados de los que no es posible decir si nacieron antes o después del tiempo en que deberían de haber vivido.

Su padre el profesor Rosendo Arnaiz fue el héroe de una novela trágica. Cada vez que en nuestros estadios se inicia una competencia atlética, se le recuerda porque supo formar una escuela de grandes deportistas. El hizo fuertes a millares de hombres debilitados por la miseria, dio a México sus campeones más notables, y en esta tarea empleó tanta energía que murió prematuramente y con el corazón hecho pedazos. Yo asistí a su entierro, y nunca he presenciado una escena más impresionante. Los boxeadores con la cara deformada a puñetazos, los corredores y los gimnastas surgidos de los barrios, lloraban a gritos. Parecía que todos aquellos hombres de poderosas mandíbulas y atléticos brazos hubieran perdido a un padre.

Los hermanos de su madre fueron los toreros Freg. Muertos trágicamente algunos de ellos, dejaron como herencia el lance más hermoso y valiente con que se adorna la torería. Otro tío suyo fue general, conspirador, rebelde y desterrado. Descendiente de hombres de acción, dos rasgos de su carácter deben cargarse al influjo de sus antepasados: su concepto plenamente humano de la Historia y su confianza en el valor de la proeza intelectual.

Para él también la vida no ha sido otra cosa que una larga, ininterrumpida proeza intelectual. Su tiempo lo ha gastado estudiando y enseñando, sentado en la mesa de trabajo o de pie sobre la tarima de la cátedra. De la conferencia ha sabido hacer un arte fino y atrevido como el del toreo. Se adorna con toda clase de recursos, pisa con frecuencia terrenos peligrosos, y sabe salir con aliño, limpio, de la suerte. A veces se enfrenta a las porras con salidas inesperadas. Yo recuerdo que una vez ilustraba los efectos del monopolio que sobre los cementerios ejercía, todavía en el siglo XIX la Iglesia. En el Anfiteatro de la Preparatoria, abarrotado de concurrentes, recordaba que el gran poeta Octavio Paz, vecino en su niñez de los descendientes de Gómez Farías, —a quien enterraron en el jardín de su casa por habérsele cerrado las puertas de los camposantos—, envidiaban a los muchachos sus vecinos porque no todos los domingos se daban el lujo de pulir la calavera de su antepasado liberal. En ese momento, una voz interrumpió la disertación con un grito amenazante: “Pido más respeto para la memoria de don Valentín Gómez Farías”. Sobre la marcha respondió Arnaiz: “—Ese es precisamente mi punto de vista. Lo que pasa es que usted no ha entendido. Sepa usted que mis conferencias son para adultos y no para retardados mentales”. Al final del acto, hasta el agresor, —un editor de documentos—, estaba entre los que se alineaban a felicitarlo.

Por lo demás, de su pasado deportivo conserva la seguridad de que ha terminado ya la época en que, como un reflejo del romanticismo, la validez del trabajo intelectual se media por el aire desmedrado del estudioso y por la mugre que le era inseparable. Por ello se le puede ver todos los mediodías en la alberca del Deportivo Chapultepec donde al tiempo que el maestro José Gaos trata de definir la fenomenología de la natación practicándola exhaustivamente, las zambullidas perfectas de Capilla hacen pensar a Fito Best Maugard en algunos de los puntos que han escapado a su nueva concepción del Universo.

El historiador moderno

Hace veinte años no era difícil reconocer a un historiador. El camarada de la polilla, el devorador de los polvorrientos manuscritos, usaba anticuadas

antiparras, altos cuellos almidonados y larga ropa interior de lana para defenderse de las pulmonías y los constipados que acechaban en archivos y bibliotecas.

Esos respetables mochuelos familiarizados con los tormentos de la Inquisición y las pláticas de virreyes y oidores, cuando abandonaban sus oscuras guardas, andaban a tientas bajo la luz del sol, maldiciendo en silencio los ruidos mecánicos de la civilización. Todos añoraban la gola y el jabón, el chocolate de las cinco, los coches de sopandas, y todos suspiraban por la desaparición del aguador, del sereno, de la Acordada y de otras venerables instituciones.

Esta especie casi se ha extinguido. Al llegar de Oxford don Pablo Martínez del Río, se hizo evidente que los sastres de Picadilly pueden vestir a un erudito relacionado con los fémures de los mamuts prehistóricos y con los procesos de los herejes que desfilaban rumbo al quemadero ataviados con la alegre coraza verde de los ajusticiados.

Desde entonces, el historiador mexicano muestra una predilección señalada por la moda inglesa. Edmundo O'Gorman, el Marqués de San Francisco, Carlos Sánchez Navarro, Arturo Arnaiz y Freg, Daniel Rubín de la Borrilla pueden ilustrar nuestra observación. Sobre todo, Arnaiz y Freg, el más joven de este grupo.

Arnaiz no usa lentes, se viste con los mejores sastres, usa sombreros londinenses y no desafía los guantes. Claro está que, con frecuencia las exigencias de su profesión descomponen un poco su elegancia. Indiscretos papeles asoman por las bolsas y alguien ha creído ver en el voluminoso cartapacio que lo acompaña, un modelo reducido y manuable del Archivo de Indias de Sevilla. Fuera de estos signos y de algunas extrañas manías propias del erudito, Arnaiz es un robusto ejemplar de futbolista universitario.

Brillo y peligro de la precocidad

Arnaiz, que ha vivido una vida intelectual excepcionalmente precoz, no confía en los precoces. Si a los diecisiete años fue electo miembro de la

Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y a los veinte designado profesor de la Universidad, ahora, instalado en los críticos treinta y tres, está convencido de que si bien en otras disciplinas son posibles las aportaciones originales realizadas por jóvenes, esto no ocurre ni puede ocurrir en el trabajo del historiador. Para él la Historia es, desde este punto de vista, vocación de adolescencia que produce sus mejores frutos sólo en la última vertiente de la madurez. Un historiador no puede improvisarse, porque la Historia debe seguir siendo ante todo, un género literario; pero un género literario que participa además de todas las responsabilidades inherentes a la más rigurosa investigación científica. Yo lo he oído citar con mucha frecuencia aquella afirmación de Paul Valéry que consideraba que la Historia es el más peligroso y difícil de los productos de la química del intelecto. Con todo lo que lleva logrado, y siendo Arnaiz catedrático de las más altas instituciones culturales de nuestro país, lo he visto decir más de una vez que se siente simplemente un hombre que pone todo su esfuerzo para continuar sin desviaciones por duro camino que permite llegar a convertirse en un verdadero historiador. Él sabe que, en esta afinada forma del saber, no es posible llegar a verdadera culminación si no se alcanza la longevidad.

Un control de natalidad historiográfica



Si por una parte cifra uno de sus orgullos literarios en el hecho de haber podido llegar a los treinta y tres años sin tener tras de sí diez o doce volúmenes escritos sin plena madurez de facultades y de los cuales tendría que arrepentirse toda su vida, sabe por otra, que si no llegase a alcanzar un medio siglo de vida, la parte más valiosa de su obra quedaría sin producirse.

Su convicción a este respecto es tan segura, que le ha hecho proponer a las gentes dedicadas a las mismas disciplinas la adopción de "un nuevo malthusianismo" ... "Urge el establecimiento de to-

Fernando Benítez

do un control de la natalidad historiográfica”, ha dicho. “En este género vivimos los efectos de una creciente falta de respeto a la dignidad de la letra impresa. Hay personas que publican dos o tres volúmenes al año. Ahí están en las bibliotecas, sin que sus hojas hayan sido cortadas por la plegadera de un solo lector. Como esos ladrillos, —por el estilo en que están escritos y los temas de que se ocupan—, se defienden solos, permanecen en los anaqueles inspirando un respeto casi religioso a todos los que acostumbraban quedarse en el rango de eruditos de lomos de libros. Hemos llegado por este mecanismo a la consagración de reputaciones basadas en un sentido cuantitativo y no cualitativo de la producción historiográfica. Las gentes se inclinan y se descubren ante un caballero que ha escrito cuarenta kilos de libros de historia que nadie ha leído y que nadie llegará a leer sin poner en peligro sus buenos hábitos de higiene mental. ¡Basta ya de mamotretos y de ladrillos formados por la acumulación de afirmaciones audaces, de tonterías o de nociones mal digeridas! México, país de historiadores ilustres, nación que ha reclutado a muchos de sus mejores prosistas dentro del género histórico, que ha tenido a Justo Sierra, a Lucas Alamán, a Clavijero, debe restituirle a ese género su antigua dignidad”.

La lección de los griegos

“Para disfrutar de la lectura de los Nueve Libros de Heródoto los griegos se reunían en el Ágora. Así se descubrió la vocación de Tucídides que, siendo un niño de seis años, fue vencido por las lágrimas al escuchar la descripción emocionante de la batalla de Salamina”.

“¿Qué pasaría si en una de nuestras plazas públicas alguien tuviera la ocurrencia de leer en voz alta las páginas de los hombres que circulan con la etiqueta de historiadores? Posiblemente brotarían también lágrimas, pero no de los ojos de los niños, sino de aquellos que hayan llevado consigo una noción clara de lo que era entre nosotros la dignidad que presidía esta clase de trabajos y su decoro estético. Más que historiadores de primera mano, necesitamos historiadores que sepan dar la última mano a sus trabajos”.

Los avances actuales

“Entiendo la Historia, —me dice Arnaiz en otra parte de su charla—, como esfuerzo de análisis y de síntesis. O la Historia es un heroico esfuerzo de comprensión, o no es nada. Por eso hace algunos años que me he visto obligar a condenar la actitud de Alamán y de algunos historiadores de la extrema derecha cuando han exhibido su falta de penetración ante la vida mexicana. La juzgan humorística o trágicamente, y la Historia no puede reducirse a una larga lamentación interrumpida por algunas carcajadas”.

“En los últimos años se ha hecho mucho por el avance hacia el tipo del historiador hombre de ciencia, pero con excepciones muy honrosas se han descuidado las facetas de la Historia que colindan de modo más cabal con la creación literaria. La generación de estudiosos jóvenes que se va formando en la Facultad de Filosofía y Letras, en la Escuela de Antropología, o en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, no cumplirá con su deber sino hasta que logre, en grandes libros de síntesis, entregarnos una interpretación de la vida mexicana, digna de la magnífica complejidad del paisaje humano que se pretende describir”.

La intervención del indio

El tipo de historiador moderno que Arnaiz representa, ha rebasado la etapa meramente anecdótica y circunstancial que en otros tiempos diera su tono a las obras históricas. Ya no interesa el chocolate de la virreina, ni el jabón de raso del antiguo noble, sino la actitud responsable de documentar el pasado a fin de enjuiciar mejor nuestro conturbado presente.

Del indio dice Arnaiz: “Muchos secretos religiosos quedan ocultos todavía en las grecas y en los frisos; han desaparecido ya la pompa y el color que acompañaban su liturgia; no volverá a levantarse el humo del incienso y se han vuelto opacos los ojos de los ídolos de piedra, pero es evidente que en esas piezas hieráticas, en esas estatuas que son como su

subconsciente al descubierto, el mexicano de hoy encuentra elementos que le sirven para entender mejor su vida interior atormentada”.

“Lo indio es todavía un misterio que no ha sido develado por completo. Cada día disponemos de mejores elementos para definir su ubicación histórica. La tarea para nosotros no admite dilaciones, porque cuando se vive en estas tierras, puede tenerse lo indio en la carne, pero siempre se le lleva como huella profunda en el espíritu”.

“Cada vez apreciamos mejor la delicada intimidad de sus creaciones poéticas; la actitud de dignidad del indio ante los enigmas que le planteaba la existencia; el sentido monumental del urbanismo que regula sus ciudades, y la deslumbradora magnificencia de su orfebrería”.

Lo vivo en la historia

“-¿Cómo podrían caracterizarse los ingredientes principales de nuestra nacionalidad?”, le preguntó a Arnaiz.

Y él contesta: “las pasiones ensombrecían el juicio sobre la conquista de México por los españoles, se han serenado mucho entre nosotros. Cada día sabemos más de la vida de otros pueblos y es por ello que cada día se da una ubicación histórica más justa a la empresa de Cortés y de sus compañeros. A mí, –mestizo mexicano–, la historia de la Conquista me deja cada vez más tranquilo. La miro como un pleito de familia. Como el requisito indispensable para que una mitad de mí mismo se uniera con la otra mitad”.

“Cortés tuvo sin duda grandes defectos, pero yo no puedo dejar de admirar uno de los caracteres que imprimió a la conquista española. Mientras para otros pueblos el mejor indio es el indio muerto, don Hernando demostró con su conducta que, para él, el mejor indio era una india enamorada. ¡Hernán Cortés, gran colecciónista de indias cariñosas!”

Juárez, lección de integridad

“Cada vez que los antiguos grupos privilegiados intentan recuperar agresivamente sus viejas posiciones o romper el cauce marcado por las leyes, la figura de Benito Juárez surge solemne, lista para librar de nuevo la batalla antigua en la que supo vencer. Su gran lección de integridad ayuda todavía al mexicano de hoy a entender una de sus dos mitades. Junto a la joyas de oro que en los sepulcros vestían los huesos de los viejos caciques; al lado de las máscaras de jade y de turquesa, los vasos de obsidiana y de cristal de roca, la silueta heroica de Juárez contribuye a la revaloración histórica de lo indio. Por eso su vida alcanza ahora proporciones de obra de arte”.

El liberalismo y la reacción

Y Arnaiz me sigue diciendo: “En México, ningún gobernante ha podido conquistarse el apoyo del partido enemigo del que lo condujo al mando. El sólo intento de cambio de bandera ha significado entre nosotros un suicidio político a corto plazo”.

“El liberalismo pudo existir entre nosotros como régimen estable, desde el día en que se logró que un ejército no profesional, improvisado y jacobino, permaneciese en guardia frente a la jerarquía eclesiástica”.

Trascendencia de una misión

En una tierra donde la destrucción mueve las manos afanosamente, y en donde las fuerzas del despotismo y de la intolerancia aun no están vencidas, Arturo Arnaiz y Freg reivindica y consagra, con sacrificio, con su voluntad, una actividad mexicana que siempre se ha visto con menosprecio: la del espíritu creador.

Él no ha buscado ni busca una verdad de partido. Ha expresado con toda valentía los resultados de sus investigaciones, aunque puedan estar en

contradicción con hipótesis personales de trabajo emitidas con anterioridad y aunque, —como ha ocurrido en muchos casos—, sus afirmaciones puedan enemistarla con las gentes que entienden el trabajo del historiador como un apéndice de los partidos militantes. El estudio y descubre los orígenes del sentido de la vida del hombre de México, y entrega sus hallazgos. Seguro de lo respetable que es, en toda su maravillosa complejidad, la existencia de cualquiera de sus semejantes, ha dicho en forma inolvidable: “Muerto o vivo, cada hombre es un espectáculo digno de respeto”.